LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

nueva invitación a la microhistoria



Nueva invitación a la microhistoria es una invitación al ejercicio y cultivo de esa rama de la Historia que se ocupa especialmente de la crónica de la vida social de comunidades pequeñas: una región, una ciudad, un estado.

Aunque este volumen no incluya ningún ejemplo de este tipo de trabajo, su principal interés radica en intentar definir el objeto y métodos de estudio del micro-historiador, además de los capítulos dedicados al análisis de la obra de algunos micro-historiadores nacionales notables.

Se incluye asimismo un bosquejo de los planes de estudio del recientemente creado Centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán que informará al lector acerca del tipo de estudios que debe seguir un historiador profesional.

Luis González y González

Nueva invitación a la microhistoria

ePub r1.0
Titivillus 01.11.2022

Título original: *Nueva invitación a la microhistoria*
Luis González y González, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

PRÓLOGO

Desde 1968, en que apareció *Pueblo en vilo, Microhistoria de San José de Gracia*, me han invitado en distintas ocasiones para exponer, con abundancia de ejemplos mexicanos, qué es, para qué sirve y cómo se cocina la microhistoria. Algunas de las exposiciones sobre los componentes microhistóricos se convirtieron en artículos largos de revistas especializadas. La primera compilación de tales artículos se publicó, con el nombre de *Invitación a la microhistoria*, en la serie Sep-Setentas en el año de 1973. Esta segunda compilación para la serie Sep-Ochentas es de cosas publicadas después de 1973, menos una. En ambas compilaciones el asunto es el mismo, pero la presente no es repetición de aquélla, y los ensayos de una y otra no son, en ningún caso, simples refritos.

En este volumen se recogen siete ensayos. El de entrada, sobre la «historia académica y el rezongo popular» rebasa el asunto microhistórico; se refiere a las principales maneras de hacer historia que se practican hoy en México. El segundo se llamó originalmente «Hacia una teoría de la microhistoria». El tercero es una relación incompleta de la microhistoria mexicana, pues no se ocupa de los microhistoriadores de tiempos virreinales ni de los muy recientes. La cuarta entrega de este volumen corre el riesgo de recibir el calificativo de fruto del mal humor. Comenta los deslices más frecuentes de los historiadores de la provincia mexicana. En cambio, el quinto artículo hace el elogio de tres de ellos, dos microhistoriadores a carta cabal y el otro macrohistoriador residente fuera de la metrópoli. El ensayo número seis es una escueta exposición de las aspiraciones docentes en materia de historia del Colegio de Michoacán, y el número siete, la introducción a un temario de apoyo a 32 monografías de sendas entidades federativas de la República Mexicana, encomendadas hacer por el secretario de Educación en 1979.

En esta ocasión, por razones de estrechez espacial y de desmemoria, sólo me voy a referir a tres colaboradores. Los que comentan: «¡Qué chiste! Le ayuda su mujer», están en lo justo. Armida viene siendo mi indiscutible colaboradora desde hace 26 años. En los últimos quince meses, gracias a don Agustín Jacinto, secretario de El Colegio de Michoacán, he podido distraer muchas horas para el ejercicio de la escritura. De 1979 para acá, la señorita Aurora del Río, en su carácter de secretaria particular, copia y recopia con paciencia y eficacia, pese a las interrupciones de llamadas telefónicas y de visitantes, oscuros manuscritos y mecanuscritos llenos de enmendaduras.

Zamora, 30 de mayo de 1981.

I. HISTORIA ACADÉMICA Y EL REZONGO POPULAR[*]

Casi todo el mundo, según opiniones muy generalizadas, tuvo su primer encuentro con la historia antes de ir a la escuela. La costumbre de mirar para atrás es una de las muchas infundidas por la crianza hogareña no sólo en los lugares que viven de los frutos de un árbol genealógico, sino también en gran número de familias nada linajudas y ni siquiera burguesas. Otro irradiador de conciencia histórica en este país ha sido la Iglesia, tan poblada de imágenes de justos de otros tiempos, donde las homilías de los sacerdotes aluden casi siempre a hechos pasados y donde, en forma de catecismo de Ripalda o de Gasparri, a veces antes de conocer la o por lo redondo, se recibe un primer curso de historia. En fin, si un niño se cría en medio urbano puede también despertar a la conciencia de lo histórico a causa de los monumentos públicos. Todo se confabula desde la más tierna infancia para hacernos sensibles a la historicidad de la naturaleza humana.

Todavía en plena niñez tenemos una segunda cita con la historia. Eso sucede en la escuela, en siete cursos o más, mediante la lectura de libros ilustrados con rostros de las mismas personas que, montadas en cuerpos de bronce, pueblan bulevares y jardines públicos. Según costumbre secular, la historia impartida en el transcurso de la primaria y la secundaria es la que Marco Tulio Cicerón llamó «maestra de la vida»; historia reverencial, Federico Nietzsche; historia pragmática, no sé quién; historia edificante o didáctica, no sé cuántos; y los irreverentes, historia de bronce. Ésta, como es bien sabido, aspira a la recuperación de los valores del pasado en provecho del aquí y ahora; busca en adultos de otras épocas la lección para los menores de hoy; añade adrede la moraleja a la descripción de obras y al relato de vidas pasadas; quiere dotarnos de un proyecto vital por medio de un repertorio de *exempla* de grandes hombres y de hechos hazañosos. En otros tiempos se le

utilizó en la industria hacedora de santos; hoy se usa más en la industria encargada de hacer héroes nacionales. Antes se llamó curso de moral por ejemplos; ahora podría decírsele curso de patriotismo por ejemplos.

Aunque el discurso histórico concebido como pedagogía lleve el nombre de historia patria o de historia universal, sólo trata de las figuras y los acaeceres del propio país o del mundo que el propósito nacionalista recomienda. Generalmente se recaban en la historia nacional los ejemplos de conductas a seguir, los «buenos ejemplos» y de la historia de las demás naciones, los ejemplos de conducta negativa, los que debemos rechazar, «los malos ejemplos». Exagerando un poco cabría llamar a los libros de historia de la escuela mexicana «Vidas de hombres ilustres mexicanos» y «Vidas de inicuos imperialistas extranjeros». Se trata de textos que no sólo desprenden de su contexto histórico los hombres y las hazañas edificantes para hacer patriotas a carta cabal, sino que embellecen o afean a los personajes y los hechos históricos con embustes literarios. Allí están las caricaturas de Cuauhtémoc, Cortés y la conquista; Calleja, Morelos y la revolución de Independencia; Juárez, Maximiliano y la Reforma liberal para botones de muestra de cómo se hacen atractivos los personajes oriundos de esta tierra, y repelentes las figuras que tuvieron la desgracia de nacer en otras latitudes, y de cómo se adorna y aplaude la conducta de los nuestros y se reciben con rechifla los haceres extraños.

Con razón escribe Stefan Zweig:

> Antes aún de que pudiéramos contemplar bien el mundo se nos pusieron unos lentes para que pudiéramos contemplar bien el mundo no con una mirada ingenua y humana, sino desde el ángulo del interés nacional [ver] que nuestra patria, en el curso de la historia, tuvo siempre razón, y pase lo que pase, en adelante siempre la seguirá teniendo.

Por lo mismo se justifica lo que Paul Valéry asevera:

> La historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto humano. Sus propiedades son muy conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandezas o al de persecuciones, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas.

Con todo, ningún detractor de la historia de bronce, pragmática, edificante y nacionalista ha propuesto la supresión de tal espécimen de los planes de estudio; nadie ha refutado la validez de acarrear al presente valores del

pasado, sino el modo de hacerlo en la enseñanza pública, supeditado al nacionalismo y a manera de desfile de héroes, villanos y batallas. Stefan Zweig propone: «La historia debe seguir siendo la materia de mayor importancia en la formación de un joven si esa historia se escribe desde la altura de las conquistas culturales y con la mirada puesta en la larga ascensión realizada». Si la didáctica de ayer fue narración «de nuestras insistentes recaídas [en la guerra], la de mañana tiene que ser la de nuestro perenne ascenso, una historia de la civilización humana». Paul Valéry pide la remuda del saber histórico-escolar de hoy por otro que se deje de héroes y de combates y se ocupe de tantas cosas dignas de imitación que ofrece el pasado, las manifestaciones del genio artístico, de las conquistas de la técnica, de los grandes pensadores, de los hechos de civilización y no de barbarie, de los que coadyuven a la concordia internacional y no a la mutua destrucción de las naciones. A la pregunta ¿debe seguir enseñándose la historia *magistra vitae*? suele dársele como respuesta un sí rotundo, que no sin peros.

Del sistema de educación altamente patriótico, del culto a los héroes, de la adoración de semidioses domésticos pasamos a la adoración de un ídolo sin cara, esculpido la mayoría de las veces por filósofos y científicos sociales, por personas audaces, soberbias, de mirada superaquilina. Para muchos el tercer encuentro con la historia acontece en el bachillerato o en la universidad. Aquí nos topamos con la musa transfigurada, con Clío sin anteojos de maestra, con una señora campanuda, con una *mistress* universo que entiende por los nombres de filosofía de la historia, teoría de la sociedad y de la historia, metahistoria, historia genética, historia especulativa o materialismo histórico, que se propone decir la última palabra sobre el origen, el curso y la meta de los acaeceres de la humanidad, que trata de esclarecer el sentido último de todo hombre, toda época y toda sociedad, que busca un orden en el proceso histórico del universo mundo, que pretende darle un sentido a esta carrera de relevos en que vienen empeñándose los hombres desde hace muchos miles de años. Los metahistoriadores pretenden dar con la trayectoria pasada, presente y futura de los individuos, los pueblos y las sociedades sin excepción y sin lagunas de conocimiento. El filósofo de la historia es una especie de superhombre que se siente con ánimo de compartir con Dios el conocimiento que se le atribuye a éste acerca de sus creaturas.

Al contrario de la historia aprendida en la escuela, tan rica en sucesos reverberantes y héroes maravillosos, la metahistoria sólo trae a colación las inmensas fuerzas impersonales que empujan a la humanidad. El asunto ahora no es ni fulanito ni zutanito, ni ésta ni aquella hazaña, sino la sucesión del

tiempo, lo histórico en su totalidad y a lo sumo en sus grandes fragmentos. La ciencia última del hombre se desentiende de las minucias y sólo mira enormidades. Las leyes del desarrollo histórico y los momentos de la vida de la humanidad (a veces llamados modos de producción, a veces civilizaciones, ora estados, ora épocas, ya edades, ya ciclos), han sido los temas más frecuentados por las filosofías de la historia desde San Agustín hasta Toynbee.

El campo de la disciplina englobante de todo acontecer es tan mayúsculo y complejo que ninguna estratagema científica es capaz de asirlo y analizarlo, aunque más de alguna de las filosofías de la historia pretende ser la ciencia del desarrollo histórico. Ciertamente la de Marx, la de Toynbee y otros acuden con frecuencia a los datos reunidos por los historiadores para abstraer inductivamente las leyes de la historia, pero hasta ahora a ninguna le ha bastado la inducción para constituir el objeto formal de su disciplina; todas han necesitado de la reflexión filosófica. Hasta hoy, en todas las consideraciones globales del mundo histórico se han complementado la luz inductiva de los hechos y la luz racional del análisis filosófico. En las teologías de la historia las dosis de deducción fueron muy altas; en la filosofía de la historia clásica se construyó a base de mezclar en proporciones parecidas la arena de la inducción y la cal del raciocinio; en las teorías actuales predominan las aportaciones del análisis histórico concreto. La cristiandad, con muy poca observación y mucha reflexión, edifica la idea de una historia fundada por Dios, constituida por una sucesión progresiva de acontecimientos singulares e irreversibles, ordenados al fin trascendente de la salvación eterna. Hegel, a fuerza de lecturas históricas y de meditaciones filosóficas, arriba a una concepción de la historia como camino del espíritu hacia la libertad. Marx, con mayor acopio de datos que sus antecesores, traza los modos de producción que ha cursado la especie humana, movida por la lucha de clases, desde el comunismo de la historia hasta la sociedad comunista aún poshistórica.

De las teorías del desarrollo humano en general, muchas ya han caducado, bien por quedar huérfanas de doctrina filosófica que las avale, bien por haber sido desmentidas por los hechos. Algunas han producido conmociones de marca mayor, pero quizá ninguna convicciones firmes. Varias han contado con el apoyo de la fuerza pública, con el poder de algún gobierno para imponerse como verdad, pero casi ninguna se ha podido mantener como fe duradera. Son grandes fogatas que se reducen pronto a cenizas. Quien más, quien menos, las visiones de la historia universal han merecido, después de

una breve etapa de encandilamiento, los dictámenes de ser una artificiosa recreación del pasado, o de reducir la compleja realidad a una sucesión de hechos simbólicos, sin sustancia. A poco de nacer se les ataca, desde todos los frentes; se les maldice por simplificadoras, porque explican *a priori* y por que usan de generalidades inadecuadas.

Pero aun los escépticos que ven en las filosofías de la historia o en las historias de orientación filosófica meras telarañas tejidas por los filósofos para aprehender incautos, les reconocen algunas funciones positivas: le sirven al común de los mortales como respuesta interina a la pregunta por el destino temporal del hombre, y al historiador de lo concreto como marco de referencia o aguja de marear de sus investigaciones, pues la teoría precede a la historia, según Aron, y es difícil diferir del siguiente punto de vista: «Quiérase o no, consciente o inconscientemente, cualquier actividad historiográfica está ligada a una filosofía de la historia, y es preferible elegirla a sabiendas de lo que se elige a correr el riesgo de tener que bailar con la más fea». El género filosofía de la historia es un mal necesario en el camino hacia el saber histórico «mondo y lirondo». Se trata de una costumbre imprescindible o casi. Un requisito previo para intimar con la historia es haberla visto vestida con galas filosóficas.

El cuarto y definitivo encuentro con la historia desnuda sucede las más de las veces en una facultad universitaria de filosofía y letras o en el centro de estudios históricos de un instituto de cultura superior como en el que estoy pensando ahora, y no podría callar sin agravio a la gratitud; aquel Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México dirigido por don Silvio Zavala, en el que enseñaron, aparte del director, don José Miranda, don José Gaos, don Ramón Iglesias y otros distinguidísimos maestros; donde tuvimos la fortuna una veintena de estudiantes de foguearnos con un tipo de historia diferente a la didáctica y a la especulativa, la historia que ha merecido una docena de epítetos: científica, narrativa, descriptiva, crítica, erudita, apolillada, anticuaría, universitaria, inventarial, microscópica, menuda y académica. Aunque cada uno de los profesores del Centro de Estudios Históricos tenía su idea de los propósitos perseguidos por la historia académica, aunque creía incompatible su postura historiográfica con la de los otros, lo cierto es que cada uno de ellos estaba dispuesto a suscribir el célebre aforismo de Ortega: «La razón del historiador no es una razón que generaliza, sino una razón que narra». Las discrepancias y contradicciones de aquellos maestros no les impedían repetir al unísono la afirmación de Trevelyan: «Del

pasado histórico nos interesan los hechos particulares y no sólo sus relaciones causales».

Pero ¿qué hechos particulares? Desde luego, no la totalidad. No los que no sobreviven de alguna manera en documentos, monumentos y costumbres. No muchos de los espigados por la historia pragmaticocívica con fines aleccionadores. No los que no impliquen o afecten a muchas personas. En general sólo los denominados memorables en la jerga del gremio: las acciones representativas o típicas de una etapa y una sociedad, las que hicieron época y las que han sido fecundos en resultados. Ya no únicamente como antes acciones guerreras y políticas; también las de índole económica, social e intelectual. Tampoco nada más los sucesos efímeros o coyunturales, sino los de larga duración, las estructuras. En suma, una incontable multitud de hechos, siempre y cuando tengan un valor para nosotros.

Mis profesores coincidían también en un camino de ida y vuelta en el quehacer historiográfico. Su método partía de una problemática y continuaba con seis operaciones, todas ellas de apelativo pedante: heurística, critica, hermenéutica, etiológica, arquitectónica y estilística, operaciones que concluían en mamotretos, artículos y conferencias, según unos con tantos quilates de verdad como los que son reconocidos en las obras de físicos, químicos y biólogos, y según otros, menos creíbles que los productos de las ciencias naturales. Un ilustre profesor recomendaba seguir la orden de Ranke: «Exponed simplemente cómo ocurrieron en realidad los hechos». Otro ilustre profesor no creía ni posible ni deseable la fórmula rankiana, pues «La historia [según él], era un conocimiento eminentemente inexacto». Un tercero argumentaba: «En el quehacer histórico hay elementos subjetivos y objetivos. El pasado en parte se descubre y en parte se crea». Ninguno llegaba a las afirmaciones cínicas o escépticas que se oyen en gente ajena al gremio; a ninguno se le oyó decir: «Hay tantas verdades históricas como historiadores»; ninguno, que yo recuerde, se deslizó hacia una herejía historiográfica entonces de moda: la historia estetizante que se abandonaba a la idea del matrimonio indisoluble del quehacer histórico con la *praxis* literaria. Como es bien sabido, fue una herejía que arrastró a muchos aficionados, pero a muy pocos profesionales.

Mucho más arrastradora de cerebros que la herejía estetizante fue la neocientista que le apareció a Clío a manera de chipote a mitad del presente siglo, no sé si en París, donde la vemos crecer media docena de ex alumnos de El Colegio de México que allá éramos alumnos de Bataillon, Marrou, Braudel, Labrousse y otros gigantes de la historia. Para 1951 ya se rumoreaba

que nuestra disciplina se volvería ciencia indiscutible cuando los investigadores apartaran su atención de las cualidades para volcarlas en las cantidades. Mientras la historia no abjure de su carácter de disciplina ideográfica y asuma el papel de sabiduría nomotética —decían aquéllos herejes— la historia seguirá siendo la más pobre y desprestigiada de las ciencias. Si quiere codearse con las aristócratas del saber, que se olvide del mundo de los acontecimientos irrepetibles y vaya en busca del mundo de las regularidades cuantificadas. Mandrou dijo: «La utilización del número aparece como la garantía seria de una demostración; la construcción de una curva —aun demasiado simple— parece preferible a una fina página de definiciones». ¿Quién se atreverá a poner en duda las conclusiones de un historiador o un equipo que trabaje con cifras y ordenadores? En un santiamén la historia cuantitativa se instauró en el «milieu» académico como la única valedera, como la única verdaderamente científica y sin bemoles. Floud afirmó: «El trabajo histórico hecho sin números es ruinoso e irresponsable». Mandrou dispuso: «El historiador que no cuantifique sus operaciones está decididamente superado». Casi sin excepción, a los cliómetras les dio por decirles charlatanes a los historiadores de la ortodoxia. La salida a luz de un nuevo libro de historia tradicional empezaron a enfrentarla con muecas de desaprobación, chiflidos y cornetillas. En cambio, todos a una dieron en saltar de gusto, tirar cohetes, tocar dianas y aplaudir cuando aparecía un libro de historia matematizante. El comportamiento tan emotivo de los historiomensores ansiosos de refrigerar a la musa inspiradora les atrajo amistades; pero por su conducta alternativamente agresiva y alegre, por su actitud de fiscales de la santa inquisición científica, también cosecharon un buen número de rabiosos enemigos.

El debate entre historia cuantitativa y cualitativa ya ha dado aportaciones de importancia al arte de la injuria; en sólo veinticinco años se ha obtenido una abundante cosecha de dimes y diretes. Arturo Schlesinger sentenció: «Casi todas las cuestiones importantes lo son precisamente porque no son susceptibles de respuestas cuantitativas». Edmundo O’Gorman moteja de seudohistoria la «que permuta la progenitora de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver en verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia. Se trata de una suma, de una historia aterida, de una historia hecha sin amor». A eso contestan los cuantihistoriadores que las pasiones románticas, como el amor, se las ceden a los fósiles del romanticismo. Para la historia verdaderamente científica el apasionamiento romántico, en vez de

servir, estorba. Sólo los números, tan alérgicos a las emociones, pueden sacar a la historia de su oscurantismo barroco y del dominio de la especulación metafísica. A su vez, los historiadores del bando opuesto vuelven a replicar. Carr sentencia: «El culto a la historia cuantitativa lleva la concepción materialista de la historia a extremos absurdos».

La «nueva historia», neocientífica, matematizante, que se abre paso lanza en ristre desde 1950, rara vez ha atraído a sus filas a historiadores oriundos del siglo XIX. Los que hacia 1955 ya pasaban de los cincuenta años no se dejaron seducir por las sirenas del neocientismo. Aun los soñadores en una historia objetiva que pudiera llamarse ciencia de verdad, no vieron en el uso de estadísticas la solución a la subjetividad histórica puesto que no evitaba tal uso el papel activo del historiador, y en cambio sí empobrecía la utilización del pasado al reducirlo sólo a lo cuantificable. Como quiera, la siguiente hornada, profundamente influida por el espíritu científico, le da el sí al nuevo método. En cambio, muchos de los historiadores de la llamada generación del medio siglo han vuelto a ver en el uso de cifras y computadoras una simplificación de la exuberancia del pasado y una ingenuidad metodológica. Con todo, la juventud que anda ahora entre los 30 y los 45 años vuelve a la inocente novedad.

Los científicos sociales —economistas, sociólogos, politólogos, demógrafos— que veían tan desdeñosamente los trabajos históricos ya comienzan, según decires, a verlos con interés y a ser clientes de la historiografía. Como las ciencias sistemáticas del hombre buscan los aspectos típicos de las modalidades humanas, es comprensible que acudan a las tiendas de la historia cuantitativa donde se expenden solamente hechos así, los únicos cuantificables. Quizá también los filósofos de la historia se sientan más agradecidos con la nueva modalidad. Es indiscutible el número creciente de los aprovechados de la fertilidad de la escuela cuantitativa, pues es bien sabido que los cuantificadores son muy fecundos, producen en cantidades industriales, justamente porque trabajan como en fábrica, porque echan mano del proletariado intelectual, porque constituyen equipos de trabajadores en el que sólo hace falta un inteligente con numen, donde los otros no necesitan vocación ni talento extraordinario, pues basta llegar puntualmente todos los días a la tarea, cumplir con las indicaciones del patrón y ajustarse a las leyes del juego científico para que el miembro de un grupo asegure su pitanza, y el capataz del equipo, obras, premios, viajes, galardones y aplausos.

Por supuesto que no todas las historias hechas en equipo se ajustan al modelo anterior. Los que trabajamos en el decenio de los cincuentas en la

colosal Historia Moderna de México bajo la dirección de don Daniel Cosío Villegas, el inolvidable don Daniel de esta aula magna de la República, lo hicimos en grupo, pero más a la manera de taller medieval que de fábrica moderna. Casi sin excepción, el operario de aquel taller escogía el tema que le gustaba; contaba con un ancho margen para experimentar con métodos en boga, y sentíase más aprendiz que obrero. Don Daniel pagaba y era autoritario, docto e inteligente, pero sólo proponía ver la historia en la que laborábamos como una actividad social, como un esfuerzo dirigido a poner al alcance de la sociedad mexicana un instrumento de liberación: la conciencia nacional de su pasado inmediato. Don Daniel y quienes lo seguíamos en la aventura estábamos convencidos de que el saber histórico, aparte de satisfacer curiosidades y sugerir modelos de conducta, servía, si se conquistaba con honestidad y amor y se esparcía a los cuatro vientos, a la catarsis nacional. La lectura del libro de Ortega y Gasset *La historia como sistema* le dio muchos ánimos a nuestra esperanza. A ninguno nos cabía la menor duda acerca de estos dos aforismos: «Quienes no recuerden su pasado están condenados a repetirlo», y «Estar conscientes de haber sido algo es la fuerza que más impide seguirlo siendo». Desde entonces creíamos que para cumplir con el lema de El Colegio Nacional «Libertad por el saber» no había nada mejor que el saber histórico. Para sacudirse el lastre del pretérito, una vieja fórmula popular, una purga bien probada es la de empinarse un buen sorbo de historia, acción que produce simultáneamente dos fenómenos salutíferos: un flujo que saca del alma los humores ya inútiles y estorbosos, y un apetito que permite engullir nuevos humores, incluso los aún funcionales del pasado. Según opinión común y del maestro Marrou, «la toma de conciencia histórica realiza una auténtica catarsis, una liberación de nuestro inconsciente sociológico un tanto análoga a la que en el plano psicológico trata de conseguir el psicoanálisis…».

La única condición para realizar a través del conocimiento de la historia una terapia colectiva, parecía ser la de construir una historia del propio pasado y pensada para ser leída por amplios sectores de la colectividad, como se pretendió que fuese la *Historia moderna de México* aunque a la postre, por lo voluminosa y cara, resultó inaccesible para el pueblo como lo son, *mutatis mutandis*, los frutos de la historia cuantativa.

Ésta pretende ser la ultraizquierda del discurso histórico, la que podría llevar a la cumbre la concepción materialista y libertaria de la historia, y sin embargo no ha dado indicios de poder penetrar las muchedumbres. Tal es la inconsecuencia de la «nueva historia», simultáneamente abundante, henchida

de espíritu científico, revolucionaria y muy poco apetitosa. La nueva Clío no tiene público ni mayores nexos populares, y no porque la multitud se haya vuelto de oídos sordos o le haya dado la espalda. El rezongo popular no es ni de hartura ni de inapetencia histórica.

«Existe una gran hambre de historia en el pueblo», según Claude Manceron. La gente necesita «controlar y degustar su pasado y el pasado del mundo», según Denton Welch. Sin embargo, el interés del lector corriente por la escritura académica ha decaído. Gramsci dice que «la historia es actualmente mucho más leída… aunque no la hecha por historiadores serios». Marrou se duele de que nuestra ciencia haya caído tan bajo en la general estimación. El público cultivado opina en los siguientes o parecidos términos de la historia profesional de nuestros días: «Le falta vida y pasión». «Pierde el tiempo en cuestiones que a nadie le quitan el sueño». «Es pura erudición inocua». «Acumula demasiados nombres y números». «Colecciona cadáveres». «Usa un lenguaje cifrado». «Está escrita en estilo árido y tenebroso». «Expone en forma aburrida e indigesta». «Es andamio sin edificio». «Tiene mucho hueso y poca carne». «No sirve para nada». «Es asunto de especialistas». «Ha caído en la jerga de las ciencias». «¿Por qué no trae anécdotas?». «¿Por qué trae tantas notas?». El público menos cultivado simplemente detesta el saber histórico erudito y se ha vuelto cliente de las caricaturas, que como sucedáneos de la historiografía, escriben embusteros de buena o de mala fe pero al fin y al cabo poco o nada fidedignos.

Los historiadores de profesión, cada vez más numerosos, cada vez más solicitados por revistas especializadas y obras colectivas, responden de tres modos al refunfuño popular. La respuesta más generalizada, aunque no la más difundida, dice: La historia vuelta ciencia no tiene por qué ser patrimonio común. Cuando pertenecía a la estirpe de los Marsyas, el sátiro de la flauta, cuando era sólo una simple pariente de la epopeya y del corrido; cuando no pasaba de ser conversación de tertulia, concernía a medios sociales muy amplios. Ahora que es de la estirpe de Apolo, el aristócrata de la cítara, que está escrita por profesionales oriundos en su mayoría de la alta sociedad, que se codea con los científicos, ha devenido lectura de pocos y puede darse el lujo de ser difícil de entender, frígida, distante, estupefaciente y anglizada. El que la nueva historia sólo sea accesible a los historiadores y a los científicos de las disciplinas próximas ha servido para conquistar la consideración respetuosa de la comunidad académica. Si se busca mantener el prestigio recientemente ganado es muy saludable la abstención de comercio con las

masas. ¿Por qué descender de las nubes donde nadie nos pide cuentas y donde se vive a cuerpo de rey?

La segunda respuesta quizá solamente sea un modo de evasión. Un buen número de historiadores cree o aparenta creer que la historia de hoy ni puede ni debe volver a la existencia precientífica, cuando era cosa del vulgo. Con todo, para hacerle honor a la otra característica de nuestros tiempos, el culto al proletariado, hay que invitar a los ignorantes a subir a las nubes de los clionautas donde pueden compartir la sabiduría histórica actual mediante un penoso entrenamiento en las exquisiteces lingüísticas, en el idioma del hombre culto; por ejemplo, en el lenguaje matemático. Se trata de una solución quizá tan bien intencionada como la de fray Marcos de Niza cuando propuso que con sólo recorrer dos mil kilómetros de tierras inhóspitas se llegaría a una urbe enteramente de oro y que corre el riesgo de ser aceptada como lo fue la de Niza y de no irrumpir en ninguna áurea ciudad, sino en desiertos enloquecedores como los encontrados por las huestes engatusadas por el fraile. Se corre el albur de aprender la jeringoza de los historiadores con título, para sólo dar con *rudis indigestaque moles*, fárragos o vaciedades pomposas.

La tercera respuesta propala abiertamente el regreso de la historia a sus orígenes populares, a la plaza pública. Los anhelantes de volver a popularizar el discurso histórico no piden demasiado; creen que la historia se puede quedar con muchas de las costumbres adquiridas en el palacio; ruegan únicamente que se abjure de los «trapitos» y de los afeites que la han hecho objeto de odio e irrisión de parte del público. Que se quede con las tretas palaciegas, pero se deshaga de las fachas. La historia nunca ha sido matojo de jardín universitario; el medievo la excluyó del sistema educativo formal; Comte no le dio plaza en su escalafón científico; no tiene ni una centuria de haberse incorporado a la universidad; por naturaleza es poco universitaria; por su modo íntimo de ser admite los calificativos de placera e hija del chisme. Esta hora de la verdad en que vivimos parece propicia para acercarla de nuevo a la multitud que es su ámbito propio.

Una primera forma de acercamiento consistiría en pedirle al público su cooperación para la hechura de la historia profesional. Hay disciplinas en las que todo hijo de vecino puede meter su cuchara; una de esas es la historia. De médico, poeta e historiador hay una buena dosis en cada uno de nosotros, y por lo mismo, nos creemos autorizados a participar en la mejoría de un achacoso, en la compostura de un verso y en la recordación de sucedidos. Lo insólito es topar con alguien que en las conversaciones de tertulia o de café no

haga reminiscencias de su propio pasado individual y colectivo. En la historia todos se meten como Pedro por su casa. Médicos, abogados, periodistas, poetas, fotógrafos, profesores y gentes sin oficio no tienen empacho en conversar y escribir de asuntos pretéritos. Los profesionales no deberían abstenerse de leer y oír a los aficionados. Quizá la curandería no sea provechosa para la recuperación de la salud; seguramente la narrativa popular es muy útil para recobrar el pasado. Por algo se acrecienta ante nuestros ojos el prestigio de la historia oral. A esto alude don Alfonso Reyes cuando invita a los cultos a beber en las aguas vivas de los cronistas locales.

Una segunda forma de acercamiento entre el historiador profesional y el historiador que somos todos podría consistir en la vuelta a los asuntos interesantes, los que andan de boca en boca, sobre los que nos preguntan con frecuencia los vecinos, aquellos que le dan tercera dimensión a las cuitas actuales, los que pide el enfermo de hoy día. El dicho de que «la historia seria ha dejado de ser interesante como solía serlo», alude principalmente a la temática de la nueva historiografía, a la perniciosa costumbre de escoger como asuntos de investigación únicamente los que se pueden documentar bien y con facilidad, a la pésima costumbre de escribir sólo sobre lo incontrovertible, al mal de perseguir los temas que permitan interpretaciones brillantes y novedosas para los afines que también piensen con rebuscamiento y sientan tortuosamente. Haría falta, pues, mudar de criterios en la selección de temas; antes de exhumar cadáveres pedir opiniones, oler preferencias, oír pedidos del público. Quizá así crezcan los estudios sobre el pasado inmediato y sobre el entorno local; quizá quede un poco relegada la vida de instituciones políticas, sociales, económicas y culturales, y en primera fila, la vida de políticos, obreros, campesinos y cultos; quizá los héroes y los estadistas del país se achaparren, y se agiganten los auténticos caudillos. Si a la hora de escoger temas se respeta el clamor popular, sin agravio de los gustos propios, veremos aparecer obras que salven el abismo entre el historiógrafo y la gente aficionada. Esto no quiere decir que todos los historiadores y a todas horas trabajen sin excusa argumentos solicitados por el público. Siempre habrá materias que deban explorarse aunque no sean de gran demanda; hay trabajos preparatorios de urgente elaboración y de popularidad nula.

La tercera forma de acercamiento podría ser la del habla. No se trataría, como lo hacen normalmente los mercachifles del templo de Clío, de usar un vocabulario pobre y cursi, el único asimilable, según ellos, por el estómago del público, con lo cual cometen un doble desacato para la historia y para su lectorio. Se buscaría, en el peor de los casos, sustituir las palabras asombrosas

por las palabras habituales. Se tendería, para los que no nacen con el don del verbo eficaz, de poner en el bote de la basura el lenguaje pocho y recapturar ciertas frases y expresiones de la tribu. Se procuraría seguir las pisadas de los narradores orales de historias, quienes conocen el secreto para no aburrir a la gente, que son mucho más cautivantes que cualquier doctor por angélico que sea. La historia, como el cuento, pertenecen a la narración y la narración exige, para mantener en vigilia y adicto al auditorio, un lenguaje de buena ley.

Una cuarta forma de acercamiento al consumidor puede ser la información visual. La historia, más que ninguna de las ciencias sociales, está en aptitud de servirse de las nuevas formas de expresión que fascinan a las masas contemporáneas. El hombre actual, aunque muy alfabetizado, lee poco; prefiere ir al cine, ver la televisión y hojear una revista ilustrada. La corriente de la moda propone la entrega de mucho de nuestro tiempo a la fotografía, al *comic*, al cine, a la televisión. La filosofía y las ciencias, que son básicamente pensamiento, seguirán indisolublemente ligadas a la expresión verbal, apenas podrían hacer uso de la expresión visual. En cambio la historia, que es *ver* más que *pensar*, puede servirse a las mil maravillas de la comunicación basada en fotos, «monitos», cine y televisión.

Quizá lo dicho en esta hora sólo sea una sarta de justificantes de mis limitaciones y de mis gustos. Tal vez he mostrado desdén o desconfianza por la historia de bronce o didáctica y por las filosofías de la historia por aquello de lo verde y de las uvas. Tal vez defendí más de lo justo a la historia narrativa no tanto por amor a la verdad como por ineptitud de echar ramas y follajes. Probablemente tampoco fui razonable al referirme al modo industrial de hacer la historia. También estoy dispuesto a aceptar que la arremetida contra el lenguaje técnico y pomposo brotó de mi ineptitud para la sofisticación lingüística.

Por lo que ve a gustos, me gustaría cumplir con el refrán de que el cliente siempre tiene la razón, pero no al grado de cambiar mis certidumbres por las ajenas. No se trata de contentar al lector medio al costo que sea. Sólo deseo mantener como compromiso básico el de la verdad, en el doble sentido propuesto por Cicerón: «No atreverse a decir todo lo verdadero». Me propongo suscribir como compromisos derivados el no hablar de temas ajenos al breve círculo de mis habilidades y de mis gustos; hablar sólo de cosas de alguna manera deseadas y necesitadas por el mexicano de nuestros días, y de hacer uso, hasta donde me sea posible, de un lenguaje de comunicación.

II. TEORÍA DE LA MICROHISTORIA[*]

LAS TRES HISTORIAS

Quizá fuera más correcto decir las tres principales maneras de recobrar el pasado, o las tres especies que abundan más en el bosque de los recuerdos, o los tres vestidos de batalla de doña Clío, porque Clío tiene una percha sin fin, el bosque citado luce infinitas especies vegetales, y la recuperación de los ayeres cabe hacerla de mil modos. Para acabar enseguida basta decir: el género histórico es múltiple. Supongo que nadie refutará lo dicho por Braudel: «No existe *una* historia, *un* oficio de historiador, que sí oficios, historias, una suma de curiosidades, de puntos de vista». Tampoco es arduo convenir con Cervantes en las tres fundamentales funciones de Clío: testigos del pasado, ejemplo y aviso para el presente y advertencia para el porvenir. También es fácil aceptar de Nietzche que esa triple función ha procreado tres historias: anticuaría, monumental y crítica.

La última es la más ambiciosa y campanuda. Nace en el piso más elevado del ser humano, surge de la cabeza. Reconoce como fundador a Tucídides. Es archiculta. Se propone llegar a las últimas causas del acontecer histórico para poder predecir y aun enderezar el rumbo de los sucesos. Uno de sus fines es librarnos de la cadena. En la época medieval anduvo de la mano con la teología de San Agustín. Más tarde le negó a Dios el derecho y el poder de meterse en el quehacer humano y se escudó en la filosofía de la historia y las ciencias sistemáticas del hombre. Hoy exhibe como misiones principales las de ratificar o rectificar las leyes vislumbradas en el discurrir histórico por filósofos y científicos, y responde a la pregunta: «¿A dónde vamos?». Ve el conjunto de lo acontecido y previene al hombre contemporáneo acerca de lo porvenir. Pretende ganar la presidencia del futuro que fue el premio ofrecido por Comte a la «doctrina que explique suficientemente el conjunto del pasado».

La historia monumental es menos pretenciosa. Mientras aquélla se mueve en el ancho mundo, ésta procura circunscribirse a la nación. Da explicaciones,

pero no generaliza. Prefiere los hechos relampagueantes y no las opacas estructuras. Se queda en los tiempos cortos y persigue las hazañas de índole ejemplar. La guía una intención pragmáticoética. Ve en las cumbres de la existencia pasada un depósito de modelos para la acción futura. Es la historia que acaba en esculturas de bronce, la *magister vitae*, la escuela de la política. Sirve para la preparación del gobierno de las naciones. Es pilar del nacionalismo. Según Paul Valéry «es el producto más peligroso entre los elaborados por la química del intelecto. Sus propiedades son muy conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, les engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus antiguas llagas, los hace sufrir en el reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas… No enseña rigurosamente nada, porque engloba todo y da ejemplos de todo». Un análisis magistral de la Clío de bronce se halla en don Edmundo O'Gorman, en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.

La especie anticuaría es la Cenicienta del cuento. Fluye de manantial humilde; se origina en el corazón y en el instinto. Es la versión popular de la historia, obra de aficionados de tiempo parcial. La mueve una intención piadosa: salvar del olvido la parte del pasado propio que ya está fuera de uso. Busca mantener el árbol ligado a sus raíces. Es la que nos cuenta el pretérito de nuestra vida diaria, del hombre común, de nuestra familia y de nuestro terruño. No sirve para hacer, pero sí para restaurar el ser. No construye, instruye. Le falta el instinto adivinatorio. No ayuda a prever; simplemente a ver. Su manifestación más espontánea es la historia pueblerina o microhistoria o historia parroquial o historia matria.

RAÍCES VITALES DE LA MICROHISTORIA

Sin temor a errar se puede decir que los historiadores matrios siempre han sido más numerosos que los monumentales y los críticos. Son más en la vida que no en la literatura. Son más aunque pesen menos. Dispersos en miles y miles de comunas ni se les nota, ni se les cuenta. Incluso, cabe decir, sin demasiada exageración, que todos los seres humanos son microhistoriadores. El rememorar las personas y los hechos del terruño y la estirpe es algo que todo mundo hace todos los días. No es concebible una familia, una tribu, una aldea y mil formas de minisociedad sin deslizamientos hacia el recuerdo. Cada grupo de gente unida por lazos naturales construye normalmente su

historia. En otras palabras, la historia local o microhistoria apenas se distingue de la existencia local.

Por lo mismo, este modo de historiar pertenece al reino del folklore; es de la estirpe de Marsyas, el sátiro de la flauta desollado vivo por Apolo, el aristócrata de la cítara. Las historias locales ocupan en la república de la historia un lugar análogo al ocupado por corridos y romances en la república de las letras. A la microhistoria hay que verla como expresión popular. Sólo así se comprende que sus practicantes sean generalmente aficionados y no profesionales. No es obra de escribas anónimos, como pasa con los corridos, pero sí de escritores de la plaza pública que no de la torre de marfil. Por regla general los microhistoriadores son ya admitidos en la casa de la cultura, pero su hogar es aún la casa del pueblo. No importa de qué grupo social sean, pero sí que no sean únicamente intelectuales. Casi nunca laboran en instituciones universitarias, aunque es frecuente su adscripción a un mecenas rico y poderoso. Reciben los motes de amateur, paniaguado y bohemio. No mantienen un contacto regular con sus historiadores, aunque en cafés y cantinas se mezclan con sus paisanos, con gente de pocas luces, poco «leída y escribida». Rara vez comparten la vida de una sociedad cultural o escriben en publicaciones científicas. No es insólito que pertenezcan a una bohemia donde se intercambien productos intelectuales de valía ordinaria y no culta. Por lo demás, es difícil definirlos porque a la mies microhistórica acude gente de muy distinta condición: abogados, sacerdotes, médicos, poetas, políticos y personas que apenas saben leer y escribir. Y sin embargo, es posible rastrear en ellos algunos rasgos comunes; así, la actitud romántica.

Emociones que no razones son las que inducen al quehacer microhistórico. Las microhistorias manan normalmente del amor (a veces feroz, a veces melancólico) a las raíces, como aquel de Manuel Machado:

> Me siento a veces triste…
> Mi pensamiento entonces
> Vaga junto a las tumbas de los muertos,
> Y en torno a los cipreses y los sauces
> Que abatidos se inclinan… y me acuerdo.

En Herodoto se lee que Hipias, de haberse soñado acostado con su madre, deduce que regresará a su tierra natal, la ciudad de Atenas. El amor a la patria chica es del mismo orden que el amor a la madre. Sin mayores obstáculos, el pequeño mundo que nos nutre y nos sostiene se transfigura en la imagen de la madre, de una madre ensanchada. A la llamada patria chica le viene bien el

nombre de matria, y a sus vecinos, matriotas. Y a la narrativa que reconstruye su dimensión temporal podría llamársele, en vez de microhistoria, historia, historia matria para recordar su raíz.

La psicología profunda encuentra en la microhistoria una manifestación del deseo de volver al receptáculo original. Cabe ligar el impulso a la quietud con la vocación microhistórica. Nietzche asegura: «La historia anticuaría sólo tiende a conservar la vida; no a engendrar otra nueva». Casi siempre el cronista de pueblos y ciudades pequeñas es un anticuario asido a su tradición, deseoso de mantener en el recuerdo, que no necesariamente en la vida, lo que no tiene futuro por «pequeño, restringido, envejecido y en trance de caer hecho polvo». La intención del microhistoriador es sin duda conservadora; salvar del olvido el trabajo, el ocio, la costumbre, la religión y las creencias de nuestros mayores. Puede ser simultáneamente revolucionaria: hacer consciente al lugareño de su pasado propio a fin de vigorizar su espíritu y hacerlo resistente al imperialismo metropolitano o colonialismo interno, como también se le llama.

Sería iluso pensar que la microhistoria únicamente nace del pueblo promovida por sentimientos nostálgicos y edípicos o por fines ya conservadores, ya revolucionarios. No todo aquí es hijo de la pasión o de la necesidad vital. Cada vez son más los no vocados, los ociosos que hallan quehacer en la microhistoria, los pobres que con ella obtienen lucro, los desconocidos a quien les da nombre, los meros repetidores de un oficio más viejo que el atole blanco, dueño dé una temática propia, de un método peculiar y de un círculo de lectores.

EL FUNDO MICROHISTÓRICO

La microhistoria reconoce un espacio, un tiempo, una sociedad y un conjunto de vicisitudes que le pertenecen. En la historia crítica lo básico es el tiempo, la oposición entre unas épocas y otras. En la historia local es muy importante el espacio.

En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es el terruño por el cual los hombres están dispuestos a hacer voluntariamente lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la matria,

que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales. Puede ser un pequeño cuerpo político perfectamente delimitado por accidentes naturales, pero también una multitud de islotes familiares muy alejados entre sí, sólo oriundos de la misma comunidad; por ejemplo, las familias emigradas de San José de Gracia a una docena de ciudades de México y los Estados Unidos.

La unidad social actuante en la microhistoria es generalmente un puñado de hombres que se conocen entre sí, cuyas relaciones son concretas y únicas. El actor colectivo es el círculo familiar, la gran familia. El solista es el hombre poco importante, no el egregio en el país y en el mundo; el inventor desconocido más allá de su terruño, el héroe de alguna emboscada, el bandido generoso, el bravucón, el mártir olvidado por la curia romana, el deportista que no aparece en los fastos del deporte, el mentiroso del pueblo, el cacique, el cura, el alcalde, el benefactor que regala una de las bancas del templo o del jardín, el curandero, la bruja, la comadrona, el comisario ejidal y otras cabezas de ratón; es decir, los hombres de estatura cotidiana capaces de ser profetas en su tierra.

¿Cuáles son los hechos historiables y cuáles los no historiables para el microhistoriador? Los historiadores locales parecen pecar por exceso. Pueblan sus libros con pequeñeces. Creen a pie juntillas que en las cosas pequeñas está la cifra de las mayores. La especie microhistórica es muchas veces todista, porque el espíritu anticuario rara vez distingue entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o personifica y lo que es mera banalidad. Las microhistorias muy a menudo son acumulaciones de todos los vestigios del terruño, movidas por el afán de ver a los ancestros en toda su redondez. Son raras las historias locales sin polvo y paja. Lo común es que se descubran las raíces con la costra del suelo donde estaban inmersas, sin limpiarlas de lo que traen pegado. Esto no se contradice con el hecho de que la microhistoria busque sobre todo lo cotidiano, el menester de la vida diaria, la vida vivida por todos, los quehaceres comunales sin teoría y las creencias comunes sin doctrina.

La microhistoria no puede evitar ser un poco geografía y un poco biología; le da cabida a hechos del mundo histórico natural. Los pueblerinos, al decir del maestro José Miranda, se integran profundamente con la tierra y de dicha integración derivan su personalidad y su función. La microhistoria rara vez prescinde de dar noticia del relieve, clima, suelo, agua, flora, fauna, sismos, inundaciones, sequías, endemias, epidemias y otros temas de la misma índole. También es frecuente en nuestros días que, por contagio de las

ciencias antropológicas, se traten aspectos raciales: índices encefálicos, tipos sanguíneos, color de piel y otras cosas por el estilo.

La historia local no es insensible a la moda de los temas. Por muchos años, como a sus hermanas, le obsesionó el poder y la política. En otros momentos tuvo especial cariño por las batallas y los soldados. Como las sociedades modernas son esencialmente económicas, hoy la preferencia la tiene el tema económico. Los «micros» de hoy en día admiten la primacía de los negocios. También les obsesionan las vicisitudes demográficas y la organización social. Todo sin menoscabo de los asuntos de siempre, del religioso por ejemplo. En la microhistoria siguen ocupando un sitio prominente creencias, ideas, devociones, sentimientos y conductas religiosas. Lo mismo cabe decir de ocios, fiestas, y otras costumbres sistematizadas.

VIAJE DE IDA Y VUELTA

Como las demás ciencias históricas, la micro no puede prescindir del rigor, de la prueba, de la aproximación a lo real. Con todo, las crónicas locales gozan la triste fama de estar colmadas de amor al terruño y ayunas de auténtica investigación científica. Los teóricos encuentran la raíz del fenómeno en la falta de profesionalismo de los cronistas locales, lo cual no es del todo exacto. Casi todo microhistoriador sabe que la vida que busca sólo la encontrará en restos y testimonios tras de someterlos a un riguroso análisis, a una serie de complejas operaciones heurísticas, críticas y hermenéuticas. Si la microhistoria no ha alcanzado el nivel científico de sus hermanas, no es únicamente por el candor de algunos historiadores pueblerinos.

En reuniones, en charlas, en voz baja y a gritos los sabios de provincia se quejan de los escasos medios de que disponen para ponerse en contacto con sus difuntos. La gente y los hechos de fuste, materia de las otras historias, dejan muchas huellas de su paso. No así la gente humilde y su vida cotidiana. Cicatrices terrestres lógicos papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, crónicas de viaje, censos, informes de autoridades locales, estatutos, leyes, periódicos y tradición oral, los testimonios más frecuentados por el microhistoriador son mínimos. Y, para colmo de males, de difícil acceso en la mayoría de los casos. En muchos lugares no hay biblioteca ni archivo, y la recopilación de pruebas es muy ardua. La tradición oral ayuda, pero no suple la ausencia del documento y del monumento.

Con excepción de algunas tribus preliterarias donde existe un encargado de aprender la relación de los hechos trasmitida por memoriosos anteriores, de añadirle nuevas noticias y pasarla aumentada al memorizador que le sucederá, la tradición oral se reduce a rumores cortos y versátiles sobre hechos y personas recientes, con una antigüedad máxima de dos siglos. Por otra parte, las rememoraciones son cada vez más escasas, quizá porque la escuela ha dado en desdeñar el cultivo de la memoria o quizá por el atiborramiento de noticias de la radio y la tele. La tradición trasmitida oralmente está perdiéndose. Es necesario apresurarse para recoger sus últimas voces.

Con pocos testimonios, sin equipo suficiente y sin auxilio humano para obtener el máximo provecho de las pruebas, el historiador parroquial las pasa duras y está en gran desventaja con respecto a los profesionales de la historia crítica y de la historia de bronce. El macrohistoriador se sirve de un numeroso ejército de archiveros, bibliógrafos, numismáticos, arqueólogos, sigilógrafos, lingüistas, filólogos, cronólogos y otros muchos profesionales de las disciplinas auxiliares de la historia. Aquél se tiene que rascar con sus propias uñas, necesita hacer muchos papeles, se ve obligado a convertirse en un detective general con escasas y borrosas huellas y sin laboratorio ni laboratoristas.

Muchos aspirantes a microhistoriadores naufragan en la etapa recolectora de pruebas. Otros se pierden en las operaciones críticas por carecer de recursos instintivos o aprendidos, por falta de olfato o de oficio. No hay manuales para microhistoriadores. Las reglas generales para establecer la autoría, la integridad, la sinceridad y la competencia de documentos y monumentos no siempre son útiles en la práctica microhistórica. «Los historiadores de provincia, según dice don Rafael Montejano, somos ermitaños reclusos en las cavernas de una problemática muy compleja… En nosotros se ha hecho verdad lo que cantó Machado:

> caminante: no hay camino,
> se hace camino al andar…»

En ninguna especie historiográfica se dan tantos abortos como en ésta. Aquí abundan las obras a medio hacer: simples compilaciones documentales sin aparato crítico, o sumas críticas de documentos ayunas de interpretación, o retahilas de hechos en desorden. Aunque según Nietzsche el espíritu anticuario «no puede percibir las generalidades», y según Trevelyan en la anticuaría interesan más «los hechos particulares» que sus relaciones de

causa, el historiador pueblerino no puede dispensarse de la tarea interpretativa, de la interpretación teleológica por lo menos, la recomendada por Collingwood.

La piedad por lo que ha sido exige un gran esfuerzo hermenéutico. El historiador monumental cumple si explica los hechos por causalidad eficiente, y el historiador crítico por la vía de la causalidad formal. Pero el que quiere revivir intelectualmente la tradición olvidada necesita comprender, ligar los acontecimientos a sus autores, acudir al expediente etiológico de móviles y motivos. Tengo para mí que el entendimiento de las personas es la estación más importante del quehacer microhistórico, y también la más difícil y menos fecunda. La resurrección de los difuntos requiere recubrir sus huesos de carne y espíritu, tarea en la que, aparte de la psicología, las ciencias ayudan muy poco.

Al tratar de comprender entra uno en el camino misterioso de la inspiración, y por él camina durante todo el viaje de vuelta. Para los últimos tramos del camino no sirven las reglas. La anticuaría es ciencia en las etapas recolectora, depuradora y hermenéutica, e intuición en las siguientes. Strachey solía decir: «Los hechos, si son reunidos sin arte, son meras compilaciones, y las compilaciones sin duda pueden ser útiles, pero no son historia, así como la simple adición de mantequilla, huevos, patatas y perejil no es una *omelette*».

En palabras de Eric Dardel, la micro «pertenece a la narración como el cuento y la epopeya. Exponer la historia concreta es siempre de algún modo contar historias», narrar sucedidos dispuestos en su orden cronológico. Por lo mismo son injustificables algunas arquitecturas deformes, como la de diccionario, donde cae a menudo la narrativa local. Tampoco es justo dejarse seducir, al ponerse a escribir, por el estilo oratorio que le viene bien a la historia monumental, o el estilo insípido que aguanta sin sobresaltos la especie crítica. Lo bueno en microhistoria es la expresión inspirada en el lenguaje común. Ni la pompa del pico de oro ni la desnuda monserga del científico. Sí el habla de los buenos conversadores, el encanto de los cuenteros. Sin encanto no hay microhistoria que valga.

USO PÚBLICO DE LA MICROHISTORIA

No obstante que la literatura microhistórica circula normalmente en ediciones de corto tiraje, mal diseñadas y bien surtidas de erratas, como a la Cenicienta

del cuento, le ha acontecido el reconocimiento de sus virtudes. Lo que fue burla de cultos, es hoy fuente de regocijo. A todo santo se le llega su fiesta. Aquí en México, la llamada de atención se debe a don Alfonso Reyes en carta escrita a don Daniel Cosío Villegas, donde se lee: «Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales… [en ellos] están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región».

Don Alfonso Reyes le concede un valor sólo ancilar a la historia matria, la ve únicamente como auxiliar de la historia patria. Lo mismo piensan Lucien Febvre y la mayoría de los colegas monumentales y críticos. También le reconocen virtudes de criada (no siempre dulce y sumisa), sociólogos, economistas y antropólogos. Algunos profesionales de las ciencias del hombre creen que si llegamos a conocer la vida cotidiana de algunos átomos o células de la sociedad podremos conseguir una imagen redonda de la grey humana en su conjunto. Creen que lo pequeño es cifra de lo grande.

Previamente los pedagogos le habían atribuido la virtud de ser un buen aperitivo para las criaturas con inapetencia histórica monumental. Como el amor a la patria chica está hincado en el corazón, la historia de su terruño les entra a los niños sin sangre, incluso les gusta y quizá los domestique para el estudio de la vida patria. La escuela activa le concede un atributo más: la microhistoria permite enseñar historia haciéndola. También se recomienda para la enseñanza universitaria. El profesor Finberg dice que es un estupendo gimnasio donde se robustecen los músculos intelectuales de los aprendices de historia porque en la práctica microhistórica se echa mano de todos los pormenores del método.

También en el círculo popular gana cada vez mayor clientela. En primer término el turista ha dado en consumir microhistorias con el mismo entusiasmo que lo induce a zambullirse en una alberca de aguas tibias o en un paisaje bucólico. Es comprensible que los burgueses sientan las narraciones históricas intercaladas en las guías turísticas como jardines terapéuticos. La microhistoria es indicada para los hombres ajetreados. Con ella, los enloquecidos por el hacer y los débiles de ser se desenajenan y robustecen. La lectura de microhistorias puede ser un pasatiempo divertido y saludable.

Los moralistas se dejan seducir por las microhistorias, pues en su lectura suelen encontrar valores y virtudes humanas arrojadas por las ciudades a los basureros del olvido. En todas las congregaciones pequeñas, en todos los Jerez del mundo, y no sólo en el de López Velarde se puede espigar una

luminosa pureza de costumbres, el sentido del humor respetuoso de las grandes tradiciones, el gozo de vivir en salto de trancas, la cordialidad, el regocijo sin cruda y el espíritu de independencia sin estruendos de rebeldía.

Si no me importara aburrirlos le concedería diez páginas más al catálogo de los usos y virtudes de la historia pueblerina. Como quiera, el temor de cansarlos no me va a impedir una última parrafada donde diga que la historia recobrada de una localidad presta grandes servicios a esa localidad. Al hacerla consciente de su tradición la sustrae de ella, la libera, le permite continuar la marcha. Ya lo dijo Goethe: «Escribir historia no es un modo de deshacerse del pasado». Sobre todo si es un poco crítica, la historia realiza una auténtica catarsis. La microhistoria puede convertirse en el saber disruptivo que libere a los lugareños del peso de su pasado.

III. UN SIGLO DE APORTACIONES MEXICANAS A LA MICROHISTORIA[*]

PROPÓSITOS Y DISCULPAS

La historiografía local no figura en el balance que hizo El Colegio de México en 1966 con el nombre de *Veinticinco años de investigación histórica en México*.[1] Cuando se proyectaba esa obra, alguien recordó la carta escrita diez años antes por don Alfonso Reyes a don Daniel Cosío Villegas y que citamos en el capítulo anterior.[2]

En 1965 nadie aceptó la tarea solicitada por don Alfonso, nadie se prestó a levantar el censo de las historias locales. Los obstáculos eran y siguen siendo múltiples. Para hacer una lista más o menos completa es necesario, entre otras cosas, recorrer uno a uno y minuciosamente todos los rincones de la República. La razón es clara: muchas de esas crónicas, no obstante la diligencia de don Wigberto Jiménez Moreno y don Antonio Pompa y Pompa, no se encuentran todavía en los lugares frecuentados por los investigadores, en los anaqueles de las bibliotecas y los archivos públicos. Algunas, en copia a máquina o en manuscrito, están en las casas pueblerinas de sus autores. Otras, que han llegado a la reproducción en mimeógrafo, nunca han salido del vecindario municipal. Aquéllas de las que una imprenta provinciana hizo cien y hasta quinientos ejemplares, rara vez alcanzaron el honor de ser acogidas por una biblioteca.

Además de buscar por todos los rincones del país, el investigador pedido por don Alfonso tiene, antes de ponerse en obra, que proceder a un deslinde: fijar los límites de la microhistoria para no exponerse a sumar peras y manzanas. En este caso, la imprecisión lo envuelve todo. Habrá que convenir en qué es comunidad marginal, regional y parroquial y en qué es etnohistoria e historia de regiones, ciudades y parroquias. Quizá la etnohistoria, que se ocupa de tribus y grupos marginados, la historia regional, que toma como asunto la gran división administrativa de un Estado, la entretenida en las

vicisitudes y pormenores de las ciudades y la historia de aldeas y pueblos no sean la misma cosa. No es fácil confundir y agavillar estudios relativos a los huicholes, el municipio de San Miguel el Alto, la ciudad de México, el barrio de la Cohetera, el distrito de Jiquilpan, el Valle del Fuerte, la diócesis de Tulancingo, la arquidiócesis de Morelia, el estado de Campeche, la península de Yucatán, el vastísimo norte, las ruinas prehispánicas de Tula, la conquista de la Nueva Galicia, la sociedad de Zacatecas en los albores de la época colonial, los misioneros muertos en el norte de la Nueva España, la independencia en Xochimilco, la intervención francesa en Michoacán, la revuelta de la Noria, Porfirio Díaz en Chapala, Zapata y la revolución en Morelos, los cristeros del volcán de Colima, Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días, las artes gráficas en Puebla, la instrucción pública en San Luis Potosí, la bibliografía de Tlaxcala y el Congreso de Chilpancingo.

Por otra parte, ya es tiempo de que sea atendida la petición de don Alfonso Reyes y mientras se da con la persona hábil y paciente que junte, discrimine y estudie crónicas e historias locales, no está por demás aventurar un juicio, decir una primera palabra, puesto que nada se ha dicho del conjunto. Por lo mismo, mi ponencia llega muy temprano, y siempre será penoso el llegar con demasiada anticipación a un quehacer o a una fiesta, antes de los invitados de nota.

Hace poco empecé a reunir, en horas robadas a otros quehaceres, la bibliografía. Naturalmente no pude establecer en tan breve plazo, y desde México, un catálogo como el que hace falta. Por otra parte la reunión ante la cual se presentan estos apuntes señaló que no quería oír ni leer una lista de nombres de autores y títulos de obras. Hubo, pues, que pasar de la bibliografía incipiente al escrutinio de lo poco catalogado, y aquí los logros fueron mínimos. Había que examinar mil libros, debía leer más de cien mil páginas, pero el tiempo sólo alcanzó para hojear apresuradamente poco más de cinco mil escogidas al azar, o casi.

Lo hecho adrede fue la exclusión, en el catálogo y en el examen, de los estudios de arqueología y etnohistoria, bibliografías, colecciones documentales y otros trabajos auxiliares de la historia, las semihistorias que sólo miran una de las parcelas de la cultura y las contribuciones extranjeras (la mayoría norteamericanas) que tocan nuestra vida local. Tampoco admití, por la dificultad de dar con ellos, textos mecanográficos y mimeográficos y estudios aparecidos en publicaciones periódicas. Me quedé con obras impresas separadamente y no con todas. Excluí los opúsculos que no llegaban

a las veinticinco páginas. Por último, me limité a la producción del último siglo, de 1870 para acá.

En suma, traigo a cuento algunos libros de verdadera historia, hechos por mexicanos entre 1870 y 1969, de asunto regional (entendida por región cada una de las divisiones territoriales, mayores y administrativas de México: las estudiadas por don Edmundo O’Gorman en una obra clásica) o parroquial, donde se usa parroquia en el sentido de patria minúscula, la que Unamuno llama *de campanario*, «la patria ya no chica, sino menos que chica, la que podemos abarcar de una mirada, como se puede abarcar Bilbao desde muchas alturas».[3] En otros términos, las historias que suelen ser expresión de dos emociones de mala fama: el aldeanismo y el provincialismo. En el caso de México, emociones perturbadoras de algo tan grave y sonoro como son la consolidación de la nacionalidad y el patriotismo.

Y aunque el provincialismo y el aldeanismo son aquí más viejos que el amor a la patria por ser herencia recibida de los pueblos precortesianos y de España, y aunque la historiografía que los expresa es tan antigua como el atole blanco (los indios precortesianos sólo dibujaron historias de sus tribus y los españoles de la baja Edad Media escribieron historias de villas y ciudades) no voy a remontarme a los orígenes. Sería llevar las cosas demasiado lejos si comenzara con Juan Gil de Zamora, el cronista del siglo XIII que inaugura el género en España con *De preconiis civitatis Numantine*. También se puede evitar sin grandes riesgos la referencia a las crónicas que de sus respectivas provincias y misiones hicieron franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas y otras órdenes de la era colonial mexicana. Con la Reforma se produce un corte tan profundo en la vida de México que, a partir de su triunfo, es posible comenzar la historia de muchos aspectos de lo mexicano.

La fecha inicial no se ha escogido por puro capricho. Alrededor de ella y en un quinquenio aparecen las obras de Longinos Banda, Gerónimo del Castillo, Manuel Rivera Cambas, Ignacio Navarrete, Manuel Gil y Sáenz y Alejandro Prieto que rompen con la tradición y sirven de modelo al porvenir. Quizá más azaroso que el punto de arranque sea el deslinde de la materia en tres periodos: el porfiriato, el revolucionario y el actual. Quizá un estudio a fondo del problema destruya esa periodización.

CUANDO LA PATRIA ERA EL CENTRO

Desde mediados del siglo XIX, «las invasiones extranjeras y la presencia constante de un vecino todopoderoso»[4] habían robustecido en los jóvenes de la aristocracia y la mesocracia de las ciudades mexicanas, un nacionalismo desconfiado, a la defensiva, triste y proselitista. La doctora Vázquez cuenta los ardides de que se valieron aquellos hombres para contagiar su patriotismo a la gran masa de la población.[5] La élite patriótica, casi toda ella liberal y positivista, hizo lo indecible por hacer a todos los vecinos de la República patriotas, prácticos y libres. Juárez, Lerdo y Díaz combatieron como antiguallas, amores y filias regionales y aldeanas, e intentaron aniquilar su expresión política: el cacicazgo. Como defensa, los intereses políticos estatales esgrimieron la doctrina del federalismo, y los municipales la del ayuntamiento libre. Pero no fueron ésas las únicas armas esgrimidas. La historiografía local entró también a la pelea.

Algunos gobernadores de los estados («Gonzalitos» de Nuevo León, Eustaquio Buelna de Sinaloa, Eligio Ancona de Yucatán, Joaquín Baranda de Campeche, Manuel Muro de San Luis Potosí y Ramón Corral de Sonora), en sendos libros de historia destacaron, con su puño y letra, la personalidad de sus respectivas entidades políticas. Otros gobernadores únicamente promovieron la factura de esas historias. Nunca como entonces la historiografía subnacional se vio tan favorecida por las autoridades. Nunca tampoco ha vuelto a tener tan buenos operarios esa mies.

Ninguno fue historiador profesional porque no había tal profesión, pero casi todos se distinguieron por su vasta y variada cultura, su inteligencia, su mucho mundo y su entrañable cariño a la patria chica. Aparte de gobernadores ilustrados, anduvieron metidos en la reconstrucción histórica provinciana el obispo Crescencio Carrillo, el ministro de la Suprema Corte Eduardo Ruiz, el ingeniero y periodista Manuel Rivera Cambas, el canónigo Vicente de P. Andrade, los sacerdotes Manuel Gil, Antonio Gay y Lucio Marmolejo, el jefe político de Ejutla y diputado al Congreso Federal Manual Martínez Gracida, el coronel y poeta Elías Amador y los distinguidos abogados y educadores Francisco Molina Solís, Luis Pérez Verdía y Francisco Medina de la Torre. Si no se puede decir que estaban a la altura del conjunto de los historiadores de la vida nacional es porque eran generalmente mucho mejores. Según nuestra bibliografía, se publicaron 200 libros de microhistoria integral en tiempos de don Porfirio; algo así como cinco por año. Dentro de un periodo de cuatro décadas, fueron temporadas fecundas las de 1878-1881, 1899-1905 y 1909-1910. En este último bienio se produjo la séptima parte del total. La celebración del Centenario de la Independencia

explica el fenómeno. Con este motivo se escribió acerca de mil cosas pertenecientes a Oaxaca, Puebla y Guanajuato.[6] Se aprovechó también el aniversario nacionalista para publicar obras monumentales como: el *Bosquejo histórico de Zacatecas*, en dos volúmenes, de Elías Amador; las *Recordaciones históricas*, en dos volúmenes, del campechano Joaquín Baranda, el *Diccionario*, en tres volúmenes, y la *Historia civil y eclesiástica de Michoacán*, en otros tres, de Mariano de Jesús Torres; los *Anales históricos de Campeche*, en dos volúmenes, de Francisco Álvarez; la *Historia de San Luis Potosí*, en tres volúmenes, de Manuel Muro, la *Historia particular del estado de Jalisco*, en tres volúmenes, de Luis Pérez Verdía, y la *Historia de Yucatán durante la dominación española*, también en tres volúmenes, de Juan Francisco Molina Solís.[7]

Entonces la historia de los estados fue más cultivada que la municipal. El 63 % de los libros del periodo cubren la vida conjunta de 24 de los 28 estados de la Federación. Los más estudiados fueron Jalisco, Michoacán, Puebla, San Luis Potosí y Yucatán. El aspecto predominante en la historiografía estatal es el político, pero no faltan los trabajos de índole enciclopédica como los que hicieron Manuel Gil, de Tabasco; Alejandro Prieto, de Tamaulipas; Eustaquio Buelna, de Sinaloa; Serapio Baqueiro, de Yucatán; Ignacio Rodríguez, de Colima, y Francisco Belmar, de Oaxaca. Con todo, donde más predomina la tendencia enciclopédica, donde casi nunca deja de conjugarse el tema histórico con el geográfico y económico, es en la historiografía de corte parroquial, en los volúmenes de Juan de la Torre, sobre Morelia; Ramón Sánchez, sobre Arandas y Jiquilpan; Luis Escandón, sobre Tula; Francisco Medina de la Torre, sobre San Miguel el Alto; Joaquín Romo, sobre Guadalajara; Valentín Frías, sobre Querétaro; Enrique Herrera, sobre Córdoba y Joaquín M. Rodríguez, sobre Jalapa.[8]

Muchas de las obras de la época porfiriana no traen aparato erudito; no se ve ni una nota a lo largo de la narracción. Los laicos las pueden leer a sus anchas, pero no los profesionales de la historia, siempre tan mal pensados. Lo primero que se ocurre es que aquellos enormes libros son fruto del magín o del plagio y no de la paciente y surtida búsqueda en documentos, tepalcates, periódicos y crónicas. De hecho, abundan los no exentos de fantasía, sobre todo en la parte concerniente a la antigüedad prehispánica, pero aun los más fantásticos, como el de Ignacio Navarrete sobre Jalisco,[9] no carecen de erudición, y algunos ya son tan sobradamente documentados como los que vendrán después. En varios, además de documentos y del estudio de

monumentos, se echa mano de la tradición oral. Entonces comienza, con el beneplácito del positivismo, la historiografía que se autonombró «científica».

Los historiadores científicos de ahora encuentran muchas imperfecciones de método en los historiadores de la edad porfiriana, porque no se informaron exhaustivamente, usaron más fuentes impresas que manuscritas, creyeron en cosas increíbles, o dieron alguna vez rienda suelta a la pasión. Como quiera, no fueron perezosos ni ingenuos. Creían, con don Nicolás León, que «el conocimiento de las producciones literarias de los ingenios de aquellos tiempos, y el estudio crítico de ellas son la única base en que debe estribar la apreciación imparcial tocante a la ciencia de nuestros antepasados».[10] Y no tomaron a la ligera las operaciones del análisis histórico porque querían conseguir verdades históricas tan firmes como las de la ciencia natural, a fin de que pudieran ser útiles. Pensaban que la historia, al proceder como la anatomía y la fisiología, sería aprovechada por los médicos de la sociedad, por los señores políticos.

Como no se daba aún en la costumbre de agotar las energías en las tareas del análisis histórico, varios de aquellos historiadores meditaron, compusieron y escribieron con arte y sosegadamente sus obras. En lo que toca a la composición, lo común fue adaptar moldes añosos: efemérides, catecismos, centones biográficos, etcétera. Hubo un par de innovaciones, no muy felices, pero sí muy imitadas. A la primera le corresponde como remoto antepasado la relación histórico-geográfica, que dispuso hacer Felipe II, y que analiza Alejandra Moreno Toscano en un reciente y novedoso libro.[11] Para designarla se usaron muchos nombres: noticias geográficas, estadísticas e históricas; historia, geografía y estadística; apuntes históricos, geográficos, estadísticos y descriptivos; noticias históricas y estadísticas, etc. *El bosquejo estadístico e histórico del distrito de Jiquilpan* de don Ramón Sánchez, es un buen ejemplo de esa arquitectura. Se abre el libro con un retrato del autor, un prólogo en elogio del retratado y una alabanza de éste al gobernador de Michoacán. La obra misma se reparte en 50 capítulos de muy desigual tamaño y una brevísima conclusión; el que lleva el nombre de Historia cubre 50 páginas; en cambio, la página 48 alberga cuatro capítulos: aguas termales, pozos artesianos y arcas de agua. El capítulo religioso consta de tres líneas y el de los hombres célebres y notables del distrito, de 20 páginas. Otras divisiones se destinan a la posición astronómica, el clima, los ríos, los reinos de la naturaleza, la población, las enfermedades, las diversiones públicas, cívicas y religiosas, la educación, la justicia, el fisco, la agricultura, el giro

mercantil, la industria, los baños públicos y las mejoras materiales. Cierra la obra otro elogio para el autor, esta vez en verso.

Para vaciar las investigaciones enciclopédicas de los estudiosos locales, se usó también la forma del diccionario. Don Gerónimo del Castillo compuso el *Diccionario histórico, biográfico y monumental de Yucatán* en 1866, y en adelante varios pusieron en desorden alfabético lo mucho y disperso que se sabía de sus terruños. Los cronistas locales de la época fueron generalmente arquitectos monstruosos, pero buenos prosistas. Varios han sido recibidos en las historias de la literatura mexicana, y otros deberían serlo, como don Primo Feliciano Velázquez.

No se cuenta con suficiente información para medir el éxito alcanzado por los libros de historia de asunto regional o parroquial de la era porfiriana. No hay indicios de que alguno haya sido *best-seller.* Quizá varios tuvieron una modesta acogida local; otros, ni esto. Algunos, a poco andar se volvieron canteras de datos para eruditos. Los de don Eduardo Ruiz, y quizá otros también, tuvieron desde su aparición un notable círculo de lectores dentro del gran público. Ninguna de aquellas historias ha llegado a ser clásica nacional, aunque casi todas sean clásicas locales. No sé de ninguna que haya sido traducida a otra lengua. Muy pocas han soportado una segunda edición, pero la mayoría figura en las listas de libros raros y son muy buscadas por bibliófilos y bibliómanos.

CUANDO LA PROVINCIA ERA LA PATRIA

La Revolución mexicana que estalló en 1910 fue tan nacionalista como la Reforma; se hizo en todo México y para México, pero la hicieron una mayoría de campesinos, y no de hombres de la ciudad como sucedió con la Reforma. Los caudillos de ésta pugnaron contra regionalismos y aldeanismos. El grueso de los revolucionarios defendió la tesis de que se podía ser patriota sin dejar de ser matriota y aun la extremó con aquel dicho de Héctor Pérez Martínez en Guadalajara: «Para merecer el título de buen mexicano es condición la de ser buen provinciano».[12] La nueva orden fue ir a la provincia y venir de la provincia. Se convirtió en virtud lo que fuera vicio: «La adhesión calurosa a la tierra nativa».

Alfonso de Alba, en la *Provincia oculta*, observa que aun los más universalistas de nuestros intelectuales, nuestros hombres de letras, se inclinaban por el colorido local al modo de Francis Jammes, Maurice Barrés,

Eça de Queiroz, Ivan Bunin, Charles Wagner, José María de Pereda, Santiago Rusiñol, Vicente Blasco Ibáñez y la Generación del 98 que, al estilo de los revolucionarios mexicanos, estimula la conciencia y el sentimiento nacionales a fuerza de exaltar lo trivial y pueblerino. Así Azorín, Unamuno, Baroja y Miró. Y así también sus admiradores de México, empezando por el más universal de todos, don Alfonso Reyes, quien señaló que la República es un haz de provincias, valioso «por su espigas más que por la guía que las anuda». [13] Ramón López Velarde empequeñeció a la capital «ojerosa y pintada» y alabó a la «aromosa tierruca», y otro tanto hicieron los jaliscienses Francisco González León, Manuel Martínez Valadez y Mariano Azuela los michoacanos José Rubén Romero y Alfredo Maillefert, y muchos aguascalentenses, yucatecos y poblanos. Entre 1910 y 1940 la literatura de tema local estuvo de moda y los escritores provincialistas fueron mimados con puestos burocráticos, embajadas, cátedras y premios, por la Revolución triunfante.

Los hombres de letras, no los del gremio de la historia. El provincialismo se expresó por boca de vates y novelistas, no de historiadores. Los de más nota entre éstos prefirieron nadar en otras corrientes: el indigenismo, el colonialismo, el hispanoamericanismo. Los más se entregaron al «desenterramiento de toda una guardarropía». Don Luis González Obregón, Manuel Romero de Terreros (que se autotituló marqués de San Francisco), Francisco Pérez Salazar, Federico Gómez de Orozco, Artemio de Valle Arizpe… desenterraron «prelados y monjas, cerámica de China, galeones españoles, oidores y virreyes, palaciegos y truhanes, palanquines, tafetanes, juegos de cañas, quemadores inquisitoriales, hechiceros, cordobanes, escudos de armas, gacetas de 1770, pendones, especiería, sillas de coro, marmajeras, retratos de cera» y la fabla del «habedes».[14]

Sólo el máximo promotor y crítico del colonialismo, el redondo don Genaro Estrada, no se contentó con el barrio capitalino y «sus capillas pobres, en donde hay nazarenos sucios de terciopelo y de moscas», y con el corazón de la capital y sus patios, fuentes barrocas, casas de tezontle y portones nobiliarios. También se dejó atraer por «el hechizo de la provincia». Había nacido en Mazatlán y fue en aquel puerto reportero, cronista y redactor en tres periódicos. La Revolución lo transterró a México, donde obtuvo puestos burocráticos en la Secretaría de Relaciones, y desde ellos impulsó los estudios históricos de tema regional, y sobre todo los de cimiento, los de carácter bibliográfico. A partir de 1926, lanza la serie de bibliografías de los estados. Heredia hace la de Sinaloa; Alessio Robles, la de Coahuila; Romero Flores, la

de Michoacán; Diez, la de Morelos; Chávez Orozco, la de Zacatecas; Santamaría, la de Tabasco; Díaz Mercados, la de Veracruz; Teixidor, la de Yucatán, etcétera.[15]

Varios de los bibliógrafos promovidos por Estrada fueron los primeros comensales de sus catálogos. Se convirtieron, o por lo menos se confirmaron, como historiadores de la provincia. Así el maestro de toda erudición norteña, el ingeniero y militar Vito Alessio. Así también el profesor Jesús Romero Flores. Ambos, por otra parte, contaron con alguna protección oficial. Pero lo común fue el no obtener ayuda y estímulos oficiales. La gran mayoría trabajó por mera afición, en horas restadas al ejercicio de la abogacía, la ingeniería, la medicina, la chamba burocrática y la enseñanza. Casi ninguno se preparó especialmente para investigar las acciones del pasado. En este periodo, mucha gente inepta incursionó en la minihistoria.

Según nuestra bibliografía, y no obstante el desprecio a los investigadores provincianos, en la etapa destructiva de la Revolución se publicaron 250 libros de historia local, sin contar catálogos bibliográficos. Entre 1910 y 1924 aparecieron cuatro libros anualmente, y de 1925 a 1940, doce. Encontré uno editado en 1915, y di con veinte publicados en 1940.

El 49 % de esa clase de libros, algunos multivoluminosos, caen en la categoría de historias regionales; el 5 %, muchos casi folletos, tratan asuntos de parroquia. Entre éstos, la mayoría se refiere a las ciudades de importancia: Pachuca, Querétaro, León, Guanajuato, San Luis Potosí, Saltillo, Morelia, Torreón, Puebla, Monterrey, Mérida y Guadalajara. Los temas políticos mantienen su predominio; las monografías enciclopédicas no ceden tampoco sus posiciones; irrumpen con fuerza dos nuevos asuntos: el etnográfico, puesto de moda por Manuel Gamio, y el artístico, cuyo principal impulsor fue Manuel Toussaint. Lo común es que las crónicas locales abarquen desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, pero en la etapa revolucionaria se dan cada vez más las que sólo abordan una época, especialmente la colonial. Sirvan como botones de muestra algunas obras de Vito Alessio Robles, y los *Apuntes para la historia de Nueva Vizcaya* de don Atanasio González Saravia.[16]

Por lo que mira a la investigación en archivos, bibliotecas y sitios arqueológicos, los logros de la etapa revolucionaria son más cuantitativos que cualitativos. Se acrece el uso de las fuentes primarias. Se hacen sumas de documentos a nivel regional y local. Manuel Mestre Ghigliazza documenta a Tabasco, Ignacio Dávila Garibi a Ocotlán, Guadalajara y otros puntos de Jalisco, y Luis Páez Brotchie ve *La Nueva Galicia a través de su viejo*

archivo judicial. También cunde el uso de crónicas conventuales y de memorias de conquistadores y pobladores de la época hispánica.

En otros aspectos del análisis histórico no se advierten progresos dignos de nota. La debilidad crítica sigue manifestándose sobre todo en lo referente a la historia de la época precolombina. Sin embargo, las huellas documentales de los periodos virreinal y republicano son tratadas a veces con gran desconfianza, que no gran finura crítica. Las operaciones de síntesis decaen. Fue aquélla una época de hormigas.

El vasto material recogido por los investigadores de la etapa revolucionaria se vació casi todo en moldes viejos y difíciles: Efemérides (de León, por Sóstenes Lira; de Guanajuato, por Grispín Espinoza; de Hidalgo, por Teodomiro Manzano; de Colima, por Miguel Galindo), monografías geográficas y estadísticas (de Tulancingo, por Canuto Anaya; de Tehuacán, por Paredes Colín; de Yuririapúndaro y otros lugares, por Fulgencio Vargas; de Tlaxcala, por Higinio Vázquez; de Aguascalientes, por Jesús Bernal), diccionarios (de Chihuahua y Colima, por Francisco R. Almada), colecciones de estampas y episodios (de la región de Jalisco, por Ignacio Dávila Garibi; de San Luis Potosí, por Julio Betancourt; de Morelos, por Miguel Salinas; de Hidalgo, por Miguel A. Hidalgo; de Veracruz, por José de J. Núñez Domínguez; de Acapulco, por Vito Alessio y de Zapotlán, por Guillermo Jiménez), narraciones cronológicas (de Querétaro, por Valentín F. Frías; de Nuevo León, por David A. Cossío; de Toluca, por Miguel Salinas; de Morelia y Michoacán, por Jesús Romero Flores; de Jalisco, por Luis Páez Brotchie, y de Oaxaca, por Jorge Fernando Iturribarría). Fueron novedades las estructuras que les dieron a sus obras los de la escuela histórico-artística (*Tasco*, de Manuel Toussaint; *San Miguel de Allende*, de Francisco de la Maza y *La Valenciana* y otros puntos de Antonio Cortés), y los primeros etnohistoriadores Wigberto Jiménez Moreno y Gonzalo Aguirre Beltrán que debutaron, desde la década de los treinta, con estudios ejemplares. Otra manera, en parte novedosa, fue la de la guía turística. En 1934 se conocieron las asombrosas *Calles de Puebla*, de Hugo Leicht.

Lo cierto es que salvo pocas e ilustres excepciones, aquella historiografía no se distinguió por la unidad y la secuencia de las obras; lo predominante fue la dispersión y el desorden. También en la manera de contar hubo pocos aciertos. El estilo va de lo extremadamente ampuloso a lo extremadamente árido y pobre.

No sólo debe atribuirse a ineptitud resucitadora el que el grueso de la historiografía del periodo revolucionario haya tenido escasa acogida en su

época y casi ninguna después. Con todo, algunos librotes gozaron de prestigio en el círculo culto y a sus autores se les premió haciéndolos miembros de la Academia Mexicana de la Historia o de la Sociedad de Geografía y Estadística. Al círculo popular llegaron pocos y casi nunca los mismos aclamados por las academias y sociedades cultas. A los mejor informados se les tuvo por aburridos, y algunos de los menos sabios gozaron fama de amenos e interesantes. Casi ninguno se ha reimpreso, aunque más de alguno será llamado a la segunda vida por un juez literario o un historiador de la historia.

Ahora que la patria no es ni fu ni fa

El nacionalismo mexicano es otro desde 1940. Se ha vuelto más popular y también más aguado y tibio. Ya no profesa odios vigorosos contra lo extranjero y ve con indiferencia a la provincia. Ya no dice: «La provincia es la patria». Tampoco sostiene la tesis opuesta. La política busca el fin de las desigualdades regionales y las diferencias de región a región son cada día menores. De hecho, la distancia entre lo provinciano y lo capitalino está en vías de desaparecer. Por su parte, también el provincialismo y el aldeanismo se entibian y dejan de estar en boga.

Aunque todavía muchos de los dioses de la literatura mexicana (Agustín Yáñez, Juan Rulfo y Juan José Arreola) toman inspiración de la provincia, el grueso de los literatos de las tres últimas generaciones anda por otras rutas. El que disminuya día a día el número de poetas y novelistas nacidos y formados fuera de la capital, es una causa menor del fenómeno. La literatura reciente tampoco es nacionalista.

La historiografía mayor sigue apartada de lo provinciano. Wigberto Jiménez Moreno, Gonzalo Aguirre Beltrán, Ignacio Rubio Mañé, Justino Fernández y Héctor Pérez Martínez, que se dieron a conocer como historiadores locales, hace tiempo que abandonaron ese género. Los demás grandes nunca se han sentido atraídos por él. La república de la historia tiene un asiento capitalino. La gran mayoría de los investigadores viven en la capital, y desde ella la historia provinciana es difícil aunque en ella los historiadores disfrutan de toda clase de alicientes económicos y honoríficos; gozan de regulares sueldos; pueden dedicar la mayor parte de sus jornadas a la investigación; los editores de revistas y libros están siempre bien dispuestos a publicar los frutos de su actividad. Cuando dan a luz, los críticos

bibliográficos se encargan de que los periódicos, los radioescuchas y los televidentes lo sepan; se les invita a participar en reuniones y academias de sabios; ganan fácilmente pan, tiempo y nombradla y están a la última moda. Los cronistas locales andan muy lejos de esa gloria, y sin embargo son cada vez más numerosos.

Desde 1940 no ha dejado de acentuarse la diferencia entre historiadores capitalinos y provincianos. En tiempos de don Porfirio no era perceptible la desigualdad económica, social y profesional entre unos y otros. En la etapa siguiente, varios de los cronistas locales cayeron en la categoría de hermanos pobres, torpes e ignorantes. En los últimos treinta años, un abismo separa al historiador de la capital, que ha hecho estudios *ad hoc*, presentado una tesis profesional, visitado universidades de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, leído obras en inglés y francés y que posee todos los seguros y ayudas de nuestros institutos de investigación, del cronista local, solo, informe y sin oportunidades de formarse. Algunos ni siquiera han terminado los estudios de la educación primaria, y aunque no faltan los que ostentan títulos universitarios, éstos son de abogacía o medicina. Son muy pocos los profesionales de la historia, y aun éstos no cuentan con los necesarios auxilios para trabajar. La gran mayoría está en mala situación económica, sin conexiones con el gremio, al margen de las nuevas corrientes historiográficas pero no inactiva.

De 1941 a 1969 aparecieron, según mi lista, 500 historias de tema regional y parroquial; esto es, diez y siete por año, el doble de las publicaciones en el periodo de 1911-1940 y casi el triple de las que produjo el Porfiriato. Han sido años de gran fecundidad los del 45 y 46 con veinticinco libros cada uno, y el de 1968, con treinta y tres. Probablemente en el último treintenio no ha aumentado la producción de artículos, pero sí, con toda seguridad, la de obras que circulan en copias mecanográficas. En fin, por el volumen, la cosecha no es nada desdeñable.

Si mi bibliografía no engaña, las historias de tema parroquial han aventajado en número a las de asunto regional. Va de salida la moda de hacer historias de los estados. El 62 % de la producción es parroquial.

Todavía más: crece la cifra de libros que toman como asunto ciudades pequeñas y aun pueblos de escaso bulto y renombre. La mayoría de los sitios estudiados pertenecen a Jalisco, Michoacán, Puebla, Veracruz, Guanajuato, México, San Luis Potosí y Yucatán. Como quiera, los máximos animadores son el jalisciense José Ramírez Flores, el veracruzano Leonardo Pasquel, Mario Colín del estado de México, el neolonés Israel Cavazos, y el padre

Montejano de San Luis Potosí. En la temática no ha habido una revolución general. Siguen siendo mayoría los cronistas locales empeñados en hacer listas de personas y hechos políticos y militares. Otros siguen adictos a la manera enciclopédica surgida en el porfiriato. El influjo de la escuela etnohistórica ha penetrado poco en la provincia, pero, desde la capital, algunos etnohistoriadores del arte, también capitalinos, han ensanchado el campo de sus investigaciones localistas. El reciente ejemplo de Carlos Martínez Marín se expande.

A pesar de su aislamiento, los cronistas locales de la época actual pertenecen al club de los adoradores de las fuentes primarias y el aparato erudito. Confeccionan sus crónicas y monografías con noticias extraídas de los papeles del Archivo General de la Nación, de los archivos estatales, los registros de bautismo, matrimonios y defunciones de las parroquias y vicarías y los libros de notarios. También acuden con mayor frecuencia a periódicos y al estudio de ruinas. Los trabajos sobre Tlapacoyan y Misantla, de Ramírez Lavoignet; Zamora y Jacona, de Rodríguez Zetina; Oaxaca, de Iturribarría; Ameca, de Jesús Amaya Topete y los varios de Gabriel Agraz García de Alba han sido construidos sobre una vasta plataforma documental. Naturalmente que los hechos por profesionales de la historia, como Israel Cavazos Garza y Delfina López Sarrelangue, aúnan a la labor heurística un fino talento crítico.

En términos generales, los cronistas lugareños han hecho avances notables por lo que mira al manejo de las fuentes históricas, a pesar de la falta de oficio en tantos. Por otra parte, la forma como proceden en el análisis varía muchísimo de unos individuos a otros. No se puede decir nada que los abarque a todos. Son menos los que le saben sacar provecho a sus materiales. Los hay que son auténticos historiadores de tijera y engrudo; los hay que pasan de la más pura fantasía a la erudición más espesa.

Seguramente la gran mayoría de nuestros cronistas locales carecen del vicio moderno del «profesionalismo». Por este lado están en gran desventaja con respecto a los historiadores capitalinos. Por otro lado les llevan la delantera. Los estudiosos lugareños ganan en vocación, en experiencia vital y sobre todo en cariño hacia su objeto de estudio. Es difícil escoger entre el profesional que es todo inteligencia y oficio y el aficionado, *dilettante* o amateur que es puro gusto.

A veces lo peor de los historiadores lugareños es lo que tienen de profesionales. Muchos comparten con éstos la malhadada manera de reconstruir la historia. Se meten en explicaciones farragosas y siempre discutibles. En nombre de la ciencia, construyen con sus materiales castillos

laberínticos que nada tienen que ver con las articulaciones reales de la vida histórica. Al verse rodeado de tantas efemérides, monografías históricogeográ ficoestadísticas, relaciones deshilvanadas, informes etnohistóricos y otras deformidades, se añoran la sencillez y la espontaneidad arquitectónicas de Bernal Díaz del Castillo, Toribio de Motolinía, Jerónimo de Mendieta y demás fundadores de la historiografía mexicana. ¿Para qué tanto brinco estando el suelo tan parejo?

Otro aspecto, tampoco privativo de la historiografía local, es el de la «dignidad» de la prosa histórica, digna a fuerza de ser esdrújula, reverente, *camp*. Pero tampoco aquí se puede generalizar. Entre lo poco que conozco, hay magníficas excepciones: el humorismo de Salvador Novo en la *Breve historia de Coyoacán*, las evocaciones laguenses de Alfonso de Alba, la prosa vivificadora de José Fuentes Mares y quizás muchas que ignoro.

Han sido modestos los logros editoriales alcanzados en el último treintenio por las obras de tema regional y parroquial. Algunas no han dado con editor o se han impreso en ediciones cortas y miserables pagadas por quien las escribió. Otras han salido a luz gracias a la caridad oficial o de los paisanos del escribiente. A veces las editoriales universitarias se dignan imprimirlas, pero las de carácter mercantil temen meterse con esa clase de libros, lo que parece indicar que el lectorio y el auditorio de los historiadores provincianos sigue siendo reducido y pobre. En el círculo académico seguramente gozan de escasa estima, los críticos rara vez les conceden un rato de atención y el público general difícilmente se percata de su existencia.

Y sin embargo, volviendo a don Alfonso Reyes, en muchos de estos historiadores locales están las «aguas vivas». Yo puedo decir que he leído con mucho agrado y he aprendido mucho en *Tetela del Volcán* de Carlos Martínez Marín, en el *Consulado* y en la *Insurgencia en Guadalajara* de José Ramírez Flores, en *Cosas de viejos papeles* de Leopoldo I. Orendáin, en las *Colimas*, de Daniel Moreno, en las historias michoacanas de don Jesús Romero Flores, en la monografía neoleonesa de Israel Cavazos Garza, en la *Historia del Valle del Yaqui* de Claudio Dabdoub, y en la del Fuerte, de Mario Gill; en la *Historia sucinta de Michoacán* de José Bravo Ugarte, en la *Huasteca veracruzana* de Joaquín Meade; en las reconstrucciones chihuahuenses de José Fuentes Mares, en las evocaciones de Lagos de Alfonso de Alba, en Héctor Pérez Martínez, Rosendo Taracena, Eduardo Villa, Francisco R. Almada, Santiago Roel, José Corona Núñez, Ricardo Lancaster Jones, José Cornejo Franco, Jesús Maya Topete, Jesús Sotelo Inclán, Jorge Fernando

Iturribarría, Esteban Chávez, Mario Colín, Leonardo Pasquel, Rafael Montejano y Aguiñaga, José P. Saldaña, José Miguel Quintana y cien más.

RECOMENDACIONES

A pesar de que hasta ahora la historiografía mexicana moderna de tema local no ha conocido todavía un momento de gran esplendor, hay signos indicadores de la cercanía de un buen temporal. El género ya está de moda en algunos países ricos como Alemania, Estados Unidos, Francia e Inglaterra. En nuestro medio ya empiezan a difundirse las siguientes ideas: «La educación histórica de la niñez debe comenzar con el relato del pequeño mundo donde el niño vive». «La historiografía de áreas cortas es un gimnasio ideal para desenvolver los músculos historiográficos de los estudiantes de historia porque esa disciplina exige, como ninguna otra, la aplicación de todas las técnicas heurístcias, críticas, interpretativas, etiológicas, arquitectónicas y de estilo». «En la vida de un pueblo de todos y por lo reducido del objeto es posible recrearla en toda su amplitud». «Cada una de las aldeas de una nación reproduce en miniatura la vida nacional en que está inmersa».[17] «En los historiadores locales están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de dos conflictos y sucesos registrados en cada región».[18] En la microhistoria y en la «microsociología» el sociólogo y el historiador tienen en México una riqueza que apenas comienza a explotarse.

No sólo entre los cultos, también en el círculo popular se perciben signos de mayor acercamiento a la microhistoria. Fuera de los clientes seguros que en cada región y parroquia ya tienen sus propios cronistas, los hombres de ciudad miran con buenos ojos los relatos de la vida que muere, quizá porque añoran la vida apacible, quizá porque creen que los lugareños tienen algo que enseñar, que todas las comunidades por pequeñas que sean, incluso las más apartadas del comercio y la cultura, aportan experiencias humanas ejemplares.

En el Congreso Científico Mexicano celebrado en México, D. F., durante el mes de septiembre de 1951, don Wigberto Jiménez Moreno afirmó: «Espero que se dará mayor importancia a la historia regional, como corresponde a la visión de un México múltiple».[19] Y él, mejor que nadie, hubiera podido decir las medidas adecuadas para conseguir la realización de su esperanza. Él puede hacerlo todavía ahora, salvo que crea que el auge de la

historiografía local llegará de cualquier manera. Sin embargo, es creíble que, sin el concurso de algunas reformas, se malograrán.

A reserva de que don Wigberto Jiménez Moreno y don Antonio Pompa y Pompa, como máximos expertos y animadores del género que se discute aquí, digan lo conducente sobre el caso, aventuro algunas ocurrencias al parecer practicables. Entre las medidas de orden institucional, anoto diecisiete:

1) Que la Secretaría de Educación Pública y las direcciones de Educación de los estados hagan sitio a la historia local en los niveles de enseñanza primaria y secundaria.

2) Que nuestras universidades y centros de alta cultura abran seminarios y cátedras donde se enseñen y apliquen los principios y métodos de la historia local.

3) Conseguir para los pasantes de historia interesados en microhistoria becas por un año para investigación y organización de archivos provinciales, y el informe sobre su búsqueda se les acepte como tesis para optar a los grados de licenciatura y maestría.

4) Reanudar los congresos nacionales de historia que desde 1933 ayudaron a establecer el contacto entre historiadores de la capital y la provincia, y a promover las investigaciones de historia regional y parroquial.

5) Formar desde luego una asociación de historiadores matriotas cuya sede podría estar en la capital de la República o en una de las capitales de los estados.

6) Extender el mecenazgo del gobierno y las fundaciones a la historiografía de tema local en forma de becas, o sinecuras burocráticas, o premios a la labor hecha o mediante la edición y distribución de las obras de nuestros cronistas locales.

7) Difundir, por medio de una revista creada *ad hoc*, las nuevas orientaciones de la microhistoria en otros países y los trabajos microhistóricos hechos en México.

8) Promover la traducción de obras de historia local que se distingan por su carácter innovador o su perfección técnica.

9) Fundar una universidad de verano, cuya sede podría ser El Colegio de México, donde por un par de meses cada año se impartieran conferencias y cursillos sobre principios y métodos.

10) Procurar en cada población de importancia la organización de juntas de geografía e historia locales, integradas por personas idóneas, conocedoras del ambiente geográfico en que viven y de los antecedentes históricos del lugar.

11) Que se procure la instalación adecuada de ciertos archivos locales importantes, y la catalogación de sus fondos documentales, mediante la colaboración de los gobiernos de los estados o de las autoridades municipales con el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

12) Que se introduzcan cursos de lectura especiales para cada estado, en que los temas sean, con preferencia, la geografía, la flora, la fauna, el folklore, la arqueología, la etnografía y la historia de la región, lo mismo que datos de carácter lingüístico, y juicio sobre el valor de los productos artísticos regionales, revinculando por éstos y otros medios a los habitantes con la región.

13) Que se promueva la creación de un Instituto de Geografía e Historia Regionales, preferentemente dentro de la UNAM, con el apoyo de las universidades estatales y en colaboración con ellas. Tal instituto contaría con mapoteca, biblioteca, hemeroteca y archivo documental de micropelícula.

14) Que se pida a El Colegio de México que auspicie la elaboración de una historia de la historiografía mexicana y dentro de ella se consagre atención a la historiografía regional y local.

15) Que se solicite a El Colegio de México encargue a persona o personas idóneas la elaboración de una bibliografía de la historia regional y local de México.

16) Que se reanuden los congresos de historia que tanto sirvieron, desde 1933, para establecer el contacto entre historiadores de la capital y de la provincia y promover las investigaciones de historia regional.

17) Que se forme una asociación de historiadores locales con sede en México o en la capital de alguno de los estados.

Por lo que toca a reformas interiores, de puertas adentro, sería conveniente revisar los sujetos, los objetos y los procederes de la historiografía local. Paul Leuilhot asegura que «los principios de la historia local son autónomos y aun opuestos a los de la historia general». Aquélla es «cualitativa y no cuantitativa»; requiere «*une certaine souplesse, c'est une histoire a mailles lâches*»; «debe ser concreta», lo más próximo posible a la vida cotidiana, y debe ser diferencial, procurar medir la distancia entre la evolución general y la de las localidades.[20] Por su parte el profesor inglés H. P. R. Finberg apunta otros rasgos específicos.[21]

Según el profesor Finberg, el historiador local necesita madurez, lecturas amplias, mucha simpatía y piernas robustas. Por madurez entiende una larga y surtida experiencia entre los hombres, un buen equipaje de vivencias. Como lecturas recomienda, aparte de otras, las de libros de historia nacional e internacional. La simpatía que exige es por aquello de que sólo lo semejante conoce a lo semejante y aquello otro de que sólo se conoce bien lo que se ama. La exigencia de las piernas robustas alude a la necesidad que tiene el historiador pueblerino de recorrer a pie, una y otra vez, la sede de su asunto, y de visitar personalmente el mayor número de parroquianos.

Por lo que parece, «el ejército de la historiografía circunscrita a una pequeña zona tiene que echar mano de todos los recursos de la metodología histórica y de varios más. En este tipo de investigación, a cada una de las operaciones historiográficas se oponen numerosos obstáculos… No es fácil partir, como en otros campos de la historia, con un equipo adecuado de esquemas anteriores, de interrogatorios hechos, de hipótesis de trabajo y de modelos». Otro problema reside en la escasez y la dispersión de las fuentes. Incluso se ha dicho que no puede hacerse microhistoria porque faltan los documentos esenciales.

> La historiografía local, como la biografía, parece estar más cerca de la literatura que los otros géneros históricos, quizá porque la vida concreta exige un tratamiento literario, quizá porque gran parte de la clientela del historiador local es alérgica a la aridez acostumbrada por los historiadores contemporáneos. El redactor de una historia local debiera ser un hombre de letras.[22]

De cualquier historia se puede decir con Simpson que «nacerá muerta a menos que esté escrita en un estilo atractivo», pero nunca con tanta razón como de la microhistoria. A los encargados de formar a los historiadores

locales del futuro no se les podrá exigir que hagan poetas, pero sí que impidan los crímenes de producción de algunos microhistoriadores mexicanos.

IV. VEJAMEN DEL MICROHISTORIADOR MEXICANO

El pecado original

del reo en este intento de juicio quizá provenga de la triple circunstancia de haber nacido en provincia, en mala hora y en hogar anacrónico. Es innegable que la metrópoli permite el nacimiento de historiadores de la especie anticuaria. Para probarlo con el botón de Salvador Novo basta. Como quiera, el vientre metropolitano produce mucho mayor número de historiadores monumentales y científicos. También el hormiguero chico incuba personas especializadas en aprontar como modelos de buen vivir a héroes y santones del pasado nacional o en rehacer el tejemaneje del mundo histórico en su conjunto. Con todo, la especialización de la ciudad pequeña es la hechura de resucitadores ilusorios de pasados familiares y lugareños. Este microhistoriador de aquí y ahora —y quizá de siempre y dondequiera— no es oriundo de la cosmópolis ni tampoco de las rancherías, pero sí de una ciudad pequeña, de una villa o de un pueblo; es decir, de una congregación de por sí conservadora donde el amor a un pasado propio y particular persiste de modo generalizado.

El microhistoriador de casa proviene de un *milieu* sano y normalmente conservador que, por perseguido, se ha vuelto ultraconservador. Desde hace 150 años, desde la independencia, los mandamases de la República, para cumplir con su papel de abanderados de la patria grande, traen al estricote a las patrias chicas. En nombre del nacionalismo se aporrean impunemente las particularidades regionales. Éstas no conocen la práctica de los principios de federación y municipio libre que estatuye la Constitución, según el decir de los «profes». Tampoco se les convoca, como parecería por la presencia de congresos, a participar en la hechura de la patria común. Y es natural que las tradiciones locales, a fuerza de ser perseguidas por la gran tradición nacional, se les peguen como lapas a los vecinos de las provincias. Los provincianos

serían menos conservadores de sus pasados propios si los capitalinos de nacimiento y de adopción no se hubiesen propuesto extirpárselos a la viva fuerza.

En suma, al microhistoriador mexicano le brota lo conservador por tres puntos: por provinciano, por perseguido en su provincionalismo y por ser retoño de alguien, ya de familias de señores, tal vez hoy deslustradas por la pobreza; ya de familias de la medianía, quizá también venidas a menos. Por regla general, los microhistoriadores son vástagos, ora de gente que antes conoció el placer de la explotación del prójimo, ora de gente sólo libre, ni servil ni señorial. Todos en fin, unos por nostálgicos del paraíso y los demás por orgullosos de su independencia, más o menos con ganas de volver a la perdida edad de oro o de plata, de huir del presente, de conservar. Trátase de familias optimistas frente a lo sido y pesimistas ante lo que es y será. Son familias conservadoras las que esculpen los curiosos tipos del genealogista y el microhistoriador.

La curiosidad por los pretéritos de la familia y el pueblo se despierta por pertenecer a esos círculos familiares apapachadores de su pasado propio, poblados de figuras y episodios de la estirpe y el solar. Es comprensible que un retoño de familia encopetada sacie su inclín histórico con la red de recuerdos familiares. Otros pasamos de la historia hogareña a la lugareña; sentimos en la vida local el prolongamiento en cronistas potenciales de la familia; nos convertimos en cronistas potenciales de nuestra patria chica o matria; nos sentimos llamados a ser los resucitadores y propagandistas de anécdotas y leyendas espigadas en las tradiciones orales del hogar y la comunidad, pocas veces con el propósito de acordarse de lo que fue para evitar que vuelva a ser; casi siempre con el fin, seguramente morboso, de volver al tiempo ido, a las raíces, al ilusorio edén, al claustro del vientre materno; rara vez sin conservadurismo, en buenas relaciones con el presente, con la finalidad de hacer libre a nuestro pequeño mundo de las ataduras de su tradición. Lo más común es seguir atrapado en el vicio del conservadurismo, seguir siendo un ser de antes, muy dado a las antiguallas, con mucha devoción por lo caduco y con

Poco oficio

o falta de ignorancia o un defectillo que la mayoría de las veces es venial: la afición o el diletantismo. La crianza en el seno de una familia conservadora

despierta el apetito histórico pero no enseña la manera de satisfacerlo. Tampoco la escuela daba la destreza requerida. El niño picado de la curiosidad histórica debía recorrer muchos años y bancas para obtener un papel que lo acreditase como historiador a secas. El viacrucis se iniciaba en la escuela primaria, a la que tenían acceso los niños de cualquier región, y más si eran de clase media o alta. Allí se les daba en casos muy contados y nunca en más de un curso la historia de su entidad federativa, y al través de algún otro curso, nociones de la vida hispanoamericana y mundial y, con mucha insistencia, historia de bronce, historia patriótica encauzada a conservar famas, a proveer a los niños de una moral disfrazada de historia, de una moral por ejemplo, distinta según se impartiese en escuela pública o de monjas y sacerdotes. La criatura de la primaria pública aprendería a portarse bien a fuerza de conocer las virtudes ciudadanas de Hidalgo, Juárez, Madero y demás héroes de la serie liberal. La criatura de la escuela privada se haría buen ciudadano mediante el conocimiento de Iturbide, Miramón y demás varones de la serie conservadora. Y así, durante un sexenio, al niño con vocación de «anticuario» le llovían vidas dignas de imitación y hechos que hay que venerar y repetir cuantas veces la patria o el gobierno que la administra estén en peligro. Y naturalmente la criatura no aprendía a hacer esa historia de bronce porque entre otras cosas ya era cosa hecha y se correría el riesgo de desportillar las glorias nacionales si se daba a la niñez la posibilidad de descubrirlas por su propia cuenta.

Algunos microhistoriadores no estudiaron más allá de esa primaria. Pero aun los que persistieron en la secundaria y en la preparatoria no encontraron alicientes para su vocación. En la enseñanza media tampoco se enseñaba la historia haciéndola, y sólo se impartían nociones hechas de historia patriótica e historia científica. El vocado a la historia particular que sólo obtuvo el título de bachiller no tiene por qué considerarse más ducho en las investigaciones históricas que el egresado de la primaria. Pero tampoco en el pináculo de la educación el afecto a la microhistoria encontró su oficio. Los más asistieron a universidades sin carrera de historia, ni siquiera profesiones de cultura, únicamente con oficios técnicos para ganarse la vida. Muchos tomaron la carrera de leyes con la esperanza de encontrar allí instrumentos útiles para el ejercicio de su vocación, pero sólo ligaron algún curso de historia del derecho que no les sirvió de gran cosa.

Muy pocos frecuentaron las escuelas donde se fabrican historiadores. En México las facultades de historia todavía se cuentan con los dedos de las manos y sobran dedos. Hasta hace poco, en la provincia no había ninguna.

Ahora hay algunas. Ni éstas ni las capitalinas han sido pensadas, salvo excepción, para hacer historiadores particulares. La enseñanza histórica universitaria produce maestros de historia monumental e investigadores de historia científica. La experiencia acumulada por anticuarios y microhistoriadores no se trasmite en ningún centro universitario. No hay tampoco un manual, una cartilla del microhistoriador en la lengua de las eses.

Los devotos de la microhistoria mexicana jamás han caído en el vicio del profesionalismo; no poseen la teoría de su práctica; padecen desde el momento de deslindar el campo de sus investigaciones. No saben satisfacer el precepto que manda: «Nada de arquitectura sin proyecto de arquitecto. Nada de historia sin hipótesis de trabajo». A veces ni siquiera son conscientes de que «el conocimiento de un tema histórico puede ser peligrosamente deformado o empobrecido por la mala orientación con que se le aborde desde el principio». Lo común es dejarse guiar por los papeles y recuerdos de que se dispone, y como dice Leuilliot, «por las circunstancias de la investigación y por las preocupaciones profesionales». No es raro que los arrastren las normas de la historia científica, y más aún, las leyes de la historia de bronce.

La falta de rigor intelectual se traduce aún en el ejercicio de las operaciones analíticas comunes a las tres historias. Con mucha frecuencia ni siquiera se sabe dar con las fuentes de conocimiento histórico y menos hacer el acopio de materiales. Según le oí decir al padre Montejano en Monterrey en septiembre de 1971, es la torpeza heurística el mayor obstáculo en el interior de la República para el desarrollo de la historia regional. La credulidad y otras formas de la falta de pericia crítica es otro mal mayor. Muchos microhistoriadores siguen ignorando normas antiquísimas para establecer la autoría, la sinceridad y la competencia de documentos, monumentos, tradiciones orales y demás huellas del pasado. La afición o el gusto es sin duda la base de todo buen conocimiento de historia particular, pero el rigor metodológico son los muros. Como las demás ciencias históricas, la micro no puede prescindir del rigor, de la prueba, de la aproximación metódica a lo real; no debe seguir padeciendo la triste fama de estar harta de amor al terruño y ayuna de auténtica investigación científica. El historiador provinciano es en los tiempos que corren un hombre sin oficio y

Sin beneficio

la mayoría de los microhistoriadores se quejan con justa razón de tres pobrezas: de información, de tiempo y de pan. De la primera, don José Francisco Pedraza dice: «Muchas veces nuestro esfuerzo es dolorosamente sobrehumano y hondamente penoso» por la «desarticulación o inexistencia de archivos y bibliotecas, carencia de bibliografía, pobreza o carencia de medios económicos y humanos». De por sí la microhistoria no puede contar con tantas pruebas como la macrohistoria. La gente y los hechos de fuste, materia de las demás historias, dejan muchas huellas de su paso terrenal; no así la gente humilde y su vida cotidiana. Cicatrices terrestres, supervivencias, vestigios arqueológicos, papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, libros de viajes, censos, informes de curas y alcaldes, estatutos, leyes, periódicos y tradición oral, los testimonios más frecuentados por los microhistoriadores, son tenues rayos de luz de difícil uso en la mayoría de los casos. Con pocos testimonios, y por añadidura inaccesibles, el historiador parroquial pasa las de Caín, para realizar su tarea.

«Los historiadores que radican en la provincia —según denuncia hecha por don Wigberto Jiménez Moreno en 1971, en San Luis— no pueden consultar archivos ricos y bien catalogados», y a veces, ni pobres y en desorden. Es vieja costumbre mexicana la de destruir archivos. Recuérdese lo contado por don Ciro de la Garza: «En mi pueblo, en Burgos, Tamaulipas los archivos municipales los quemó un bandolero». Eso lo han hecho en distintas fechas y lugares revoltosos de toda laya. La piromanía que se nutre de fondos documentales la gozan también en épocas de paz nuestros coheteros. Con fines utilitarios de otra índole, contribuyen a la paulatina destrucción de los papeles viejos el fabricante de cartón y el abarrotero pueblerino. Ratas y polillas hambrientas también aportan su granito de arena a la gran obra de suprimir documentos. En cambio, coleccionistas y traficantes se contentan con mudarlos, los coleccionistas a su casa, y los traficantes a los depósitos de los gringos. Hay por supuesto importantes fondos que según Jiménez Moreno «han escapado al saqueo» y la destrucción porque ignoran su existencia los piromaniacos, los abarroteros, los coleccionistas y los traficantes. También quedan, aunque a buena distancia de quienes los necesitan, muchos testimonios en la capital de la República, en numerosas ciudades de los Estados Unidos, en la centralizadora España y en casi todo el mundo. Aún más, subsisten y pueden consultarse, aunque estén en el retrete de los presos como el municipal de Sahuayo o en un cuarto húmedo y poblado de sabandijas como el de notarías que usé en Jiquilpan, de todas las capitales de los estados, en casi todas las cabeceras de municipios y parroquias y aun en

sitios de menor bulto y renombre. La gran mayoría son simples hacinamientos de papeles en cuartos sin luz ni espacio donde el erudito pueda acomodarse.

Tampoco se escapan de la violencia y el descuido los impresos de las bibliotecas. En Mariano de Jesús Torres se lee para Michoacán y para la época de la Reforma algo aplicable a todos los rincones de la República y a varias de sus épocas:

> En las bibliotecas de los conventos había datos preciosísimos para la historia… pero el gobierno liberal que ocupó los bienes eclesiásticos, y por tanto las bibliotecas de aquéllos, no cuidó como era su obligación, de recoger éstas, reunirlas y conservarlas con escrupuloso esmero, sino, antes bien, las entregó al pillaje y a la devastación, las dejó en el abandono más lamentable… Recuerdo todavía con tristeza que en el edificio que servía de prefectura estaban hacinados en el suelo… pilas de libros que… los soldados llevaban a vender por papel viejo a las coheterías y a las tiendas de comistrajo.

Si las estadísticas no mienten hoy contamos con 2133 bibliotecas públicas, una por cada 28 000 habitantes. 397 se localizan en la capital y poseen el 63 % del fondo bibliográfico del país. Las 1936 bibliotecas provincianas reúnen 3 millones de volúmenes; 1718 en promedio por biblioteca. En las de Nayarit la cifra media es de 880; en Zacatecas de 692; en Oaxaca, de 560 y en Tabasco de 450. Las bibliotecas bien abastecidas son lujo de grandes ciudades. La gran mayoría de acervos bibliotecarios son de escasa utilidad. Hay poquísimas obras de referencia; casi no hay libros modernos que permitan estar de moda en asuntos intelectuales. Excepcionalmente, como en las bibliotecas de la Universidad de San Luis Potosí, del Instituto Tecnológico de Monterrey y de la Universidad de Nuevo León, no se carece del personal preparado para organizarías y enriquecerlas. Lo normal es que sean saqueadas, y para no desmerecer frente a los archivos, que se les tenga en desorden y sin catalogación alguna, en locales punto menos que inservibles, sin muebles ni personal *ad hoc*.

Los eruditos locales, para colmo sin oficio (es decir, sin el billete de entrada al reino de los cargos), se ven obligados a investigar con pocas fuentes, en horas perdidas y sin estímulos económicos. La investigación es «una cosa adicional al trabajo de rutina. Yo —dice don Ciro de la Garza— me gano la existencia como miembro del tribunal de Tamaulipas y mis horas de descanso las dedico a la investigación». El ejercicio de la microhistoria no da para comer. La sabiduría provinciana, sin excepción, repite incesantemente el célebre dicho de Orozco y Berra: «Si tengo tiempo me falta pan; si dispongo de pan no tengo tiempo». Y el poco tiempo de que dispone suele emplearlo en excesos, en la comisión del pecado de la

hay pocos recursos y se malgastan. Tener apenas para comer y gastarlo en borracheras de órdago es ni más ni menos lo que la sabiduría de los griegos denominó hybris, violación a la norma de la medida, salirse del cuadro, «regarla». Según Platón hay hybris siempre que la medida del gusto es rebasada, lo cual se puede hacer con alguna facilidad, en un mero descuido, en distintos órdenes: vital, económico, ético, estético e intelectual. A la hybris intelectual le llama Toynbee el pecado fatuo de la omnisciencia; la gente culta del común, enciclopedismo, y el común de la gente, todismo.

En mi pueblo tuvimos hasta fecha reciente un desmesurado todista. Ramiro Chávez tenía a su cargo los discursos del 16 de septiembre, la dirección y la hechura de las piezas teatrales representadas en el colegio de niñas, las exploraciones arqueológicas, los debates filosóficos con los descreídos que caían al pueblo, el archivo municipal, los poemas para recitar los días de santo de las matronas distinguidas, la confección de pinturas, esculturas y diversas formas de arte menor, la batuta de un coro de mujeres enlutadas, las clases de cualquier cosa en cualquiera de las dos escuelas, el aprendizaje del diccionario, y la crónica exacta y minuciosa del pueblo y su región, y en todos los pueblos hay los que sirven tanto para un barrido como para un regado y que generalmente, entre los muchos oficios por ellos ejercidos, está el de cronista parroquial.

El microhistoriador se siente obligado a partirse en mil trozos; principalmente le da por saber de todo un poquito y por comunicar su sabiduría enciclopédica a las primeras de cambio. Esto sucede aquí, en Francia y dondequiera. El francés Leuilliot asegura: «El microhistoriador siempre tiende a desbordarse, en lugar de restringirse a un tema. No dudará en meter una digresión, a menudo muy erudita, en una monografía aldeana; no eliminará, sistemáticamente, todo lo que pueda aparecer sin relación con su tema… lo multidisciplinario se realiza vigorosamente en los sabios locales». Ellos escriben tratados que podrían llamarse: «Libro de todas las cosas y algunas más».

En el círculo académico hay temas que caen en desuso. En el ambiente microhistórico, todo asunto es eterno. El papel del individuo en la historia ya no interesa mayormente a historiadores, sociólogos y economistas. Al microhistoriador le sigue fascinando la biografía. El sacerdocio de la historia científica desdeña hoy los acontecimientos políticos y militares. Los que ejercen la historia local siguen resucitando hechos de armas y alcaldadas. Por

lo demás, los cronistas locales no son insensibles a la moda de los temas, les atraen los que están en turno; por ejemplo, hoy, las vicisitudes económicas y demográficas. Para ellos todo cabe en un jarrito sabiéndolo acomodar. Sus libros parecen tiendas de antigüedades de temas a la moda como en los olvidados por la cultura capitalina. Pueblan sus libros con triques de toda especie. Rara vez distinguen entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o tipifica y lo que es mera cháchara. Acumulan sin ton ni son cualquier vestigio de historia del terruño, y de fuera, por el afán de recuperar a sus ancestros en toda su redondez. Es muy rara la microhistoria sin patrañas y fantasías. Es más rara aún la que liga ese cúmulo de noticias e imaginaciones fragmentarias y de la más diversa especie. La mayoría son fárragos descosidos.

Hay por lo menos dos modos irritantes de hacer historia. Uno, utilizando el método de tijera y engrudo. Otro, sólo el engrudo. Del primero suelen abusar los historiadores científicos. Recortan trozos de fuentes primarias y secundarias y a continuación los unen según el orden que se hayan impuesto. Del segundo modo pueden servir de ejemplo algunos microhistoriadores. Reproducen con pelos y señales documentos y reflexiones y no se toman el cuidado de unirlos. Abundan en sus obras las ideas y los hechos sueltos. En ellas se advierte una gran capacidad para referirse a todo y una soberana incapacidad de síntesis. En otros términos, la técnica del mazacote es muy a menudo utilizada por el genio y el microhistoriador.

Esa forma de la desmesura que es la manía enciclopédica, ese vicio de que adolecen tantas de nuestras historias locales es posible atribuirlo al espíritu anticuario, al diletantismo, al desorden de archivos y bibliotecas, a la curiosidad universal, a la soberbia y también a otro pecado mayor, al demonio del menor esfuerzo, a

La pereza

que según la *vox populi* la compartimos todos los mexicanos por culpa del clima, del indio y del español. Dizque la temperatura es tan cálida en algunas partes que produce sopor y en otras tan fría que genera entumecimiento. También dice la voz de la calle que la culpa la tiene la eterna primavera del altiplano y los muchos dones de nuestra natura. Los antiindigenistas hacen responsable de tan feo vicio a la raza de bronce, al indio acurrucado junto al nopal. Los antihispanistas opinan que la pereza nos la trajeron los españoles

que se mueven mucho y no van a ninguna parte y hablan hasta por los codos y no dicen nada. Personas ilustres, como Manuel Gutiérrez Nájera, aseguran que Dios hizo al hombre para ser ocioso y, por consiguiente, el mexicano no debe preocuparse por su condición adánica, por su holgazanería; antes bien, debe bendecir al creador por no haberlo expulsado aún del paraíso donde son desconocidas la trombosis coronaria, la úlcera y la alta presión.

Es fama que los mexicanos somos flojos y que en la redondez del mundo los que viven fuera de las ciudades enormes no lo son menos. También es de tomarse en cuenta otro hecho; los sabios suelen ser menos compulsivos que los ignorantes, y los sabios de provincia, aquí y dondequiera, mucho menos. Leuilliot nota: «El historiador profesional está generalmente presionado y ansioso de acabar; el historiador local prefiere el trabajo a fondo». Si usted es habitante de la gran ciudad tiene que correr y producir muchas páginas, aunque sean prescindibles. Si vive en una pequeña ciudad de provincia o en un pueblo nadie lo corretea ni se dejaría corretear. Fuera de la metrópoli casi todo se puede dejar para mañana. Quizá los capitalinos trabajan más de la cuenta; quizá los provincianos menos de la dosis salutífera.

En algún encuentro anterior, Israel Cavazos Garza se dolía de la poca asistencia de los historiadores locales al magnífico y bien organizado archivo que él preside en Monterrey. Si mal no recuerdo, Eduardo Salceda se quejaba de lo mismo con respecto al archivo municipal de León, también rico y organizado. Alguien puede creer que el culpar a la mala organización archivista de la escasa producción de la microhistoriografía local es una coartada de la pereza. El perezoso, según Toynbee, «posterga o elude la ordalía de realizar una obra creadora con cualquier excusa plausible… Un estudioso demuestra que es culpable de una hipocresía subconsciente cuando alega ignorancia y asegura que su conciencia no le permitirá escribir, publicar ni decir nada sobre el tema que está estudiando hasta que no haya dominado la última coma de información».

Cuando pensamos en el microhistoriador mexicano nos viene a la cabeza la lista de los muy productivos como Rafael Montejano y Aguiñaga, Israel Cavazos, José Ramírez Flores, Jesús Romero Flores, Francisco R. Almada, Joaquín Meade, Mario Colín, Leonardo Pasquel, Cuauhtémoc Esparza, Luis Rublúo, José María Muriz y muchos más y nos olvidamos de miles de microhistoriadores dispersos en todos los rincones del país que aún no se atreven a escribir una línea o que son autores de un solo artículo. Aun suponiendo que todas las excusas alegadas por los ágrafos tengan validez, la escasísima producción de historias locales, dado el abundante número de

investigadores, inclina a pensar que la inacción culpable tiene mucha vela en ese entierro. Creo que es justo repetir a muchos de nuestros amigos provincianos el consejo de Manuel Gutiérrez Nájera: «Lo que tienes, chico, es pereza, sacúdete y trabaja; si no, vas a quedar como las mulas del doctor Vicuña que, cuando ya iban aprendiendo a no comer, murieron de hambre».

Una gran parte de los sabios se van a la tumba sin antes haber trasmitido la espléndida sabiduría acumulada durante su vida. Son legión los que no le han hecho caso al aforismo de Leonardo da Vinci: «Huye del estudio en el cual la obra resultante muere conjuntamente con el que la realiza». También abundan los que se contentan con escribir para sí o sólo para sus muy allegados. Si es cierto que hay deberes para con la sociedad, ni los ágrafos y ni los que únicamente escriben para ellos mismos los cumplen. Éstos son también en buena medida responsables de otra de las amarguras de la situación microhistoriográfica:

La soledad

permanente. «Un cierto grado de soledad en espacio y tiempo es indispensable —como dice Bertrand Russell— para producir la independencia necesaria que requiere un trabajo importante». Los historiadores metropolitanos anhelan sin conseguirla la dosis necesaria de aislamiento. Lo que les falta a los unos les sobra a los otros. Muchas deficiencias de los sabios de provincia son achacables a la falta de comunicación con otros sabios. En éstos no se da «la proporción de soledad y compañía que, según Paul Valéry, es conveniente para la hechura de las obras del espíritu». Recuérdese la queja del secretario de nuestra asociación: «Producimos… en la soledad… sentimos la indiferencia, sufrimos el menosprecio oficial y particular, y en dolorosas ocasiones hasta el familiar». El cronista lugareño se sabe isla sin puente.

En las ciudades mayores del interior hay una o más academias, juntas, sociedades donde suelen reunirse periódicamente los cronistas de la ciudad. En algunas villas existen clubes que agrupan a los interesados en ciencias, letras y artes. En la mayoría de los centros urbanos brilla por su ausencia la necesaria sociedad de sabios. Desde hace poco se puso en camino una Asociación de Historiadores Regionales. Los congresos de historia que sesionaban anualmente en distintos puntos de la República han prescindido de esta buena costumbre. No funciona hoy ningún organismo que permita e

impulse el contacto entre historiadores particulares y generales. Se echan de menos también los lazos que unan al microhistoriador mexicano con el extranjero. Escasean los mecanismos especializados en poner en contacto, a nivel local, nacional e internacional, al erudito provinciano con sus cofrades.

La publicidad endeble es otro factor de encierro. Con justa razón dice el licenciado Pedraza: «No logramos publicar nuestro libro; inéditas también quedan nuestras notas y apuntes, nuestros artículos, nuestras investigaciones…». Algunos diarios de provincia hospedan en su página editorial un corto número de notas históricas. En pocos sitios hay revistas de cultura que le hacen lugar a la historia y publicaciones periódicas de índole historiográfica como *Roel, Revista de Estudios históricos, Teotlalpan* y diversos boletines. Por lo que toca a libros, la pobreza es mayor. En los últimos cinco años, en México se ha publicado un promedio de tres mil títulos anuales. Los más no son de autores del país, ni tampoco los mejores de fuera. Los libros de microhistoria apenas son el 1 % del total. Por otra parte, lo común en el medio microhistórico es que el autor publique su volumen en ediciones de corto tiraje, mal diseñadas y bien surtidas de errores tipográficos.

La circulación no aventaja a las ediciones. Recuérdese lo que dijo el padre Montejano sobre la gente reunida en Monterrey, en aquel Congreso de Historia del Noroeste: «Cuando se escribe y publica en el interior es obra inédita o semiinédita que muchas veces no llega siquiera a los especialistas». Es rara la obra que va a librerías distantes del contorno donde se produjo; son muy pocos los libros de nuestra provincia que reciben hospedaje en las bibliotecas públicas; más raros aún son los que despiertan la atención de la crítica especializada o de la común y corriente. Lo que circula en calidad de regalo nomás no circula. La microhistoria no se vende.

Y aún hay otros estorbos para la comunicación, difíciles de remover. Entre el cronista de un terruño y el de al lado se interpone la falta de comunidad temática. Un vigoroso etnocentrismo impide la unión de los sabios provincianos entre sí. Para la comunicación de éstos con los historiadores monumentales y científicos de la capital la máxima traba la ponen los capitalinos por desconfiados y desdeñosos. En Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos es frecuente oír expresiones de reconocimiento para las monografías históricas locales. En nuestra capital, si quita a don Wigberto y media docena más de simpatizadores de la sabiduría provinciana, no se oyen piropos para la intelectualidad extracapitalina. Al contrario, se le desconfía dizque por pasional y desprovista de método, y se le desprecia, y aun se le combate y estigmatiza por no estar a la última moda en asuntos y técnicas. Al

intelectual académico no le gusta mezclarse con gente amateur. A ésta, por su lado, le da por exhibir a gritos las omisiones en que incurre el profesional de la metrópoli.

De la comunión con los legos baste decir que cada cronista local cuenta con una clientela en su propio terruño. Generalmente no conoce lectores más allá de su patria chica por las causas ya expuestas y por la que sigue. Las formas de efemérides, diccionario, monografía geoestadística en que muy a menudo se vierten los descubrimientos de la investigación local no son nada fascinante para el común de los lectores. Tampoco los estilos más frecuentados por la crónica lugareña son de mucho pegue. El estilo solemne, *camp*, de la escuela de la fecundia no es el más adecuado para comunicar la vida y la obra de gente de estatura cotidiana, no egregia. El acostumbrado por el microhistoriador con humos de hombre de ciencia, con pretensiones de conseguir la fría objetividad, tampoco es el ropaje que le queda a una materia histórica necesariamente emotiva. Me late que se ganarían lectores con el uso del habla lugareña que sólo en muy contados días de guardar y en los discurseros de oficio se vuelve perfumada y altisonante, cuando ordinariamente es sólo sabrosa.

V. TRES HISTORIADORES DE PROVINCIA

MONTEJANO, DE SAN LUIS[*]

Don Rafael Montejano y Aguiñaga viene a ocupar la silla que naturalmente le corresponde, la que dejara vacante, a los 86 años de vida, el más ilustre historiador de San Luis Potosí, uno de los fundadores de esta institución: don Primo Feliciano Velázquez. Pero don Primo murió cuando don Rafael cursaba la juventud, edad no académica. La intromisión de una voluntad misteriosa hizo que fuera lo que debía ser. El sitio que abandonó Velázquez se mantuvo vacío por el tiempo requerido para que el señalado como heredero por los poderes invisibles se añejara suficientemente. Por fin, el 27 de marzo de 1973, las voluntades de los académicos llaman al indiscutible sucesor del ilustre difunto para ponerlo en posesión de la sede que fundó, y ahora, 26 de agosto de 1974, don Rafael, tras de pasarle el plumero, se sienta en la silla que lo esperaba vacante desde hace veinticinco años.

El famoso historiador de San Luis a quien la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la de España, se complace en recibir en su instituto, nació en la buena ciudad consagrada al rey cruzado y en el mal año de 1919, en un tiempo de penosa convalecencia internacional y nacional. Todavía sentíase el olor de la matachina en que se enfrascaron casi todos los hombres del mundo entre 1914 y 1918. Todavía México, ocupado en su propia trifulca desde 1910, andaba con muletas, se quejaba de magulladuras, raspones, torceduras, dolores musculares, trancazos contusos, machetazos al rey de espadas, puntapiés, reveses dolorosos. El mundo y la patria vivían una convalecencia difícil y penosa.

Según los cómputos de don Wigberto Jiménez Moreno, el recipiendario y quien le da la bienvenida son de la generación de sátiros desencantados; dizque somos de una generación poco seria, que da en burlarse de las cosas divinas y humanas. Probablemente por haber tenido maestros rebozantes de optimismo, ciencia y solemnidad, se haya despertado en algunos de los

nacidos entre 1918 y 1933, la sensibilidad para la burla, para una burla que, dicho sea para consuelo de nuestros queridos mentores, está muy lejos de derribar el edificio de las costumbres. Así, nadie puede decir del padre Montejano que sea un demoledor, pero tampoco nadie puede negar que es un revisionista, un irreverente, un experto en blandir palabras contra esto y aquello, contra un pasado poco glorioso y contra un hoy bastante mal parecido. Don Rafael, como los de la generación precedente, es científico sobrado de sabiduría y método. Con todo, no tiene el aire de sus inmediatos antecesores. Es de otra promoción humana; es un representante de la más sutil sabiduría de la alada generación del medio siglo.

Aunque no falte quien sostenga que el padre Rafael ha sido siempre un sabio, hubo una época en que, por no serlo, fue estudiante. Mientras a un presidente de la República le dio por perseguir sacerdotes y monjas e hizo estallar la Cristiada, Rafael Montejano aprendía a leer, escribir, contar y rezar en la escuela «José María Morelos», colegio católico. Concluida la educación primera a los once años de edad, optó por el oficio más zarandeado entonces por el jefe máximo de la Revolución: el sacerdocio. De 1930 a 1938 estuvo en el seminario guadalupano de San Luis Potosí adiestrándose en humanidades y filosofía. Poco después las autoridades eclesiásticas lo despacharon a Roma, a la Universidad Gregoriana, a seguir estudios de teología. De allí salió alineado en la tradición medieval que hace de los hombres eruditos, pensantes e ingeniosos, hombres de Iglesia. La Gregoriana le dio la licenciatura en teología en julio de 1942. Su tesis fue sobre *El problema del mal en la «Ciudad de Dios», de San Agustín*.

Aparte de los divinos, sin salir de Roma y del círculo clerical, siguió cursos paganos. En 1943, en la Scuola Vaticana di Biblioteconomía, Paleografía ed Archivistica se preparó para serlo ahora archivisible: un bibliotecario y organizador de vejestorios documentales, ágil y de mucho saber. También en Roma, gracias al maestro jesuita don Pedro Leturia y a otros ilustres historiadores de la Iglesia, se hizo historiador profesional, obtuvo su licenciatura con una tesis sobre «El problema del clero indígena en México durante el siglo XVI». Desde entonces, el profesionalismo aunado al auténtico gusto por la historia, han hecho del padre Montejano una figura sobresaliente en la capilla mexicana consagrada a Clío, pues escribe obras a la vez confiables y legibles.

En 1945, de vuelta en su patria y su terruño, doblemente licenciado, reemprende el aprendizaje. En la Escuela de Arqueología de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí hace estudios de eso, y en la misma

Universidad y en los mismos años, aunque en otra escuela, sigue historia de México. Por otra parte, fortalece sus virtudes de bibliotecónomo en varias ciudades de los Estados Unidos, en la primavera de 1959.

De 1945 a 1959, don Rafael combinó el aprendizaje con la docencia. Después de 1960 abandonó el estudio formal, que no la cátedra. Siempre en San Luis, pero en diversas instituciones y años impartió de modo ejemplar las materias de filosofía, historia universal, historia del arte, biblioteconomía, latín, sociología, historia de México, técnica del periodismo, etimología introducción a la economía, ética del trabajo social, etcétera. Que es un hombre del Renacimiento o de la Ilustración, domiciliado por error en el siglo XX, lo prueban sus enseñanzas de técnica de investigación y redacción a ingenieros y enfermeras, de antropología, a sólo aspirantes de enfermería, y de historia de la cultura a los que van para arquitectos. En San Luis Potosí, ha sido y es «el maestro» de toda sabiduría.

En mi tierra, a don Rafael Montejano y Aguiñaga le dirían «todista». Es buen sacerdote; fue estudiante modelo; es buen catedrático, y ha sido un hacedor múltiple. Ha organizado y maneja estupendamente la biblioteca de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Es también de recordarse que fundó y fue el primero en presidir la Asociación de Bibliotecarios de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana. En 1970 fundó la Academia de Historia Potosina que preside, y dos años más tarde —yo lo vi— trajo gente de donde quiera para el «primer encuentro de historiadores de provincia», encuentro que produjo la Asociación Mexicana de Historia Regional, presidida por él. Y esto no es sino una mínima parte de sus quehaceres. En el capítulo de «cargos» del *curriculum vitae* de nuestro colega figuran 19 instituciones que usan de sus servicios, en las que trabaja con absoluta entrega.

Dentro de las prisas de este acto litúrgico, apenas cabe aludir a la vasta labor periodística de quien ha dirigido las *Fichas de bibliografía potosina* y *Vid*, y ha colaborado a la difusión de la cultura con artículos de interés permanente que constan en cuatro periódicos potosinos (*Cultura Cristiana, El Heraldo, El Sol de San Luis* y *Estilo*) y en la *Nueva Enciclopedia Católica*.

Fuera de San Luis, el padre Montejano no hace todavía mucho ruido como periodista y como orador, que sí como editor y autor de libros. Quién ignora que es el responsable de las publicaciones de la Academia de Historia Potosina que en la serie «Cuadernos» ha dado a conocer 31 volúmenes; en la serie «Documentos», cuatro, y en la serie «Estudios», cosa de diez. Quién no sabe que a partir de 1945, fecha de publicación del *Ensayo de estadística*

eclesiástica potosina y de las *Lecciones de biblioteconomía*, escribe por lo menos dos obras anuales. Las de 1949 fueron de índole bibliográfica; las dos de 1952, de índole coral; la más famosa del dúo de 1953, la *Guía de San Luis Potosí*, se sigue reeditando y poniendo al día lustro tras lustro. En 1954, sin dejar de hacer coros hablados y monografías referentes a la capital potosina, inició la serie de obras sobre algunas comunidades parroquiales de la diócesis de San Luis.

En 1964 da a conocer la vida de una parroquia muy venida a menos, de la comunidad del valle de Santa Isabel del Armadillo, un pueblo que visto hoy no parece capaz de tanta cosa como la que le atribuye el padre Montejano quien, con gusto y profesionalismo, investigó en los papeles parroquiales de Armadillo y San Nicolás, en los autores más prestigiados de historia de la región y en los dichos de los viejos, y produjo una monografía que se distingue por la enorme información, el buen sentido crítico, la probidad interpretativa y la lengua sabrosa y justa. En poco más de 300 páginas, desde un punto de vista que difiere mucho del oficial y se acerca al popular, contempla la cuatricentenaria vida de unos pocos miles de habitantes en un pequeño ámbito crecientemente miserable, aporreado por una naturaleza madrastra y una política padrastra.

El segundo alarde microhistórico de don Rafael es de 1967. No me refiero a *Fundadores y fundación de Río Verde*, otra sonada publicación del mismo año. Quiero evocar una obra maestra mandada hacer por un señor cura a propósito del siglo y medio de la fundación del *Valle del Maíz*. Como Paul Valéry, Rafael Montejano produce excelentes obras de encargo. Así ésta, elaborada con cariño y espíritu de curiosidad, como si fuese la historia de su terruño, como que es la historia de una porción de sus campos natales. Pese a la falta de notas de pie de página, ningún erudito puede tener en duda sus sólidos cimientos documentales. No obstante lo copioso de la información, ningún aficionado a la buena lectura la soltará antes de llegar al fin. Como es un voluminoso libro escrito por un sacerdote sobre una comunidad devota, la vida de religión está ampliamente tratada, que no olvidadas las vidas política, económica y social.

Los libros microhistóricos, modelos en su género, escritos por Montejano, van para la docena. Baste enumerar *Alaquines y su Señor del santo entierro, Del viejo San Luis, El palacio municipal de San Luis Potosí* y el muy reciente sobre *Cárdenas*, el municipio llamado así no por el Tata, sino por un antihéroe, por un tal Luis de Cárdenas que maltrató indios «con gran malicia en el siglo XVII», que hizo a la gente del lugar sufrida, que la capacitó para

resistir resignadamente a tres héroes del México contemporáneo, al trío Cedillo, formado por Magdaleno, Saturnino y Cleofas.

En una cápsula de diez minutos no cabe la referencia de todas las habilidades de Montejano. Me guardaré para momento más oportuno la mención a la manera extraordinaria como ha ejercido un género histórico ahora en decadencia: la crónica de santuarios, imágenes milagrosas y figuras ejemplares de la vida cristiana. Tampoco hay tiempo para hacer el debido elogio de sus logros como historiador de las letras. Aquí apenas cabe mencionar dos obras fundamentales sobre lo que escribió: *Othón y el ambiente cultural en la juventud de Othón*, y a un coloso que se llama *Diccionario biobibliográfico de escritores potosinos*.

Sin duda don Rafael Montejano y Aguiñaga merece el sobrenombre de maestro de toda erudición potosina. Ningún historiador de antes ni de ahora ha llegado a saber tantas potosinadas como él. Como principio de cuentas ha conseguido un conocimiento en extensión y profundidad, y de punta a punta, de todos y cada uno de los historiadores que lo precedieron en la labor de descubrir a San Luis. En 1961 y 1966 publicó sesudos recuerdos de don Primo Feliciano Velázquez; en 1972, de don Joaquín Meade y don Francisco de la Maza, y ahora, en el discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la gachupina, acerca de la poblada pléyade de historiadores potosinos.

El profesionalismo y la afición a la historia del padre Rafael; la variedad, la enorme cantidad y la exquisita calidad de la obra montejana, y el justo prestigio de que goza el sabio Aguiñaga en la república de los historiadores, explican la presencia, en la parte superior de este recinto académico, del padre Rafael Montejano y Aguiñaga.

FUENTES, DE CHIHUAHUA[*]

Hace poco más de un año tuve el honor de recibir en la Academia de la Historia a un ilustre historiador provinciano por nacimiento y vecindad, al líder de toda sabiduría potosina, al padre don Rafael Montejano y Aguiñaga. Hoy se me vuelve a honrar con la altísima distinción de decirle «bienvenido» a nuestro club a otro prohombre de la historia que como aquél, no obstante haberle hurtado el cuerpo a la «ojerosa y pintatada» capital, sitio donde es relativamente fácil hacerse noticia, ha conquistado el aplauso de la élite y de la muchedumbre desde uno de los puntos más remotos de la República

mexicana. Pese a su actitud y talante de español recién llegado de la madre patria, el colega a quien recibimos hoy es un producto de nuestro norte que, como es bien sabido, se ha especializado en la producción de un par de variedades antropológicas: la pocha y la agachupinada.

Él lo ha dicho: «Nací en el desierto, y el llano alimentó mi imaginación con las fantasías que pueblan sus vacíos infinitos. Ahora pienso que el medio es determinante, y que quien nace en el desierto acaba por llevarlo en el alma, convertido en doctrina sustentadora». Chihuahua, la tierra natal de Fuentes Mares, además de ser un eufemismo, es el estado más extenso de la República, el más pobre en fuentes y el más alejado de los mares de México. Es proverbial la vasta aridez de la patria de quien se ha caracterizado por ser una fuente que no cesa en el propósito de abastecer mares de sabiduría y de fina prosa. Es también sabido que la ciudad donde nació fue hechura de hombres que buscaban minas y que acabaron en ganaderos y mata-apaches. Quizá de esa triple herencia proceda la actitud esforzada, señorial y combativa de los chihuahuenses de ahora, aunque también pueda atribuirse al consumo de carne asada, según asegura otra tesis explicativa de la barbarie norteña, y en particular chihuahuense, barbarie que ha dado hijos tan civilizados como Martín Luis Guzmán y éste de apenas 56 años.

Quizá también nos resulte esclarecedor el recordar que Fuentes Mares dio su primer grito un quince de septiembre, el mero día del Grito del todavía bronco año de 1919, quizá en una hora en que la iracunda voz de un gobernante local repetía el grito de muerte contra los gachupines que lanzó por primera vez, y sin reflexión, el iracundo párroco de Dolores. Como quiera, aunque 1919 nos trae a la memoria el asesinato a traición de Zapata y otras fechorías, no fue un año muy sangriento ni enteramente demoledor. En aquella fecha, en el alma de los destructores del antiguo régimen empezaron a surgir ideas constructivas que el presidente Carranza quiso que fuesen puestas a andar por el ingeniero Ignacio Bonillas y que Obregón decidió, por sus pistolas, que él las pondría en práctica a punta de bayoneta, sin necesidad de escuadras y compases ingenieriles. De hecho, 1919 fue un año bruscamente inaugural en todo el mundo. Italia funda el fascismo; Alemania, el Partido Nacional Socialista; Rusia, el Komintern, y Rutherford desintegra el átomo, desintegración que es aún el máximo problema de nuestra centuria. Quizá a ser originario de esa aurora tan violenta debe Fuentes Mares su condición contradictoriamente pacifista y peleonera, su actitud en pro de una revolución irrevolucionaria, como la de Cristo en su tiempo y la de Gandhi en el actual.

No creo que nuestro amigo haya tenido una niñez desdichada, y a ello atribuyo su conducta frecuentemente conciliadora, pero sí me parece aunque no lo sé a ciencia cierta, que creció en un hogar católico donde se deploraría la persecución de que era objeto la gente de sotana del sable que gobernaba entonces al país. Sé de fuente segura que asistió de niño y de adolescente a escuelas oficiales. El currículum vitae que tuve a la vista sólo dice que «siguió estudios primarios y secundarios en Chihuahua». Como la mayoría de los muchachos mexicanos nacidos en provincia y aspirantes a la consagración profesional, su destino subsiguiente fue la Universidad recién autónoma de México, donde asistió a los cursos de aquel gran señor, «dueño de vivísimo talento, generoso, amante de las cosas buenas de la vida, pero tan íntegro que ni el dinero ni los honores le hicieron perder de vista las normas primarias de la vida moral»: Antonio Caso, «cuyo ejemplo —al decir de Fuentes Mares— dejó huella en varias generaciones», y desde luego en los más añosos pensadores de la generación que don Wigberto Jiménez Moreno denomina plenirrevisionista, y también desencantada y proto-revolucionaria, de la generación que ostenta en los extremos dos Fuentes, a José y a Carlos, y que debe mucho de su hechura a la pléyade de intelectuales españoles transterrados y a su transterrador positivo: Daniel Cosío Villegas.

En el trienio 1942-1944, José Fuentes Mares recibió de la Universidad Autónoma de México tres grados: la maestría y el doctorado en filosofía y la licenciatura en derecho. Así cumplió con la carrera de moda a mitad de siglo, y con la antigua costumbre de la vida intelectual de México de ser antes que nada abogado. El académico a quien hoy tenemos el gusto de incorporar a nuestra corporación, remató brillantemente su tesitura universitaria con tres libros (*Gabino Barreda*, publicado en 1942; *Ley, sociedad y política*, impreso en 1943, y *Kant y la evolución de la conciencia sociopolítica moderna*, salido de las prensas en 1946) y con aquellos cursos dictados en la Facultad de Filosofía y Letras durante 1944 y 1945. Desde entonces la trayectoria intelectual de Fuentes ha estado regida, según veo, por un sistema tan mexicano como lo es el sistema métrico sexenal.

Durante el primer sexenio de su vida postgraduada, como casi todos los eminentes de la generación 1919-1933, don José recorrió mundo, y no como las eminencias de las dos generaciones previas que salieron de su patria expulsadas, víctimas de la persecución, sino con beca, según se acostumbra desde que la Revolución se bajó del caballo y enfundó el machete. En 1945 disfruta de una beca de la Fundación Rockefeller. En 1948 es profesor huésped de la Universidad Internacional de Santander y de la

Hispanoamericana de Sevilla. En 1949 publica *México en la hispanidad*, su primer trabajo de crítica histórica, y en 1950, cuando ya eran públicos sus enredos con Clío, va de investigador a los Archivos Nacionales de Washington y a los de la Sociedad Histórica de Pennsylvania. Para 1950 ya es un indiscutible vocado a las investigaciones históricas, dueño de su propia concepción de la historia y discípulo de los relatos históricos de Justo Sierra. Desde entonces quedó claro que lo que mejor cuadra a su temperamento y aficiones es la labor historiográfica.

Dos acontecimientos historiográficos importantes de 1951 fueron la aparición de la revista *Historia mexicana* y un libro histórico polémico de Fuentes Mares: *Poinsett, historia de una gran intriga*. Manuel González Ramírez, un liberal sin libertad, lanzó en aquella revista una andanada de pedruscos contra este libro. Dijo de él que repetía tesis de Alamán, ese escritor tabú del siglo XIX, que acusaba de sucias intrigas al primer embajador estadunidense, y en cambio nada decía del intrigante confesor de la hermana de don Antonio López de Santa Anna, y que tenía pretensiones literarias que hacían recordar al fantasioso de Ludwig. El agredido repuso que no se sirvió de Alamán para mostrar los enjuagues de Poinsett, ni tenía por qué ocuparse del confesor de la hermana de Santa Anna ni era devoto de las prácticas fantasiosas de Ludwig. Entonces el crítico acometiente, tras de propinarle recetas sobre cómo hacer historia, pretendió hacerlo ceniza llamándole «empecinado en lo español». Un par de años más tarde el «empecinado» salió con nueva obra, con *Y México se refugió en el desierto*, biografía de don Luis Terrazas, fundador del imperio ganadero más grande del mundo. Don Daniel Cosío Villegas, acorazado con el seudónimo de Rosa Peralta, saludó a la biografía como una obra maestra de recreación histórica, escrita en estilo «cálido, lúcido y con hallazgos ocasionales de buena expresión», pero no dejó de deplorar que fuese tan «antiliberal» y tan «anti-juarista», y en definitiva, tan polémica. «Fuentes Mares —dijo— prefiere los temas polémicos: ayer Poinsett, hoy Terrazas, mañana, quizá, Santa Anna». En 1956 el don de profecía del nuevo Daniel se apuntó una victoria. En ese año circuló como pan caliente *Santa Anna: autora y acaso de un comediante*, obra que la crítica encontró también muy bien documentada, muy bellamente escrita, pero muy anti-conservadora y anti-santanista.

En el tercer sexenio de su carrera pública, Fuentes Mares cosechó muchos lectores entusiastas de sus relatos históricos. Sus tres biografías sobre otros tantos discutidos personajes del siglo XIX fueron reeditadas. El rumor de que el biógrafo de Poinsett, Terrazas y Santa Anna convertía los asuntos de

desnuda investigación histórica en vivo relato artístico acabó siendo un lugar común. El prestigio literario sobrepasó al histórico, y Fuentes quiso remachar ese prestigio con dos novelas: *Cadenas de soledad*, publicada en 1958, y *Servidumbre*, en 1960. Fue también entonces profesor de derecho, director de la Facultad de Leyes y rector de la Universidad de Chihuahua.

En el sexenio siguiente se retrajo a los cuarteles de la historia y produjo una tetralogía de primer orden (*Juárez y los Estados Unidos; Juárez y la Intervención; Juárez y el Imperio*, y *Juárez y la República*) donde interpreta con lucidez extraordinaria la figura central del siglo XIX mexicano. Sobre la base de una vasta y valiosa documentación, distraída de numerosos archivos y bibliotecas, recrea momentos fundamentales de la vida mexicana en la docena de años que va de 1861 a 1872.

En el sexenio diazordacista, el investigador concienzudo, el pensador claro y el expositor brillante se lanza a la aventura del teatro y la síntesis histórica. En 1967 estrena *La emperatriz*. Desvarío de amor en tres actos; en 1968, *La joven Antígona se va a la guerra*, y en 1969, divierte al público con una *Farsa antipatriótica* en tres actos referente a su alteza serenísima. En 1966 había publicado un panorama de nuestro siglo XIX con el nombre de *Memorias de Blas Pavón*. Se trata de una sabrosa e inteligente síntesis escrita en primera persona por un ser imaginario aunque un poco parecido al verdadero autor. El amable, escéptico y lúcido Blas refiere seria y humorísticamente lo que sabe y piensa de los mayores acontecimientos y protagonistas de nuestra centuria trágico-cómica. Poco después hace que otro individuo menos imaginario que el anterior, más Fuentes Mares, nos refiera, en tiempo tan rápido y fílmico y en estilo tan agridulce como el de Blas Pavón, la vida y milagros de los grandes de *La Revolución mexicana*, desde la caída de Díaz Morí hasta la presidencia de Díaz Ordaz. Es un pequeño libro del que sin duda perdurará la mayoría de sus, páginas. Presiento que muchas generaciones se deleitarán con los retratos de aquella flor de un día que fue Francisco Madero, del chacal Huerta en su apogeo, de los vencedores revolucionarios a la greña, de Carranza convertido en «un legislador con toda la barba», de los «Sonorens Sonorensis lupus», y de «la resurrección de Lázaro». Quizá la joven generación no esté de acuerdo con las palabras concluyentes: «Hace años que marchamos con la seguridad de duchos caminantes», ni con el consejo de «que el buen Sancho, un santo de nuestra estirpe, y por ellos, hermano y compatriota, continúe brindándonos su protección».

En gracia a la brevedad pasemos de largo por *Don Sebastián Lerdo y el amor*, aparecido en 1972, pero sería injusto no aplaudir de pasada a la más reciente biografía de nuestro compañero, a la luminosa semblanza de *Miramón, el hombre*, que atrae lectores desde el año inmediato anterior de 1974, y que no cierra la infatigable actividad creadora de quien está en la plenitud de ella, que prosigue con *México y España: historia de un conflicto*, que acaba de aparecer en Madrid y con *La emperatriz Eugenia* y su aventura mexicana. ¿Que cómo produce Fuentes Mares tantos y tan buenos volúmenes de historia? Es una pregunta aún no contestada y muy difícil de responder, más sí nos damos cuenta que es autor y actor que no sólo escribe, que vive en el mundo y convive cotidianamente con seres vivos y no sólo con mamotretos y papeles. Quién no sabe que viaja frecuentemente y conversa casi sin interrupción. La obra oral de Fuentes Mares es de una vastedad tan chihuahuense como su obra escrita. Si no se oyera descortés e insultante diría que habla mucho, aunque quizá se me perdone que lo diga si agrego que habla muy bien. Es decir, es un gran conferenciante y un caudaloso y buen conversador. Es una primera figura de la conversación que oye y lleva su generosidad hasta el punto de permitir a su interlocutor levantar una que otra victoria.

Está lejos de ser un hombre dogmático aunque se trate de asuntos gravísimos, como lo prueban las contestaciones sobre Dios dadas al padre Peñaloza, y que éste acaba de publicar. Aquí se lee: «Muchas veces me pregunto si creo en Dios realmente, o si la mía es tan sólo una creencia heredada». Agrega: «Dejé de ir a la iglesia cuando la encontré llena de gente que practicaba su religión como un trámite administrativo para ganar el cielo, o menos todavía, por inercia social». Concluye:

> En lo fundamental, no creo que la función de las religiones en el mundo contemporáneo pueda ser otra que la de orientar en el amor, aunque hoy vaya por ahí un importante sector de sacerdotes católicos para quienes el púlpito se ha convertido en tribuna política… Si su ejemplo cunde; si los llamados «progresistas» llegan a dominar la voz de la Iglesia, el fin de ésta vendrá sin remedio… No es posible ensalzar durante veinte siglos la enseñanza de Cristo para salir ahora con que Marx fue su corrector.

Tampoco es muy ortodoxo respecto a la religión patria que se administra desde el Palacio Nacional. Como principio de cuenta, es poco sensible a las glorias de la gran Tenochtitlan. Anda por ahí diciendo que «lleva en lo más profundo del alma el ideal ecuménico de la hispanidad». Su imagen de México y su nacionalismo no suelen coincidir con el mexicanismo de la minoría rectora de México de la Reforma para acá. Es evidente su poco

respeto para dos añosos pilares de la nación mexicana: la milicia y la clerecía laica. Su amor al pasado patrio es de la especie predicada por nuestro insigne director don Edmundo O'Gorman, distante del chauvinismo, pues no sólo se ocupa en la exaltación de «las excelencias o perfecciones» que pueda tener nuestra trayectoria nacional; próxima al sano patriotismo que «exige la comunión indiscriminada con [nuestro] pasado en su cabal y rotunda totalidad». Coincide también con O'Gorman en la ojeriza contra la mayor parte de los historiadores mexicanos que se someten, al menor guiño, «al soplo de la exigencia oficial en turno». Así, Fuentes es un perfecto amante de su patria, pero no un amante ortodoxo, como tampoco lo fue Justo Sierra, el santo inspirador de Fuentes.

Está inconforme con lo más cacareado en materia de historia. Mientras oía su discurso recordaba la diatriba que ante la intelectualidad mexicana en pleno lanzó don Edmundo O'Gorman contra una

> … seudo historiografía, tan ajena a nuestra idiosincrasia, pero hoy tan en boga y tan aplaudida entre nosotros [una] seudo-historiografía [que por] vana esperanza de objetividad, sólo quiere atenerse a estadísticas y generalizaciones con desdén por lo particular e irrepetible…, una manera de historia que permuta la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo, para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver de verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia.

Tampoco Fuentes Mares oculta su «aversión hacia los historiadores que hacen gala de objetividad» y que en el mejor de los casos lo único que muestran es «pura incapacidad de asombro frente al quehacer objetivado de otros hombres», y en definitiva ejercicio de «la historia sin amor». Hoy que el trabajo histórico se ha convertido en una industria, hoy que proliferan las fábricas de libros históricos en donde docenas de obreros asalariados y autómatas día tras día y de tales a cuales horas recogen testimonios de hechos, que no de sus hechores ni de sus ideas, acuden a computadoras y esgrimen tijeras y engrudo, nos resulta Fuentes Mares con la tesis tan cara a los románticos de que «la historia es el intento personal de recrear lo pretérito», inducidos por «un sentimiento amoroso hacia lo que se fue y no volverá». En esta hora en que izquierdas y derechas, en que los amigos de los pobres y los vendidos a los capitalistas proclaman al unísono los milagros de la ciencia y las resultas adormecedoras del arte y de la filosofía, comparece un historiador que nos dice: «Arte en cuanto a la forma de exponer las experiencias humanas objetivas, la historia se apoya en la filosofía para la interpretación de dichas experiencias». También suena muy romántica la proposición sobre el papel del individuo en lo histórico. Quizá las dos alas de la escuela científica

imperante, el ala marxista y el ala positivista, sólo le perdonen a don José la siguiente confesión: «Metido en la historia de mi patria durante 25 años, hago de la objetividad mi estrella polar», pero no le perdonarán esta otra: «No voy a conducirme fríamente ante lo que adoro ni ante lo que detesto». Fuentes Mares es sin duda de una honestidad insólita; como no lo hacen habitualmente los historiadores, nos ha abierto su taller de par en par.

Huelga decir que todo lo dicho por el recipiendario acerca del quehacer del historiador lo ha puesto en práctica de punta a rabo. Indudablemente sigue la norma de practicar lo que predica. Con frecuencia su recreación del pretérito se eleva a planos filosóficos, y sin excepción, a niveles artísticos, sin que por servirse de la filosofía y de la literatura deje de recorrer el calvario científico: hipótesis de trabajo, recolección de testimonios, operaciones de crítica externa e interna, amén de las tareas hermenéuticas y etiológicas. Fuentes Mares, más interesado en la comprensión de los hacedores que en la relación de los hechos, más atraído por lo singular que por la ley del desarrollo histórico, como investigador de estatura egregia, se ciñe en lo fundamental a las reglas del juego de la capilla de Clío. Aunque no siempre declarado en notas, cada uno de sus libros se funda en millares de papeles bien leídos, cuidadosamente aprovechados, rehechos con finura y presentados en bandeja de oro. Nadie ha tenido la osadía de acusar a Fuentes de enemigo del lector. Mete arte en su ciencia. Rehuye el sadismo de tantos filósofos, científicos y escritores vanguardistas. Su manera de decir es legible, clara, refrescante, natural. Expresa ideas profundas, evoca escenas atroces, dice todo lo que quiere sin retorcimientos, ni anglicismos, ni jerga científica o filosófica. Sin atormentar el idioma corriente consigue convencer, conmover y distraer al lector sano.

En justo reconocimiento de las altas virtudes de José Fuentes Mares como historiador del México independiente, la Academia Mexicana de la Historia lo ha atraído a su claustro. Entre la multiplicidad de sus frutos sólo se han pesado los de índole histórica al momento de declararlo habitante de la Academia, hermano nuestro. Por otro lado, este reconocimiento al historiador no debe verse como atadura. Nuestro club admite fidelidades múltiples; no es monogámico ni celoso. A nadie le niega el derecho de sujetarse a otras reglas, de jugar otros juegos. Nunca dice «zapatero a tus zapatos», y por lo que mira a José Fuentes Mares debiera decirle:

> Puede seguir escribiendo lo que le dé su real gana. No se sienta obligado por pertenecer a este cenáculo a prescindir de otras escrituras que no sean las históricas. Los libros históricos de usted le deben mucho a la inestabilidad suya, a sus incursiones a casas que no son la nuestra, al enciclopedismo que lo caracteriza.

Como símbolo de su nueva condición de académico mexicano de la historia, correspondiente de la Real de Madrid en seguida le será impuesta a don José Fuentes Mares la venera que corresponde al sillón número 8 de esta Academia y que de 1919 para acá sólo ha sido ocupado por dos distinguidos sabios, lo que es indicio de la durabilidad de quienes lo ocupan. De por sí, según la opinión de nuestro compañero don Jesús Reyes Heroles, «el hacer historia exige años y ayuda a tenerlos… ayuda a la longevidad y parece ser que la demanda». Con fe hay que esperar larga vida cuando, aparte de ser talentoso historiador, se es heredero de dos colegas de larga y fecunda trayectoria vital. Quede bien claro nuestro vivísimo deseo de que don José Fuentes Mares ocupe por muchas décadas el sillón número 8 de nuestra docta institución, a partir de este día en que celebra sus bodas de plata, su vigésimo quinto aniversario como historiador apasionado y apasionante, libre y lúcido, incansable e íntegro, cáustico y caudaloso, de la patria mexicana independiente.

MEDINA, DE GUADALAJARA[*]

Cuando un gargantón, o persona de muchas campanillas, como se decía antes, entra a formar parte de un club académico como éste, se le recibe con un discurso de fácil factura, pletórico de información sobre sus méritos y servicios. De la gente estrepitosa y grandilocuente ya está dicho casi todo y de la mejor manera. Si se busca hablar de un pedante, numerosos diccionarios, enciclopedias, artículos, *curricula* y chismes acuden en ayuda de uno con datos, adjetivos y conceptos. Si se quiere decir algo de un humilde y silencioso, ningún libro lo auxilia y muy pocos están dispuestos a informarle de su vida y milagros. Compadezco a quienes escriben acerca del hombre llamado Juan Rulfo. La misma conmiseración siento por mí al escribir estas palabras referentes al angélico doctor Luis Medina Ascencio. Descubro que el personaje de mi bienvenida lleva casi setenta años de discurrir por este mundo sin sonajas, y que por lo mismo, aunque lo conocí y le entregué gratitud, afecto y sincera admiración desde hace cuarenta años, mi saber acerca de su vida es una nada. Aunque ustedes no lo crean, aún es posible vivir sin ser visto. Jalisco se ha especializado en la escultura de dos moldes psicológicos opuestos: el fanfarrón y el humilde.

Como el padre del padre Medina escribió una historia cordial de San Miguel el Alto, y como el segundo apellido de don Luis es Ascencio, induje

que el doctor Luis Medina Ascencio era oriundo de los Altos de Jalisco y sin más ni más le atribuí las virtudes de los alteños: honrado, vertical, valeroso, indomable, emprendedor y jinete. Pero resulta que Luis Medina no es natural de los Altos, sólo de estirpe alteña. Nació en el borde sur de la zona tapatía, en Cocula. Seguramente ustedes, como yo, sabían que «de Cocula es el mariachi», pero ignoramos que de ahí fuese también el reverso del espíritu mariachil, el hombre menos gritón y jactancioso que uno pueda imaginar. Todavía más: nació en Cocula en un mes en que los truenos celestes presiden el temporal de aguas, y en el año de 1912, a comienzos de la estruendosa Revolución mexicana. Mi querido maestro no sólo le llevó la contra a su tierra natal, sino también a su fecha de nacimiento. De ambas se distanció desde niño.

A los seis años de edad fue a vivir a Zapopan, el pueblo próximo a Guadalajara mal visto como residencia. Los papás de antes amenazaban con mandar a sus hijos a Zapopan cuando éstos cometían locuras. Uno de los más tenaces recuerdos de mi niñez fue la salida de San José de Gracia de José el Loco, para quien algún alma buena había conseguido hospedaje o cubil en el manicomio de Zapopan. Sin embargo, tengo la seguridad de que el niño Luis Medina fue a parar allá sólo por llevarle la contra al lugar. Quien hoy es honrado con su ingreso a esta Academia fue siempre un prototipo de la cordura, una de las cabezas más juiciosas de nuestro país. Estuvo en Zapopan, pero muy distante del manicomio. Allí hizo la primaria en el Colegio Moderno, entre 1918 y 1924, en el sexenio de las dictaduras y los «cuartelazos» de los generales sonorenses.

Como es bien sabido, la profesión más desprestigiada y combatida por los milites sonorenses fue la profesión de sacerdote. Desde 1924 quien no quería instalarse en el error y sí en el presupuesto público debía perseguir, acosar y deshacer curas. Entonces sólo los espíritus de contradicción aspiraban al oficio sacerdotal. En aquellos años (1924-1933) en que los campesinos del occidente se fueron a la Cristiada y los federales se hartaron de matar sacerdotes y campesinos, el adolescente Luis Medina se decidió por el sacerdocio y estuvo de estudiante en la escuela hacedora de clérigos de Guadalajara, en un seminario clandestino, donde docentes y alumnos iban de Herodes a Pilatos y llevaban bien asida la palma de los mártires. Durante nueve años el seminarista Medina navegó contra la conducta antirreligiosa de Plutarco Elías Calles y su corte de aguerridos comecuras.

Al ver el general Cárdenas que la caza de clérigos era contraproducente decide el camino de la tolerancia, pero este camino ya no le toca recorrerlo al

padre Medina, quien parte sigilosamente a Roma, donde imperaba la ley de otro Calles. En Italia se cometían entonces multitud de atentados contra la verdad de los hechos. El régimen fascista sólo permitía el ejercicio de una distorsionada y epopéyica historia de bronce. A este reto respondió Medina con una nueva hombrada. Escogió como segunda carrera la de historiador objetivo; fue alumno de la Facultad de Historia de la Universidad Gregoriana. Estuvo de residente en el Colegio Pío Latino-Americano y fue el primer latinoamericano que obtuvo el doctorado de historia en la Gregoriana. Aprendió el oficio con Leturia, Grizar, Leiber y Hertlyng, con una pléyade de historiadores vascos y alemanes.

Regresa a Guadalajara en 1937; para los europeos, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, y para los mexicanos, en tiempos de «la agraria» «los desfiles interminables», «el petróleo nacionalizado» y los historicistas intelectuales españoles. Él no cree en el historicismo. Él vuelve a su seminario, a la institución formadora de curas que lo formó a él. Aquí trasmite lecciones en voz baja y pareja, sin apartarse un ápice de la tradición jusnaturalista del catolicismo, de historia universal, de la Iglesia y de México. También inaugura un taller de investigación histórica para laicos o más bien para afectos a la historia. Dota al taller de un órgano de expresión, de una revista trimestral de *Estudios Históricos*, donde apareció a trozos su libro sobre *La Santa Sede y la emancipación mexicana* y donde también colaboraron en aquella su primera época los cronistas añosos de Jalisco. A los aprendices jóvenes de aquel taller nos tocó otro cielo, fuimos encaminados hacia los institutos donde había carrera de historia. El maestro del taller, el socrático y bondadoso Luis Medina Ascencio, apenas descubría una vocación de historiador la mandaba con los historiadores de más prestigio en el país, sin importarle mayormente si eran o no buenos cristianos. Entre 1943 y 1946 Medina fue, además de maestro de seminaristas, jefe de taller histórico y director de una publicación periódica, émulo de San Camilo, encaminador de almas. Lo sé por propia experiencia. Él y otro maestro muy estimado, don José Ramírez Flores, me dieron las cartas de recomendación necesarias para ser alumno del Centro de Estudios Históricos del Colegio de México, donde resplandecía el doctor Silvio Zavala, y donde una docena de transterrados españoles nos ponían al tanto del pensamiento de Dilthey, Weber y Croce.

Como buen desagradecido, me olvidé del benefactor. Supe años después de sus nuevos avatares. Quizá por su tendencia al orden, la pulcritud y la mesura decidió abandonar la azarosa vida laica, los vaivenes del sacerdocio seglar. Tocó a las puertas de una orden religiosa. Seguramente la de mayor

prestigio por su orden y limpieza era la cuasi cuartelera Compañía de Jesús, en la que militaban algunos de los que habían sido sus maestros. En 1948, el padre Medina fue aceptado como novicio jesuita y podemos imaginarlo allí en quehaceres humillantes que según los jesuitas de entonces, eran los idóneos para robustecer los músculos de la obediencia. Durante cinco años se volvió ojo de hormiga, más invisible de como lo había sido antes. Nadie supo dónde estaba ni qué hacía, fuera de saber que se hacía jesuita de la rama de los sabios, no de la rama de los mártires, pese a que su espíritu de contradicción todavía no se apagaba del todo.

En 1953 don Luis Medina Ascencio reaparece como maestro de historia eclesiástica, historia universal e historia de México en el Seminario Interdiocesano de Montezuma, en aquel seminario de sacerdotes que se abrió en el Nuevo México por la época en que se cerraba ese tipo de seminarios en el viejo México. En Montezuma transcurrió el quinquenio más fecundo de su vida como escritor. Ciertamente su primera y muy importante obra, *México y el Vaticano*, se había publicado, en episodios, en 1946, pero las tres siguientes aparecieron durante su estadía en los Estados Unidos: *Historia del Seminario de Montezuma: 1910-1953*, publicada en 1962; *Montezuma íntimo*, del mismo año y más gruesa que la anterior (407 pp. contra 288): y *Archivos y bibliotecas eclesiásticos. Normas para su ordenamiento y conservación*, publicada en 1966 por la editorial Jus como las anteriores.

Tan difícil como es extenderse en la vida del miembro que hoy recibimos en esta Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real Academia de la Historia de España es fácil explayarse en la extensa, original, bien labrada y pulida y seguramente necesaria obra del que tardó la Academia en llamar a su seno por tratarse de un provinciano que al parecer rehuye la ciudad de México, es decir, el sitio donde se hacen las famas, las fortunas y los poderes. Con todo, la valía de sus numerosos libros está tan a la vista que ha logrado imponerse sobre su vida provinciana y silenciosa. Nadie pone en duda que es un magnifico historiador de un periodo crucial de la vida externa de México como fue el de 1810-1836, y de una institución educativa básica para el sacerdocio mexicano de nuestros días como fue el seminario de Montezuma, así como de otra institución también forastera, también ligada a la vida de don Luis, como el Colegio Pío Latino-Americano de Roma, Las obras sobre Montezuma y el Pío Latino son dos acabados ejemplos de microhistoria referidos no a materias biológicas sino ideológicas, no a terruños sino a escuelas.

Desde 1970, mientras su Iglesia y su Compañía de Jesús giran hacia el color rojo, el padre Medina Ascencio se acoge, por tercera vez, a Guadalajara. En el último decenio ha sido cofundador y socio de la Sociedad de Historia Eclesiástica Mexicana, miembro de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, fundador y jefe del Centro de Estudios Históricos «Fray Antonio Tello» en Guadalajara y socio del Centro de Estudios Guadalupanos de México, D. F. De 1978 para acá ha visto aparecer tres libros de su cosecha: en Guadalajara, el *Resumen histórico de la persecución religiosa en México* que él padeció en carne viva; *Una Iglesia en agonía*, publicado en la metrópoli sobre un asunto de mucha actualidad aunque no típico de historiador y menos de microhistoriador. Después de todo nada ni nadie prohíbe a los microhistoriadores meterse con temas abstractos y abstrusos. Debo agregar que a su regreso a Guadalajara retomó la revista de *Estudios Históricos* que se publicó trimestralmente y que no sólo es admirable por su larga vida. También lo es por la buena factura de los artículos de fondo, en su gran mayoría sesudos trabajos de índole microhistórica, por las noticias sobre el gremio de historiadores provincianos, en su mayor parte del gremio microhistórico, y por la objetividad de las reseñas de libros, los más, libros de microhistoria ninguneados en la metrópoli.

Estudios Históricos no es, por supuesto, la única revista de microhistoria que se publica en la provincia mexicana. En los últimos años han aparecido varias publicaciones periódicas parecidas en Monterrey, San Luis Potosí, León, Mérida, Saltillo, Jiquilpan, Zamora, Morelia, Toluca y otros sitios. La de Guadalajara ha cumplido cuatro años de su tercera época. Ya ofrece 16 números. Todos los números se cocinan en juntas mensuales que tienen lugar en la acogedora casa del venerable maestro José Ramírez Flores. Se trata de una publicación que no peca de voluminosa. Cada número da, en cuarenta páginas, «estudios», «documentos» y «notas». La penúltima entrega trae el «Breve ensayo de sociología histórica de los Altos de Jalisco» de Mariano González Leal y un pequeño estudio de Xavier Ollervides sobre el «Valle de San Juan Bautista, de Pesquería Grande», amén de documentos, notas críticas, noticias y comentarios. En la última entrega, el doctor Jesús González Martín ofrece unos «Apuntes para la historia de San Francisco de Tepatitlán»; Álvaro Ochoa un documento sobre Mazamitla, y don Luis Medina Ascencio, ocho reseñas de libros y otras tantas noticias culturales, reseñas y noticias hechas con finura y espíritu de justicia.

Sobre las publicaciones del recipiendario debiera extenderme, pero prescindo en este momento de esa obligación por que sé el poco tiempo

tolerado a los autores de bienvenida. Quizá en ocasión futura se me permita añadir un juicio de la valiosa producción libresca del doctor Luis Medina Ascencio. También me reservo para ese futuro el comentario de la estupenda disertación que acerca de dos actitudes humanas, la de fray Bartolomé de las Casas y la de Tata Vasco de Quiroga que acaba de ofrecer aquí y ahora, este tercer sacerdote, mucho más callado que aquellos dos obispos pero no menos polémico y rebelde.

Sólo me resta, para concluir esta ceremonia, pedirle al doctor Luis Medina Ascencio disculpas por haberlo llamado tan tarde a esta su casa de la que se hizo merecedor desde 1946, desde hace 35 años, y darle la más cordial bienvenida a una academia que proporciona a sus miembros garantía de longevidad. Así pues, tenemos la esperanza de que nos acompañe e ilumine por muchos y largos años.

VI. UNA ESCUELA DE HISTORIA EN PROVINCIA

LA CARRERA DE HISTORIA EN MÉXICO

Durante cuatro siglos los historiadores de la vida mexicana fueron autodidactas. Bernal, Olmos, Motolinía, Sahagún, Mendieta, Torquemada, Ixtlixóchitl, Solís, Sigüenza, Clavijero, Bustamante, Alamán, Mora, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Sierra, etcétera, no pudieron anteponer a su nombre ninguno de los tres niveles de la carrera de historia. Esto indica que es posible ser historiador e incluso gran historiador sin licenciatura, maestría o doctorado en historia, pero no quiere decir que el hacer estudios históricos no sirva de nada. Quizá un poeta lírico no gane mayor cosa si sigue la carrera de literatura. Seguramente un historiador sí gana bastante en su oficio si emprende la carrera de historia. Probablemente la poesía sea sobre todo fruto de la inspiración, pero la historia es sin duda hija de la formación tanto como de la vocación.

En todo el mundo la enseñanza de la historia como carrera universitaria es reciente; en México acaba de cumplir medio siglo. La Universidad de México, en vísperas de ser autónoma, en 1927, inició cursos para preparar agregados, maestros y doctores en historia. En los cuarentas, en la ciudad de México, la fiebre de formar historiadores culminó con la reforma de los estudios históricos en la UNAM; con el arranque, en 1941, del centro de Estudios Históricos en El Colegio de México; en 1942, con el establecimiento de una maestría de historia en la Escuela Normal Superior, y en 1946, con el inicio de la carrera de etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología. En los últimos años ha habido otra racha de fundaciones. En la ciudad de México se han fundado cinco escuelas más para la formación de historiadores en las universidades Iberoamericana y Metropolitana, en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales de Acatlán y en el Instituto de Cultura Superior. En la metrópoli hay siete escuelas de este tipo. En las provincias de México, hay

quince: dos en los dos más viejos institutos de enseñanza superior de Guadalajara, y una en cada una de las siguientes universidades: Autónoma del Estado de México, Michoacana, Veracruzana, de Guanajuato, de Guerrero, de Puebla y de Nuevo León. También ofrecen la carrera de historia dos escuelas normales superiores de Puebla, una privada de Monterrey, las estatales de Oaxaca, Nayarit y Chihuahua y la Escuela Normal Superior Juana de Asbaje de la ciudad de Zamora. En total, de acuerdo con el directorio de Instituciones de Educación Superior hecho por la ANUIES, existen actualmente en la República mexicana veinticuatro fábricas de historiadores. Si la enumeración anterior es correcta, a la escuela de historia de El Colegio de Michoacán le corresponde el número veinticinco.

De no tener ninguna, México se ha hecho de veinticinco escuelas de historiadores en sólo cincuenta años. La gran mayoría forma clionautas del modelo erudito, vulgarmente modelo hormiga. Forma compiladores de imágenes ya hechas de historia universal, americana y nacional; educa gente para llevar saberes de los apuntes de clase y de los libros de historia a los cursos históricos que se imparten en miles de secundarias y preparatorias del país. Casi todas nuestras escuelas de historiadores se dedican a surtir la creciente demanda de maestros de educación media. No forman eruditos de los que a fuerza de engrudo y tijera escriben historias documentales. Se limitan a deparar a sus alumnos una erudición derivada, de segundo grado, pero a fin de cuentas indispensable. Estos institutos que instruyen docentes para que vayan a instruir a los millones de alumnos de secundaria y preparatoria de todo México podrían duplicarse y ni así satisfarían la demanda de maestros de historia.

Hay cada vez más escuelas para esculpir historiadores del modelo filosófico, vulgarmente denominado modelo araña quizá porque la adquisición de esta sabiduría histórica, por más seudo que sea, requiere de poco esfuerzo de parte de preceptores y alumnos. Los enseñantes instalan en la cabeza de los educandos un rollo que contiene una visión precientífica, aunque algunas veces se llame científica, de la historia universal. De ese rollo, si el alumno tiene una buena dosis de pasión y de inventiva, y un arsenal mínimo de nombres y fechas, pueden sacarse, como la araña se saca su telaraña, todas las historias que se quiera. Estas historias que parten de metahistorias suelen ser polémicas, apasionantes, útiles como arma de la reacción, como arma de la revolución, como arma de nacionalistas, como arma de universalistas, como arma de los conservadores y como arma de los liberales. Quienes las esgrimen se sienten los únicos depositarios de la verdad.

Son muy pocas las escuelas empeñadas en la hechura de historiadores del modelo científico, el modelo abeja en términos vulgares, el del historiador que se acerca al pasado al través de las huellas de ese pasado, que es consciente de sus ideas previas, simpatías y antipatías y está dispuesto a cambiarlas si el resultado de la investigación se lo pide, y que no es esclavo de sus prejuicios como el historiador-araña, ni de sus fuentes, como el historiador-hormiga. Sólo unas cuantas escuelas mexicanas de historiadores se han hecho el propósito de formar el historiador que se comporta como hombre de ciencia a la hora de establecer los hechos y como artista en el momento de transmitirlos.

El Colegio de México y El Colegio de Michoacán

Quizá haya sido El Colegio de México el primer instituto en nuestro país que puso manos a la obra de diseñar historiadores científicos, muy diferentes a los anticuarios y a los filósofos de la historia. El Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México se creó con el fin claro y muy consciente de hacer, «con alumnos vocados, becados y capaces», estudios profundos de la vida de América. En aquella institución, donde enseñaron Zavala, Gaos, Miranda, Millares, Chavalier, Altamira, Iglesia y otros transterrados del Viejo Mundo, el coto general de investigación fue la historia de Hispanoamérica, y particularmente la historia de México desde la llegada de los españoles hasta las postrimerías del siglo XIX. En aquel centro, el plan de estudios constaba de relativamente pocos cursos: dos panorámicos de historia de la cultura occidental; tres dedicados a Hispanoamérica; dos o tres de teoría y método de la historia; otros tantos de técnicas de investigación documental, y algunos monográficos, y los que fuera menester de idiomas antiguos y modernos.

Por lo que mira a métodos de enseñanza se aplicó desde el principio el que se denominaba método de seminario, consistente en diálogo maestro-alumno y en trato alumno-documentos. Alrededor de una mesa, durante las clases, los profesores exponían, los alumnos contraponían y entrambos llegaban a una síntesis. En la biblioteca y en el archivo se iniciaba desde el primer día la búsqueda documental y se ejercitaba rigurosamente a los estudiantes en las operaciones programáticas, heurísticas, críticas y hermenéuticas. En el propio cuarto de la casa de asistencia, el estudiante, siguiendo las indicaciones del maestro, se ejercitaba en las restantes operaciones propias del trabajo histórico hasta llegar, cada semestre, a la

redacción de un artículo publicable, y al final de la carrera de ocho semestres, a la escritura de un libro cuya publicación solía ser recomendada por los miembros del jurado del examen final de maestría, que era el único examen de preguntas y respuestas padecido por el alumno.

Poco después de haber comenzado en Europa aquella gritería sobre la necesidad de establecer un diálogo entre historiadores, sociólogos, economistas, antropólogos, politólogos y geógrafos; cuando Braudel pidió que la historia se beneficiara «del empuje victorioso de las jóvenes ciencias de asunto humano», el centro de Estudios Históricos de El Colegio de México introdujo la enseñanza, en forma de breviario, de las categorías básicas de las principales ciencias del hombre: economía, sociología y ciencia política. Luego, apenas empezaba la boga de técnicas cuantitativas, se puso a transmitirlas a sus educandos. Es decir, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México nunca ha caído en el pecado de la rigidez; jamás, pese a su fidelidad a un tronco de principios bien firme, ha evitado la moda pasajera.

Con sus peculiares principios, métodos e innovaciones el instituto que nos ocupa lanzó a la circulación medio centenar de historiadores con grado de maestría cuyas obras han sido muy bien acogidas por el sector histórico de la comunidad científica del mundo. Modestia aparte, el ser egresado del Centro de Estudios Históricos del Colmex es un timbre de orgullo y un pasaporte para circular libremente y en primera por la república internacional de las humanidades. Los procederes de aquella institución demostraron su eficacia, y por lo mismo son merecedores de imitación. De aquí que el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán se construya a imagen y semejanza de la maestría del CEH de Colmex *mutatis mutandis*.

Considerando la creciente popularidad de la historia como profesión y la demanda, por parte de nuestros institutos de cultura, de historiadores bien formados, de corte científico-humanístico; considerando la concentración de este tipo de profesionales en la metrópoli y su notoria escasez fuera de ella donde son tan necesarios como en la capital; considerando la urgencia de promover la historia provincial o microhistoria desde la provincia; considerando algunas ventajas que otorga el ambiente provinciano al investigador de las ciencias del hombre, y considerando el interés del poder público en la descentralización de los institutos de alta cultura, con el apoyo de organismos públicos federales y del Estado (SEP, CONACYT, etc.) y con la guía de El Colegio de México y del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, se ha puesto en marcha,

junto a un Centro de Estudios Antropológicos, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán.

En uno de los discursos de inauguración del Colmich, ahora publicado en el primer boletín de nuestro instituto, se justificó la elección de la ciudad de Zamora como sede del Colmich. Allí se dijo: la costumbre zamorana está presente en valiosas obras de entendimiento, que no en trabajos de albañilería. La Zamora actual es una de las ciudades pequeñas más dinámicas de la República. Zamora tiene una rica tradición cultural que pide a gritos la búsqueda histórica. Zamora cambia y progresa con tanta rapidez que necesita, si quiere un armonioso futuro, de la investigación y las sugerencias de antropólogos e historiadores. Aunque Zamora no posee bibliotecas y archivos abundantes, está rodeada de multitud de pueblos y rancherías donde abundan los rastros del tiempo (archivos parroquiales, hombres memoriosos, cicatrices terrestres, ruinas) y está a dos horas de cuatro ciudades de considerable riqueza archivística y bibliográfica: Guadalajara, Guanajuato, Morelia y León.

La elección de Zamora como sede de El Colegio de Michoacán no fue arbitraria. También obedeció a buenas razones el ponerlo en marcha con dos centros que se ayudarán mucho entre sí: el de estudios antropológicos y el de estudios históricos. Los planes de estudio de aquél ya han sido llevados, por el Dr. Guillermo de la Peña, a la mesa de las discusiones. El plan de estudios elaborado para el Centro de Historia aún no ha sido sometido a crítica.

INSTALACIONES, MAESTROS Y ALUMNOS

Nuestra institución todavía no tiene mucho de qué presumir en lo tocante a instalaciones. La casa actual es casa chica, pero probablemente para fines de 1981 Colmich ya tenga un albergue *ad hoc*. El par de aulas de que dispone son reducidas, pero no las requiere más amplias dado lo pequeño de los grupos de estudiantes. Por lo pronto, la administración cuenta con suficiente espacio, que no los profesores y los alumnos para sus investigaciones. Faltan cubículos y quizá resulte insuficiente la sala de lectura. El depósito de libros se llenará muy pronto. Ya están allí veinte mil volúmenes sin contar folletos ni número de revistas. Están por llegar otros miles de libros. El uso de la biblioteca no podrá ser al principio muy eficiente por problemas de clasificación de los fondos y escasez de obras de referencia, pero en un plazo de doce meses quizá se convierta en el servicio bibliotecario más importante de una vasta zona del occidente de México. Se procurará hacer muy fluido el

servicio de la biblioteca propia y muy eficaz la ayuda del sistema del préstamo interbibliotecario nacional. Los libros que no estén aquí no los tendrá el estudioso a la hora de pedirlos, pero sí antes de una semana. Si los libros fueran tan urgentes para el investigador como los fármacos para el enfermo, nuestra condición sería fatal. Si no hubiese ahora la manera de reproducir publicaciones fuera de préstamos, también nos pondríamos en plan de lamento. Se espera proporcionar con cierta amplitud el servicio de reproducción mecánica de papeles. Por lo que mira a máquinas, hoy tan indispensables para los investigadores, el Colegio y la ciudad ofrecen algunas oportunidades.

En tiempos de don Justo Sierra se pedía que los profesores de historia fueran hombres elocuentes cuyo corazón estuviese lleno de patriotismo. Para el modelo de historiador que quiere formar el CEH del Colmich. el catedrático no hace falta que deslumbre a los alumnos con su oratoria ni que los conmueva con su patriotismo. Aquí se procura que tanto los profesores residentes como los visitantes tengan en su haber investigaciones históricas de hondura, sean autores de libros valiosos y además alberguen las virtudes mayéuticas de alguien que no escribió. Queremos buenos historiadores aunque no sean buenos conferenciantes; queremos tutores capaces de erigir una vocación histórica aunque no sirvan para promover una manifestación pública. Ojalá que éste fuera sólo un colegio de sabios distraídos de los que según el matarife de Lavoisier no necesita la revolución pero sí la sociedad en sus etapas constructivas. Ojalá que logremos interesar a investigadores ilustres de muchos sitios del mundo para incorporarlos como maestros visitantes, además de los ya contratados.

En el cartel que el doctor Francisco Miranda, director del CEH, lanzó a los cuatro vientos con la oferta de una maestría en historia, exigía a los posibles interesados en cursar la maestría en el Colmich ocho requisitos: 1) Licenciatura en historia o en ciencias sociales. 2) Testimonio de los cursos llevados previamente y del promedio de calificaciones obtenidas en ellos que debe ser de ocho sobre diez como mínimo. 3) Edad máxima de 30 años. 4) Afición y vocación a la historia 5) Compromiso de ser alumnos de tiempo completo. 6) Aceptación de beca. 7) Ofrecimiento de testimonios suficientes de buena salud y buena conducta, y 8) Obligación de sujetarse a los reglamentos del propio Colegio.

Es de suponerse que si un aspirante a nuestra maestría de historia no tiene una licenciatura en la materia o en una afín, no podrá seguir cursos que requieren otros anteriores, aunque es posible entrever, y en tal caso exceptuar

del compromiso, a un científico natural con suficiente autoformación historiográfica. Es difícil creer que alguien con bajas calificaciones, principalmente en ciencias sociales, sea capaz y tenga vocación para seguir una de ellas, salvo que se demuestre, con testimonios de mucho peso, lo contrario. Sin duda que personas mayores de treinta años pueden estar en los comienzos de una carrera de historiador, pero es de suponer que por sus obligaciones, ya no sea posible cubrirlas con una beca corta y que por lo mismo no puedan dedicar tiempo completo al estudio de su vocación tardía.

Un requisito indispensable de cualquiera que aspire a ser historiador científico-humanístico es la afición. No es concebible un buen libro de historia hecha en frío. Aparte, los no vocados no perdurarán. En el campo de la historia, puestos a escoger entre un aficionado sin nada de método y disciplina y un sabio metódico sin afición, habría que quedarse con aquél. Como se insiste ahora en que la actual producción histórica de carácter fabril sólo exige de los operarios ciencia y no entrega cordial, es necesario insistir en lo indispensable que es el gusto o entrega anímica por lo menos en el gerente de la fábrica. Las escuelas que se proponen formar ayudantes de investigador quizá puedan prescindir del requisito de la vocación, pero el Colmich, que aspira a la hechura de investigadores jefes de sí mismos o jefes de una factoría, no debe dispensar por ningún motivo esta virtud.

Pero tampoco se produce historia sin esfuerzo. Aunque se nos tilde de Pero Grullo, hay que repetir una y mil veces: la investigación histórico-científica exige entrega apasionada y mucho trabajo. Para que no suene tan vulgar lo anterior citaré a un gigante de las ciencias del hombre; Max Weber dice: «En el campo de la ciencia sólo tiene personalidad quien está pura y simplemente al servicio de la causa». «Sólo sobre el terreno de un duro trabajo surge la ocurrencia, aunque se den algunas excepciones a esta norma». Sin la disposición de pasarse la vida en el surco, de ser por el resto de nuestros días estudiante de tiempo completo del pasado histórico, no vale la pena hacer una maestría en historia como la ofrecida por El Colegio de Michoacán.

Además de pretender alumnos armados de una licenciatura, con altas calificaciones, veintiañeros, con vocación, *full-time*, saludables y bien averiguados, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán quiere que sus alumnos sean mayoritariamente oriundos de las universidades de provincia. Entre los provincianos que cumplen con todos los requisitos anteriores, se prefiere a los que puedan manejar una o dos lenguas, aparte de la suya. Sin la exigencia de tantos moños, no se puede poner en práctica el

proyecto de estudios históricos puesto en seguida a la consideración de ustedes.

PROGRAMA DE CURSOS

El Centro de Estudios Históricos del Colmich ofrece maestría en historia con duración de 27 meses, repartidos en cursos trimestrales. Se proyecta impartir tres trimestres al año. Aunque en todos los cursos se combina la teoría con la práctica, la exposición de doctrina con la aplicación de ella. En dos de los trimestres de cada año predominan las tareas teóricas o de clase, y en el restante, las prácticas o de campo.

Se prevén 24 cursos trimestrales: 6 básicos (filosofía de las ciencias humanas, antropología filosófica, teoría de la historia, historiografía clásica, historiografía moderna e historiografía mexicana); 6 cursos de teoría y método de las ciencias conexas de la historia (antropología social, sociología, geografía humana, economía y ciencia política y quizá demografía); 6 cursos de técnicas de investigación (técnica de investigación documental, técnica de investigación oral, técnica de investigación arqueológica, técnica de investigación estadística y nomenclatura de la historia de México), y 6 cursos de técnicas de expresión (dos de redacción en castellano, uno sobre técnicas audiovisuales de comunicación y los demás complementarios de idiomas modernos, francés e inglés principalmente).

Brillan por su ausencia los cursos informativos sobre historia universal, historia de América e historia de México. Esos cursos se suprimen porque se parte de la creencia, quizá falsa en algunos casos, de que han sido cursados reiteradas veces a partir de la primera educación durante la secundaria y en la licenciatura. En caso de que se advierten fallas enormes de información sobre las imágenes hechas de la vida histórica universal, continental y nacional, habría que abrir cursos de lecturas dirigidas. Quizá también resulten útiles, en un momento dado, dos o tres cursos preliminares acerca de la trayectoria del occidente de México que será nuestro principal campo de acción.

Es ilusorio creer que un historiador, por más científico que sea, pueda trabajar sin presupuestos filosóficos, sin ideas previas acerca del hombre y acerca del conocimiento. En todo caso es preferible que conozca, que sea consciente de sus ideas previas y prejuicios a que los asuma sin saberlo, ingenuamente. Si los conoce puede despacharlos en el curso de su investigación si así se lo indican éstos. Si procede sin la necesaria conciencia

filosófica será esclavo de ésta o aquella filosofía o de una olla podrida de ideas filosóficas. Por lo mismo, parece saludable para los vocados a la historia científico-humanista ofrecerles cursos sobre las concepciones acerca del hombre y sobre las ciencias humanas y especialmente sobre el conocimiento histórico. Y en este caso, no hay que ocultar nada de las irresoluciones de nuestra disciplina. Hay que hacer conscientes a los estudiantes de que la historia es una ciencia imperfecta.

Como don Francisco Miranda parte del supuesto de que es altamente formativo para un aspirante a historiador saber cómo han trabajado los demás historiadores, incluye en su programa de materias dos cursos de historiografía universal, uno para dar cuenta de los procederes de los historiadores clásicos, de Herodoto a Voltaire, y el restante para hacer conscientes a los neófitos de la espléndida variedad y de los múltiples caprichos de la historiografía en el mundo moderno y científico. Pero como nuestro campo de investigación será México, y sobre todo la zona occidental del mismo, piensa en un curso de historiografía mexicana que resucite las ideas, los métodos y el instrumental de los historiadores de México desde los tiempos prehispánicos hasta el día de ayer, y en especial que traiga hasta nosotros la experiencia de tantos historiadores como ha habido en el occidente de México.

En estos tiempos todo historiador cabal necesita saber concebir proyectos de estudio; organizar programas; recoger informaciones en archivos, bibliotecas, sitios arqueológicos, supervivencias culturales y dichos de la gente; reunir y clasificar notas; emprender diversas y arduas operaciones críticas y hermenéuticas; encontrar causas y levantar estructuras. Antes no existían los necesarios caminos y vehículos para moverse en la selva de la investigación histórica. Ahora ya existen muchos métodos y técnicas que facilitan las diversas operaciones del investigador del pasado, y sería condenable el no ponerlas a disposición de quienes aspiran a ser historiadores científicos cabales, a ser ellos mismos, a usar lo menos posible del trabajo ancilar. Junto a los caminos tradicionales de hacer historia se mostrarán los métodos novísimos, las nuevas formas de interrogar al pasado y las nuevas técnicas de recoger, interpretar y unir los testimonios históricos.

Hasta hace poco se nos enseñaba que la historia únicamente debería ocuparse de lo irrepetible de la conducta humana, de los sucesos únicos que por su gran influencia o por su trascendencia se volvían dignos de recordación. Aún entonces la ciencia histórica espigaba muchos de sus datos mediante categorías extraídas de las ciencias sistemáticas del hombre. Hoy que la historia se ocupa no únicamente de la relación de hechos particulares y

de la comprensión de personajes sobresalientes, sino también de los hechos de repetición y de la gente menuda, y que además construye unidades históricas y las engarza en el proceso de la historia universal, el historiador necesita enterarse, establecer diálogo, ponerse al tú por tú con los otros científicos del tema humano. Pero para poder entrar en charla fecunda con los vecinos necesita un conocimiento previo de sus costumbres, de su idioma, de sus obsesiones. Ese saber elemental debió adquirirse en la preparatoria y en la licenciatura, pero como no suele ser así en la mayoría de los casos hay que conquistarlo aquí, en la maestría, y en la forma que sea más útil para un historiador en ciernes. Aunque por razones de tiempo resulten muy elementales los cursos de antropología social, sociología, demografía, ciencia política y economía, pueden ser muy provechosos para nuestros estudiantes.

Por lo demás la historia, por más rigurosa que sea, nunca será tan crudamente científica como las ciencias de la naturaleza o como las disciplinas sistemáticas del hombre. La reconstrucción del pasado no tiene por qué abjurar de su condición retórica. Si todos los demás saberes deben rehuir la torre de Babel, sacarle el bulto a la corrupción lingüística, transmitirse al prójimo con claridad y brillo, con mayor razón debe hacerlo la historia por la delicadeza y la emotividad de su asunto. El Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán se cree en la obligación de infundirles a sus alumnos la necesidad de un manejo adecuado del idioma y de recordarles que la historia es una musa.

Ahora y en nuestro México, no hace falta justificar el aprendizaje del inglés. La americanización del medio es tan mayúscula que todo mundo le atribuye a la posesión de la lengua del vecino mucho más virtudes de las debidas. Con todo, una gran parte de la literatura histórica mexicana está sólo en inglés o en francés, y si se quiere hacer uso de ella hay que leer esos idiomas. Por lo demás, en algunos casos será mucho más útil la adquisición de una lengua clásica como el latín, en la que están escritos muchos textos coloniales, o una lengua vernácula como el tarasco, valioso vehículo de tradiciones orales en estas latitudes.

Creemos que el número de horas de clase al día no debe pasar de tres. Creemos que los alumnos deben dedicar la mayoría de su tiempo hábil a la lectura, durante los trimestres preponderantemente teóricos, y a la investigación, durante los trimestres de práctica. Creemos que en cada trimestre del primer tipo el estudiante debe producir por lo menos unas cuartillas de ejercicio y que en cada trimestre de investigación un artículo

publicable. Creemos que al final de los cursos el joven historiador, ya bien ejercitado, podrá salir bien y en corto tiempo con el compromiso de la tesis.

PROGRAMA DE INVESTIGACIONES

Se procurará que los estudiantes se incorporen desde el principio de la maestría a uno de los proyectos de investigación patrocinados por El Colegio de Michoacán y puestos en marcha por sus profesores residentes. Por regla general, el tema de los ejercicios trimestrales de investigación ha de escogerlo el alumno sin salirse del corto repertorio de temas en estudio por los maestros. Para el tema de la tesis se ampliará mucho la libertad de escoger. Con todo, en cualquier caso se evitará la tentación catedrática de utilizar a los alumnos como ayudantes. El anhelo es hacer historiadores libres que sepan aprovechar el rico fondo de sus vivencias personales y la documentación ofrecida por el ambiente donde viven. No se necesita decir que las investigaciones de maestros y alumnos deben estar en estrecha relación con el lugar donde nos encontramos.

Hasta ahora, los proyectos de investigación de índole histórica, auspiciados por el Colmich, no se salen del ámbito del occidente, entendido por tal el territorio donde se asientan Nayarit, Jalisco, Colima, Guanajuato y Michoacán, aunque en el futuro no necesariamente van a circunscribirse a estos estados y ni siquiera únicamente a la República mexicana. De los que están en marcha o a punto de emprenderla, uno se refiere al valle de Zamora, tres a pequeñas regiones limítrofes del valle, una al conjunto del Bajío zamorano, dos a todo Michoacán, dos al sur de Jalisco y una a México en su totalidad.

Naturalmente las inquisiciones de los antropólogos sociales, aun las de intención histórica, no se remontan mucho en el río del tiempo. De los programas presentados por historiadores, uno aspira a detenerse en la cultura michoaque en vísperas del arribo de los hombres blancos; otro se ubica en la época colonial; tres en el siglo XIX y un número igual en el pasado inmediato, en el tiempo de la Revolución mexicana. En suma, el ámbito espaciotemporal de las investigaciones del Colmich no merece del todo el calificativo de microhistórico; es un gimnasio suficientemente grande para ejercitar bien a todos los alumnos que sean aceptados en nuestro par de aulas a partir de septiembre del año sonante.

Los proyectos de investigación histórica cobijados por El Colegio de Michoacán ofrecen algunas rarezas positivas. Me referiré a una. A la mayoría de nuestros investigadores, contra lo acostumbrado por la mayoría de los investigadores de México, le preocupa más la comprensión de los hacedores de hechos que la relación de los hechos mismos. Todavía más: lo común es rememorar a los personajes mayúsculos del pasado (jefes de ejércitos, héroes genocidas, sabios enormes, políticos de altura, santos y demás varones ilustres). Entre nosotros lo raro es la rememoración de los grandes. Pese a ser mucho más difícil la documentación de los donnadie, la gente de esta casa se inclina por repensar los pensamientos y reconstruir las acciones del vulgo de otras épocas. En otros términos, este Colmich, por lo que dejan ver sus proyectos de trabajo, tiende a la especialización en subhistoria, en historia del pueblo, en la comprensión de hombres comunes y corrientes. Quizá el esfuerzo en tal sentido ayude a corregir la visión del pasado que nos han trasmitido los historiadores de la *high life*, hasta ahora la única clase social historiada.

Por último, es conveniente aclarar que las tendencias microhistóricas y subhistóricas del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán, su gusto por los estudios regionales y por la historia de los humildes no tiene nada que ver con ninguna praxis política. Los aquí presentes, según creo, saben que las virtudes del político son muy distintas a las del hombre de ciencia. Quizá todos tengan convicciones políticas pero ninguno hace política *strictu sensu*. Espero que también entre los alumnos predomine la tentación de ser sabios a la tentación de ser poderosos, pues nuestras actividades están hechas para desembocar en libros y no en cargos.

Quizá la fama sea compatible con la investigación científica. Desde luego ni la acción política ni los negocios lo son. Esto último no quiere decir que los estudiantes están condenados a la miseria una vez que hayan concluido aquí sus estudios y ya no reciban una beca de sostenimiento que les otorgará el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología ahora; habrá quienes continúen de estudiantes, con vistas a un doctorado en la capital mexicana o fuera del país. Habrá quienes prefieran ponerse a enseñar en universidades e investigar en archivos y bibliotecas. Ninguno, me atrevo a predecirlo, se quedará sin trabajo y sin justa retribución. Como la historia científica no sólo interesa a los eruditos, ni únicamente a la burguesía sino cada vez más a grandes sectores de la población, el buen historiador de los años próximos podrá vivir de sus regalías por artículos y libros y del pago de sus conferencias. El Estado mexicano se interesa en patrocinar, en seguir patrocinando las investigaciones

históricas a fondo. Sin salirse de México, se prevén oportunidades para los años que se avecinan para mil o más historiadores, sin contar eruditos envidiosos y pedantes filósofos de la historia. El auge de la producción histórica será comparable al de la producción petrolera, sólo que nuestro combustible no pertenece al tipo de los recursos no renovables. Tenemos historia para muchas centurias. Los asuntos en espera de historiador son infinitos y las ganas de abordarlos inextinguibles.

VII. GUÍA PARA MONÓGRAFOS DE LAS PROVINCIAS DE MÉXICO

Por regla general el mexicano se identifica ante forasteros con la siguiente retahíla de nombres: el propio, el del terruño, el de la región, el del estado y el de la patria. Por terruño se entiende un ámbito territorial que se abarca de una sola mirada, que tiene una extensión de unos mil kilómetros cuadrados, donde todo mundo se conoce más o menos bien entre sí, donde los lazos de parentesco y amistad abundan. Los términos de terruño y municipio son equivalentes en la mayor parte del territorio mexicano. Las excepciones se dan en Oaxaca, donde los municipios son una nada; en el noroeste, donde suelen ser una enormidad, y en la capital, donde no hay divisiones municipales ni cosas parecidas a un terruño o matria. El concepto de terruño no suele ser funcional en tratándose de grandes conglomeraciones.

En el lenguaje ordinario del común de las personas se entiende por región un ámbito territorial que se puede recorrer de punta a punta en dos días si se usa transporte tradicional, y en dos horas si se va en automóvil, cuya superficie promedio mide diez mil kilómetros cuadrados, cuyas condiciones naturales son uniformes, donde casi toda la gente trabaja en lo mismo y los lazos mercantiles suelen ser estrechos desde hace mucho. Rara vez la región coincide con alguna circunscripción política, aunque quizá debiera coincidir con los distritos electorales. Los limites de cada región son imprecisos y cambiantes. Aunque nebulosa en la mayoría de los casos, la región existe. Varios geógrafos han emprendido el censo de las regiones de la República Mexicana: Ángel Bassols Batalla, Claudio Bataillon, Claudio Stern y algunos más. Casi todos coinciden en el señalamiento de un México con dos centenares de regiones, algunas tan precisas y claras como el Bajío de Guanajuato y otras tan oscuras que no tienen nombre oficial.

La noción del estado en la jerga política mexicana no da lugar a dudas. Desde la Constitución de 1824 quedó establecido que nuestro país se integraba con estados ya existentes en la Colonia, conocidos en ésta con los hombres de intendencias y provincias, según fueran del centro o del norte. Desde 1824 se puso particular empeño en el deslinde preciso, en delimitarlos sin lugar a confusión. Ahora, con muy pocas excepciones, los 32 territorios estatales, incluso el Distrito Federal, que componen los Estados Unidos Mexicanos, no tienen problemas de límites. En materia de estados de la República, la indefinición es mínima.

Más clara que la definición de estado, en el sentido de Aguascalientes, Baja California Norte, Baja California Sur, Campeche, etc., es la definición de patria, en el sentido de México. Los conceptos de terruño y región, por no ser jurídicos y sí corresponder a realidades, son imprecisos; los de estado y patria, por ser jurídicos y más ideales que reales, son precisos. Al usar el término patria con referencia a México, no es necesario decir es esto y va de aquí hasta acá.

Aunque no estén muy a la vista, en México abundan los libros sobre terruños, patrias chicas o matrias. Algunos discurren aún en versión oral; otras, manuscritos; un buen número, en forma de mecanogramas y mimeogramas, y quizá los menos, impresos. No hay ningún catálogo exhaustivo y ni cosa que se le parezca de tales obras. Nadie puede decir nada del arsenal microhistoriográfico mexicano con suficiente conocimiento. Sin embargo no es atrevido afirmar que en los últimos treinta años la producción de monografías municipales ha crecido como jardín sin jardinero. En este género se produce de todo: grande y chico, legible e ilegible, sarta de mentiras y verdades, profesionalismo y falta absoluta de oficio. No cabe duda que sería conveniente meter cierto orden en ese caos. Hasta ahora esto se ha conseguido que yo sepa, en el caso de los estados de México y Michoacán. En este último se ha intentado introducir un mínimo de profesionalismo en las monografías municipales. El gobernador Torres Manzo ha promovido la hechura de buenas historias de dos docenas de municipios.

Las monografías regionales no se pueden comparar en número a las de las patrias chicas. Se han hecho de las regiones nuevas (la Laguna, Valle del Yaqui, etcétera), pero faltan muchas de las regiones añosas. En general las historias regionales no abundan, ni tienen promotores. En conjunto son escasas y buenas, si bien la mayoría de las veces poco profesionales. Tienen lectores que sin ninguna presión las leen ávidamente. Quizá debiera fomentarlas el poder público. No parece que dañen la conciencia y el amor

patrios. Sirven para hacer conscientes a niños y adultos de su contorno, de su segunda envoltura si la primera es el terruño. Existe suficiente número de profesionales bien dispuestos para la elaboración de tales monografías. Como es «moda de París», tiene muchos seguidores.

Por orden suprema, desde que nos hicimos independientes de España, se han hecho historias patrias a pasto. Muchos maestros normalistas y algunos profesionales de la historia han incurrido, de grado o por fuerza en la elaboración de historias de México donde la patriotería estalla desde el primer párrafo, donde la fila de héroes supera a la estatuaria del Paseo de la Reforma. Los libros históricos sobre el conjunto de México son abundantísimos. Los hay para criaturas recién destetadas y para chochos que ya no se mueven de su silla. Al contrario de las monografías de tema municipal, se parecen mucho entre sí. Como los niños de escuela a los que generalmente sirven, no se quitan el uniforme de solemnidad ni para ir al baño.

En dos o tres ocasiones, por disposición de arriba, se han hecho obras breves de cada uno de los estados de los Estados Unidos Mexicanos. Quizá el primer empuje se debió a Jaime Torres Bodet. Varias monografías estatales aparecieron en la Biblioteca Enciclopédica Popular. De entonces para acá no ha habido sexenio presidencial sin dichas monografías. Aparte del gobierno federal, los gobiernos de los estados han promovido su elaboración. Se trata, en uno y otro caso, de obras menos caóticas en contenido y método que las monografías municipales y no tan uniformes como las geografías e historias de la nación mexicana. Además, no tienen como éstas un público obligado, cautivo; no amenazan con la reprobación a quienes no las leen. Las promovidas desde la capital de la República han resultado, fuera de dos o tres, desangeladas, quizá sólo utilizables como somníferos. Muchas de las dispuestas por los gobiernos de los estados son a veces simples «comerciales» de los gobernadores que dispusieron la realización de tales monografías. Otras son, como las historias del conjunto de México, meras series biográficas de bronce, esculpidas con el fin de exaltar figuras y episodios del estado de que se trate.

En suma, pese a la importancia que se le atribuye, no se ha conseguido hasta ahora la serie esperada de monografías estatales, lo que no quiere decir que sea imposible o muy difícil conseguirla. Probablemente no se ha dado con los autores *ad hoc* ni con los lectores más idóneos. Quizá haya que repensar su contenido y su forma. También pudiera estar el mal en el modo de hacerlas. Con el ánimo de volver sobre un esfuerzo tantas veces fallido, se ponen a consideración de posibles autores las notas que siguen.

Es deseable que el monógrafo de cada entidad federativa, si no necesariamente oriundo de ella, sí sea una persona muy vinculada con el estado sobre el que escriba y que haya escrito con anterioridad acerca de él. No menos necesario es que los autores, aunque no posean un papel que los acredite de expertos en algunas de las ciencias sociales, sí hayan demostrado aptitud para escribir y compilar la monografía con profesionalismo, como es el caso de las personas comprometidas con la SEP en la elaboración de una nueva serie monográfica estatal que tiene como fecha de arranque el mes de octubre de 1979 y como recetario el siguiente: Cada uno de los 32 libros solicitados deben ser de alcance universal, accesibles como lectura para chicos y para grandes, para alfabetos neófitos y para viejos lectores. Como quiera, se dirigirán de modo especial a los alumnos de cuarto a sexto año de primaria. Serán obras de lectura para menores, que sirvan también, de lectura para adultos. Se trata de textos que aspiran a la seducción de dos públicos distintos.

No es necesario que cada una de las monografías se asemeje a las demás como una gota de agua a las otras, pero sí parece recomendable cierta uniformidad en el asunto y en la manera de exponerlo. Se espera que cada una dé una imagen global de cada uno de los estados; describa sus paisajes, relate su historia y analice la situación económica, social, política, cultural y de relaciones con el exterior en el momento actual. En un espacio no mayor de 250 páginas deberá ofrecerse la imagen del territorio, el pasado y la contemporaneidad de una a una de las entidades federativas.

En lo que toca a lo geográfico, en vez de hacer una descripción de las rocas, el relieve, las aguas, el clima, el suelo, la flora y la fauna de todo el estado, conviene caracterizar cada uno de los paisajes o regiones fisiográficas que engloba el ámbito estatal. Se debe empezar por dividir el estado en estudio en regiones distintas entre sí y homogéneas en su interior. Enseguida vendrá la caracterización de cada una de ellas al través de sus condiciones y recursos naturales. En ambos casos hay que dejarse conducir por la sabiduría popular, por lo que dice el vecindario acerca de su propia región.

La parte geográfica deberá cubrir sólo del 10 al 20 por ciento del espacio lingüístico de una monografía, y la parte histórica entre el 30 y el 40 por ciento. En el trecho histórico se consideran objetivos básicos la objetividad, la universalidad y la periodicidad adecuada. Cada monografía debe tomar de la ciencia los métodos de comprobación y abstenerse de mentir a sabiendas, aun cuando se trate de embustes para dignificar a la patria y sus héroes. La porción histórica de las monografías se ocupará, aparte de la vida de los

gobernantes, de las organizaciones económicas y sociales pasadas, de los valores de antaño y de las relaciones que ha tenido la entidad en cuestión con la patria y las demás entidades. Conviene repartir los acontecimientos estatales en los periodos de costumbre (prehispánico, colonial e independiente) y en los demás que estime necesarios cada monógrafo.

Se quiere que las nuevas monografías, a diferencia de las anteriores, le dediquen mayor espacio a la contemporaneidad, a lo de ahora, aunque sin menosprecio de lo de siempre y de lo sido. La mitad de cada texto debe ocuparse de los actores históricos en ejercicio, de los progresos técnicos y económicos recientes, de las estructuras socioeconómicas y políticas de la actualidad y de los valores éticos, estéticos, científicos y religiosos vigentes.

Muchos de los temas que compondrán cada monografía ya no andan en busca de autor, ya han sido puestos en letras de molde, y si cumplen con las normas de tamaño, fondo y forma convenidas, no tienen por qué reescribirse. De hecho, lo antológico puede restar monotonía a las obras. Pudiera darse el caso de autor de monografía que no necesitara incluir lecciones de su propia cosecha porque ya hubiese sido bien dicho por varios autores o por la expresión popular lo que sea menester decir. En este caso el autor sólo seleccionaría paisajes literarios, relatos históricos, cuadros de costumbres, canciones, poemas… En otros casos, quizá haya poco material antologable. Entonces el monógrafo se verá en la necesidad de escribirlo todo o casi todo.

Sobra decir que las monografías se formarán con lecciones breves, de 700 a 1000 palabras, escritas en lenguaje coloquial fácil y gustoso. No parece muy difícil eludir lo oscuro y lo aburrido. En alguna ocasión, quizá lo claro afecte a lo profundo o lo ameno a lo aparentemente objetivo, pero ésos son males menores comparados con los de la torre de Babel y los hielos árticos. Se podrán obtener buenas lecturas sin prescindir de los temas difusos o no gratos por su crueldad. No se trata de esconder lo todavía no bien dilucidado o lo feo moralmente. No se pretende sólo la impartición de clases de ética y civismo. Lo importante es hacer conscientes a niños y adultos de su contorno inmediato. Importa menos hacer gente que siga como borregos la conducta de los próceres.

Ninguno de los volúmenes debe prescindir de planos, gráficas, cuadros estadísticos, dibujos, fotografías y otras ilustraciones. Quizá tan importante como la expresión literaria deba de ser, en estas monografías, la expresión plástica. Pero la responsabilidad de lo plástico no es posible ni deseable descargarla en los autores y recopiladores de los textos, lo que no significa que se deba excluir a los autores a la hora de ilustrar.

El tiempo acordado para la elaboración de estos textos gratuitos de asunto estatal no es para hacer la obra de la vida. Se ha previsto un año que conviene repartir así: un mes, a partir del 1.º de enero de 1980 para la programación particular de cada monografía, programa que elaborará cada uno de los autores, que se hará llegar al coordinador y que éste devolverá a la mayor brevedad posible con las observaciones de expertos pedagogos y de sabios en la materia de que se trate. En los ocho meses siguientes habrá que componer y escribir el texto del libro, y en los últimos tres meses y medio se añadirá a cada volumen sus respectivas ilustraciones.

Como simple sugerencia para los autores textuales se ofrece un temario. Sería excepcional el caso en que cabría tratar todos y cada uno de los temas propuestos en él. Aunque es una nómina que propone más de lo posible y deseable en monografías para niños de primaria y para adultos sin costumbre de lectura, puede suceder que caiga en excesos y en defectos. Los monógrafos, toda gente entendida, no sólo podarán el temario de multitud de sobrantes; también añadirán temas auscutes.

NOTAS

[*] Discurso de ingreso a El Colegio Nacional, leído el 8 de noviembre de 1978. <<

[*] Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, leído el 27 de marzo de 1973. <<

[*] Trabajo presentado ante la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Oaxtepec, noviembre de 1969. <<

[1] También se publicó en los núms. 58 a 60, *Historia Mexicana*. <<

[2] Alfonso Reyes, *Las burlas veras. Primer ciento*. México, Tezontle, 1957, p. 106. <<

[3] Miguel de Unamuno, cit. por Alfonso de Alba, *La provincia oculta*. México, Editorial Cultura, 1949, p. 26. <<

[4] Seymour Menton, «El nacionalismo y la novela» en *América Indígena*, vol. XXIX (abril de 1969), p. 407. <<

[5] Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación*. México, El Colegio de México, p. 197. <<

[6] Andrés Portillo, *Oaxaca en el centenario de la independencia*. *Noticias históricas y estadísticas de la ciudad de Oaxaca y algunas leyendas tradicionales*. Oaxaca, Imprenta del Estado, 1910, 996 pp., más apéndice de 92 pp. Ignacio Herrerías y Mario Victoria, *Puebla en el Centenario*, México, Imprenta Lacaud, 1910, pp. 116. <<

[7] Además, Eduardo Gómez Haro, *La ciudad de Puebla y la guerra de independencia*; Francisco R. de los Ríos, *Puebla de los Ángeles y la orden dominicana*; Adalberto J. Argüelles, *Reseña del estado de Tamaulipas*; José María Ponce de León, *Reseñas históricas del estado de Chihuahua*; Manuel Cambre, *Gobierno y gobernantes de Jalisco*; Rafael Garza Cantó, *Algunos apuntes acerca de Nuevo León*. <<

[8] Vid. Bibliografía en «La cosecha del siglo». <<

[9] Vid. Análisis de José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán. Provincia mayor e intendencia*. México, Jus, 1966. <<

[10] Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, t. I, p. VII. <<

[11] Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México. Siglo* XVI. México, El Colegio de México, 1969, p. 176. <<

[12] Cf. Alfonso de Alba, *op. cit.*, p. 31. <<

[13] Alfonso Reyes, *A lápiz*. <<

[14] Genaro Estrada, *Pero Galin*. México, Editorial Cultura, 1926. <<

[15] Luis González (*et al*.), *Fuentes de la historia contemporánea de México*. México. El Colegio de México, 1961, t. I, pp. LII-LIV. <<

[16] Vid., bibliografía en «La cosecha del siglo». <<

[17] Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoriografía de San José de Gracia*. México, El Colegio de México, 1968, páginas 12-14. <<

[18] Alfonso Reyes, *Las burlas veras*, p. 107. <<

[19] Wigberto Jiménez Moreno, «50 años de historia mexicana» en *Historia Mexicana*, vol. I, núm. 3 (enero-marzo, 1952), p. 454. **<<**

[20] Paul Leuilliot, «*Défense et illustration de l'histoire locale*», en *Annales*, año 22, núm. I (enero-febrero, 1967, páginas 154-177. <<

[21] H. P. R. Finberg (ed.) *Aproaches to History*. Londres, Rontiedge & Kegan Paul, 1962, pp. 111-125. <<

[22] Luis González, *op. cit.*, p. 22. **<<**

[*] Discurso de bienvenida a don Rafael Montejano y Aguiñaga en respuesta al discurso de ingreso de éste a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real Española, leído el 26 de agosto de 1974. <<

[*] Respuesta al discurso del Dr. José Fuentes Mares, pronunciado la noche del 9 de septiembre de 1975, con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia. <<

[*] Discurso de bienvenida a Luis Medina Ascencio en la Academia Mexicana de la Historia, leído el 23 de enero de 1981. <<

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

nueva invitación a la microhistoria

Lectulandia